



CONSTANTINO SELVA

El Grito



DE LA

Conciencia

NOVELA ORIGINAL



LEÓN
Imprenta de Miñón
1905

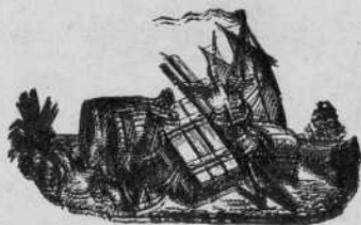
DG
COM

T. 1138123
C.

CONSTANTINO SELVA

EL GRITO
DE LA
CONCIENCIA

NOVELA ORIGINAL



LEÓN
Imp. de Maximino A. Miñón
1905

CONSTANTINO BELVA

EL GRITO

DE LA

CONCIENCIA

NOVA ORIGINAL

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



LEON
Imp. de Constantino A. Belva
1905

ERRATA MAS NOTABLE

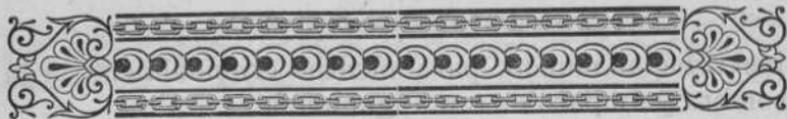
En las páginas 32 y 33, en las líneas que dicen
..... «tomó el fajo de billetes que tenía preparado,» etc.

Debe decir:

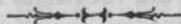
....., «tomó el fajo de billetes que tenía preparado, y volviéndose hacia Pablo se lo entregó diciéndole:

—Aquí están tus diez mil duros; y ahora y para siempre, prudencia y silencio.»





AL LECTOR



Entre los muchos *libelos*, novelas y folletos, que en los tiempos actuales ven la luz pública, son desgraciadamente pocos, muy pocos, los que ofrecen una lectura que no encierre algo pernicioso para la buena educación social, ó algo contrario á los sanos y verdaderos principios de la moral, base en que siempre debiera ser sustentada toda lectura que haya de correr entre el vulgo.

La educación verdadera de los pueblos no sufre tanto daño por la falta de enseñanza suficiente para el desarrollo intelectual de la masa general como por la enseñanza más ó menos abundante de aquellas doctrinas falsas, sofísticas ó pornográficas que, unas veces extravían y otras envilecen y las más veces extravían y envilecen juntamente á los lectores, sobre todo cuando éstos carecen de suficiente conocimiento de aquellas sanas verdades y de aquellas doctrinas morales que puedan ponerles al abrigo de las doctrinas infames de los que tratan de *embaucar*, extraviar y embrutecer á las masas sociales, vendiéndoles sofismas por verdades, falsedades por ciencia y acicates de vergonzosas pasiones por vía de pasatiempo, sin más objeto que echárselas de hombres eruditos siguiendo las torcidas corrientes de la extraviada sociedad actual, juzgándose libres cuando solo son esclavos de los desatinos en boga, ó para satisfacer personales ambiciones, procurando por tales medios aumentar la confusión general de ideas que hoy

perturba al mundo, para medrar criminalmente á la sombra y amparo de tanta ignominia.

Hace falta, para contrarrestar esta avalancha, en cuanto sea posible, que todos los hombres de sano y recto juicio pongan en juego sus fuerzas procurando cada cual, según los medios que tenga á su alcance, combatir el error con la verdad, la inmoralidad con las enseñanzas morales y las lecturas insanas con otras que despierten en el lector pensamientos contrarios á la devastadora acción de las perniciosas enseñanzas que se leen hoy por todas partes.

Cuantos esfuerzos se realicen en este sentido serán laudables, siquiera por su insignificancia solo tengan escaso valor.

Gota á gota se taladra la piedra, y muchas gotas pueden formar un extenso mar.

Hé aquí, lector, lo único que pretendo en la novela que á continuación te ofrezco. Pretendo que sea una gota, sólo una gota de sana enseñanza. Si así lo consigo habré quedado satisfecho y tú en nada perjudicado, y cuando yo no consiga despertar en tu ánimo otro efecto útil que el de procurarte unas horas de entretenimiento, me quedará siempre la satisfacción de no haberte dañado extraviándote, ni menos haber extraviado tu sano y moral juicio cuando ya no necesitases de advertencia para tenerlo.

No tengo la pretensión de ofrecerte un libro de mérito; si alguno tuviere tú lo juzgarás, y cuando no, al menos confío en que no te será dañina su lectura, y aquí termino para no serte más molesto.

EL AUTOR.





EL GRITO DE LA CONCIENCIA



PRIMERA PARTE

I

Era la caída de la tarde del día 16 de Septiembre de 1850. El mar estaba quieto, casi inmóvil; sus aguas, de un color verdoso obscuro sucio y ceniciento, mostraban una superficie tersa como un inmenso y transparente cristal; y el bergantín goleta «Ballardo», de la matrícula de Palma, con todas sus velas desplegadas y caídas por falta absoluta de la más lijera corriente de viento que las impulsase, se encontraba detenido en su marcha á unas dos millas al Este del Cabo de Pera, extremo N. E. de la Isla de Mallorca, cuyas abruptas rocas y limitadas playas acariciaban mansa y pausadamente las, en aquellos momentos, tranquilas aguas del mar baleárico.

El cielo se mostraba limpio y puro, sin una nube que manchase su inmensa bóveda de azul claro y transparente; y el Sol, próximo á ocultarse, y desprovisto ya de sus más poderosos rayos, se dejaba mirar sin ofender la vista, presentando el aspecto de un encendido disco que, allá en el extremo Occidente, parecía besar las aguas iluminando el horizonte con rojas y encendidas ráfagas.

Algunas gaviotas volaban al rededor del «Ballardo», y en diferentes sitios varias bandadas de patos marinos nadaban sobre las quietas aguas, ora revoloteando, ora sumergiéndose en el líquido elemento para reaparecer á poco espacio sobre la superficie, y unas y otras alteraban el silencio de cuando en cuando con sus lánguidos y desmayados gritos.

Todo era calma y sosiego, como si la Naturaleza permaneciese entregada por completo á soñolienta y lánguida pereza.

El Sol fué descendiendo poco á poco hasta ocultarse enteramente, cual si se hubiese sumergido en el abismo del mar, la luz fué haciéndose cada vez más opaca; algunas estrellas aparecieron en la bóveda celeste y los patos y las gaviotas lanzando lúgubres gemidos se dirigieron á las rocas de la costa en busca del nocturno refugio, en tanto que el «Ballardo» permanecía inmóvil y como enclavado en un mismo sitio.

Desaparecieron los últimos reflejos del crepúsculo vespertino á la vez que la luna, apareciendo y elevándose magistuosamente por el Oriente, marcó, sobre las tranquilas aguas, blanca y luminosa estela.

Casi al mismo tiempo que surgía la luna, empezaron á elevarse por el Norte blancas y apretadas nubes que rápidamente ascendían semejando un hermoso muro de blanca nieve. Una ráfaga de impetuoso viento agitó subitamente las aguas, hinchando las velas del «Ballardo» que se balanceó impulsado por poderoso esfuerzo y emprendió de improviso precipitada marcha hácia el Sur.

Pocos momentos después cesó la ráfaga y el «Ballardo» quedó de nuevo inmóvil. Las nubes invadieron todo el espacio celeste, ocultando la luna, y cambiando su claro color por el más obscuro negro dejaron sumergido todo el paisaje en densas tinieblas en medio de las cuales sólo brillaban, con ténues reflejos, las luces del buque y los faros de la costa.

Un relámpago iluminó el espacio y el ronco trueno con fragor siniestro anunció la presencia de la tempestad.

Bernardo, Capitán del «Ballardo», salió precipitadamente de su cámara de mando al puente del buque lanzando algunas imprecaciones y ordenando con viveza á los tripulantes que recogiesen las velas, en la expectativa del violento choque del próximo huracán; órdenes que, secundadas por el Contra-maestre Pablo, fueron ejecutadas inmediatamente, con la mayor diligencia imaginable.

Apenas recogidas las velas, varios relámpagos iluminaron el espacio dejando ver las próximas costas, cuyas rocas parecían pintadas de cenicientos y blancos matices, el trueno retumbó robusto y potente, cual si se desprendiesen del cielo, chocando entre sí, una multitud de lingotes de hierro, y un viento impetuoso y arremolinado, procedente del Norte, agitó

violentamente la superficie de las aguas levantando espumosas olas y obligando al «Ballardo» á estremecerse y marchar vacilante hácia el Sur, en tanto que chocaban sus jarcias y rechinaban sus palos.

Y como si aquello hubiese sido una señal de encarnizado combate, los rayos sin intervalo cruzaban el espacio y á un trueno sucedía el fragor de otro y de otros y otros; el viento crecía con devastadora furia y el mar agitado chocaba con frenético coraje en las rocas de la costa levantando altísimos penachos de blanca espuma que, parecían inflamarse á la luz de los relámpagos, y golpeaba con violencia los costados de la nave que, sin obedecer al timón, se revolvió en todas direcciones, ora elevándose sobre las espumantes olas hasta parecer que intentaba tocar las nubes, ora descendiendo al profundo abismo entre montañas del agitado líquido elemento.

Por orden del Capitán Bernardo se cerraron todas las escotillas del barco, permaneciendo únicamente sobre cubierta, con él, en el puente, el Contramaestre Pablo, y el timonel en su puesto, habiéndose atado los tres fuertemente al buque para evitar que los golpes de mar, cuyas pujantes olas cruzaban continuamente sobre la nave, los arrebatasen lanzándoles al abismo de las aguas.

En esta situación, y presentando siempre la popa del buque al viento para correr con el temporal, único medio de defensa que se ofrecía á nuestros navegantes, transcurrió más de una hora. De pronto, y á la luz de los relámpagos, vieron los tres marinos que otra embarcación pasaba cerca del «Ballardo», más bien arrastrada que impulsada por los elementos puestos en titánica lucha. A la vez descubrieron á media milla de distancia la punta Amér, grupo de abruptas rocas que se destacan de la costa internándose en el mar á unas seis millas al Sur del Cabo de Pera.

Era inminente y aterrador el peligro que corrían ambos buques.

El Capitán Bernardo ordenó al timonel virar hacia el Sur Este, á fin de separarse de aquellos escollos hacia los cuales les impulsaba el huracán y gracias á esta orden, perfectamente ejecutada, consiguieron que el «Ballardo» se mantuviese desviado del peligro.

Por el contrario, el otro barco sin obedecer al timón, juguete abandonado al doble torbellino del viento y de las olas, giraba continuamente y se le veía aproximarse más y más á las fuertes peñas que rodean la punta de Amér.

A la luz de un intenso y vivísimo relámpago, se le vió ascender sobre una enorme ola que le arrebató, lanzándole con formidable empuje sobre las rocas. En medio del fragor de la tormenta se oyó el espantoso crugido del deshecho buque al chocar contra las duras peñas, y un grito de angustia y de terror cruzó por el espacio dominando el retumbar del trueno, el espantoso rugido de las olas y el bramido del viento huracanado.

II

Cesaron los relámpagos como temerosos de alumbrar el terrible naufragio. Sucediéronse algunos momentos de horrible confusión, en medio de la más densa oscuridad sopló el viento redoblando su devastadora furia, el mar se agitó doblemente con frenético trastorno, y las potentes olas cruzaron por encima del «Ballardo» como si con terrible voracidad tratara el mar de tragársele envuelto en sus espumas.

El otro buque fué arrastrado por la resaca de las olas é impulsado por la impetuosa corriente del huracán. Brilló un clarísimo relámpago, y entonces se le vió flotar, con la proa sumergida, á una media milla al Sur de la Punta de Amer, lanzando al agitado mar cuatro botes, á los que saltaban precipitadamente los náufragos.

Después se sucedieron algunos vivísimos relámpagos, retumbaron los truenos con horrísono fragor y una repentina y violenta lluvia se precipitó sobre las olas. Calmó de repente el viento, cesaron los relámpagos, dejó de oirse el trueno y la oscuridad se hizo señora del espacio.

Siguió la lluvia cual si un nuevo diluvio universal amenazase al mundo, y las olas suspendieron su coraje.

Media hora después empezó á clarear, cada vez se hizo menos violenta la lluvia, hasta cesar por completo, y por fin, entreabriéndose las nubes dejaron paso á la luz de la luna, hermoso astro que, como signo de salvación y consuelo, apareció brillante y limpio en el inmenso espacio.

El Contramaestre lanzó un grito de alegría; á poca distancia del «Ballardo» se veían flotar cuatro botes llenos de náufragos; el otro buque no aparecía por ninguna parte, se había ido á pique y descansaba, como cadáver, sepultado en el fondo del mar.

Bernardo, Pablo y el timonel soltaron los cabos que los sujetaban; pocos momentos después se abrían las escotillas

del «Ballardo» y todos sus tripulantes aparecieron sobre cubierta, dirigiendo al cielo votos de gratitud por haber salido ilesos del terrible peligro que acababa de amenazarles.

El Capitán dió algunas órdenes y, acto seguido, los tripulantes lanzaron cables á los náufragos y poco después fueron uno tras de otro elevados, sobre los pescantes del «Ballardo», los cuatro botes. Los náufragos se habían salvado.

III

Entre los infelices náufragos recogidos por los tripulantes del «Ballardo», se encontraba un caballero de noble y distinguido aspecto, de edad de 50 años, algo canoso, de facciones simpáticas y vestido con elegante traje de camino que denotaba la riqueza del viajero; de su hombro derecho pendía una ancha correa sosteniendo una especie de balija ó enorme cartera, y llevaba entre los brazos, con indecibles muestras de ternura, una preciosa niña de dos á tres años de edad, de rasgados y hermosos ojos azules, como la pureza del cielo, de cabellos rubios y dorados, como los primeros reflejos de la aurora matutina, de delicado cuerpecito, como el capullo de la rosa primaveral.

Apenas puso los piés sobre la cubierta del «Ballardo» le faltaron las fuerzas, se inclinó para dejar la niña y al intentar levantarse hubiese caído á no sostenerle el Contramaestre Pablo que á su lado estaba. El infeliz había recibido un terrible golpe en el pecho contra una de las mesas de la cámara del buque naufragado al chocar éste en las rocas de la punta de Amér. Solo una energía de carácter, casi inverosímil, le había mantenido en tensión nerviosa suficiente hasta que vió en salvo á su adorada niña; pero en aquel momento la deleznable naturaleza se impuso y faltó ya de resistencia, casi exánime, tuvo que ser trasladado á la cámara de popa, donde reconocido por el médico de á bordo, éste manifestó que le quedaban pocos momentos de vida. El desdichado tenía fracturadas varias costillas y una lesión terrible le interesaba el hígado y el pulmón.

Colocado en un camarote, y teniendo á su lado á la niña, con frase entrecortada y difícil, rogó á el Capitán Bernardo que le concediese algunos momentos de atención para revelarle un asunto de capital interés.

El marino ordenó que les dejaran solos y entonces el herido habló en esta forma:

—Soy español, natural de Alicante, y me llamo D. Antonio Hernández. En los primeros años de mi juventud perdí á mis padres y como no tuviese parientes, y llevado de mi carácter un tanto aventurero, me dediqué durante mucho tiempo á recorrer diferentes países de Europa y América, hasta hace cuatro años que contraí matrimonio en Venecia, donde me establecí.

—Mi adorada esposa, Avelina Pozzi bajó al sepulcro al nacer esta encantadora niña, hace poco más de dos años, y desde entonces solo me ligaba á la vida el recuerdo de la madre y el amor hacia este fruto de mi poco duradero matrimonio. Mi esposa, como yo, carecía de padres y de parientes, nada me retenía ya en Venecia y deseoso de volver á mi patria y educar en ella á esta querida hija, después de realizar mi fortuna, me trasladé á Marsella y tuve la desventura de embarcarme ayer en la goleta «Carmen» de la matrícula de Alicante... lo demás ya lo sabe V.

—Me siento morir... no tengo á quien recomendar la custodia de este ángel...—y al señalar á la niña, un torrente de lágrimas surcó sus mejillas y su voz se hizo opaca y confusa como un débil murmullo de dolor,—después un desmayo se apoderó del desdichado.

Bernardo le dió á oler un pomo de esencias, transcurrieron algunos segundos y D. Antonio abrió los ojos, lanzó al rededor una vaga mirada, cojió con fuerza las manos del capitán, y con voz confusa y pronunciación difícil le dijo:

—Júreme usted velar por mi hija Celia, por esta huérfana falta de todo amparo...— Su lengua se negó á continuar.

Bernardo le dijo con tono afable:—Señor: quizá no es tan grave su estado, pero si fuese preciso, yo le prometo velar por esta niña, á la que consideraré como mi propia hija.

D. Antonio le dió las gracias con un gesto de indecible gratitud, extendió la mano á su cartera de viaje y mostrándola al capitán le dijo con difícil acento:—Aquí... seis millones... de mi hija... prométame...—

El marino exclamó con tono solemne:—Juro administrar estos bienes con equidad.

El moribundo hizo un nuevo esfuerzo para hablar, pero su lengua se negó á obedecerle; una espuma sanguinolenta humedeció sus labios, sus ojos se exaltaron como si fuesen á salirse de sus órbitas, se contraíó su rostro, se crisparon sus

manos, resonó su respiración como hirviente líquido en el fondo de su pecho, después sus ojos se hundieron en las órbitas, una lágrima rodó por sus mejillas y cesó al mismo tiempo su respiración. Había muerto.

IV

Una hora después la luna brillaba con todo su esplendor en medio de un cielo despejado y trasparente, salpicado por algunas estrellas, y cuya pureza manchaban algunas nubecillas que iban disipándose hacia el Sur, en los límites del horizonte. El mar de fondo, consiguiente á la pasada borrasca, formaba gruesas y pesadas olas y un viento fresco y suave soplabá del Norte, á cuyo influjo el «Ballardo» con todas sus velas desplegadas, aunque con algunos rizos, se deslizaba rápidamente sobre las azuladas ondas

El timonel en su puesto regulaba con cuidadosa atención la dirección de la marcha del buque, según las órdenes recibidas de su jefe; dos ó tres marineros sentados en el alcázar junto á la banda de babor conversaban á media voz y sobre el puente el Capitán Bernardo paseaba pausadamente, como hombre pensativo, llevando calada hasta las cejas su gorra inglesa y con las manos metidas en los bolsillos de su ancho gabán de color azul oscuro.

De cuando en cuando se detenía y parecía contemplar con interrogadora mirada las blanquecinas rocas de la costa, que dibujaba la luz de la luna á una milla á estribor del buque y luego continuaba su limitado paseo de un extremo á otro del puente.

Después de algunos minutos, el Contra maestre Pablo salió de la cámara de popa, subió al puente y acercándose al Capitán le preguntó con un tono indefinible:—Y bien, ¿qué piensa V. hacer de esa fortuna?

Bernardo dió un paso atrás como movido por un resorte, cojió por un brazo á Pablo y dijo con imperio:—¡Silencio!—y añadió con menos brusquedad:—¿Cómo sabes tú?...—

El Contra maestre iba á hablar, pero el Capitán le interrumpió con un ademán y le dijo en voz muy baja:—Luego hablaremos. Ahora dime si se han cumplido mis órdenes.

—Sí, señor,—contestó Pablo;—el cadáver está colocado del mejor modo posible en la cámara de popa, y la niña duerme tranquilamente en un camarote.

—Dos marineros velan al difunto y el grumete Tuñoto cuida de la criatura

—He dado instrucciones al timonel y marinería y dentro de una hora fondearemos en Puerto Colón.

—Está bien;—dijo el Capitán, y volviendo á coger al Contramaeste por un brazo le dijo con breve acento:—Tenemos que aprovechar los momentos, sígueme. Vamos á tu cámara.

Ambos marinos bajaron del puente, se dirigieron hacia proa y se detuvieron ante una pequeña escotilla; Pablo la abrió y descendieron por una empinada escalerilla á una estrecha cámara, cerrando la entrada tan pronto como la franquearon.

Entre tanto el buque se deslizaba ligero sobre las aguas, el timonel entonaba monótona canción á media voz y la luna iluminaba cielo y mar con su luz pura y argentina.

V

Era el Capitán Bernardo un hombre de cuarenta y cinco años de edad, de elevada estatura, enjuto de carnes y de delgados miembros, de piel morena y curtida por el sol y la brisa del mar, de nariz aguileña, ojos grandes pardos y de mirada extraviada y viváz, boca grande con delgados labios, frente ancha y patillas entrecanas y sus movimientos eran sueltos y ágiles. Vestía pantalón, chaleco y una especie de americana de lana negra, ancho gabán de paño azul oscuro, gorra inglesa con visera de carei y gruesos borceguíes con suela de cañamo. Había nacido en Felanix, pueblo importante de la Isla de Mallorca, y desde sus primeros años mostró un carácter avaro, despótico y aventurero, y mucha inclinación á la vida del mar; por cuya última circunstancia siguió la carrera de piloto.

Muertos sus padres, se contrató como capitán de un barco de cabotaje haciendo travesías con cargamentos de todas clases entre los puertos de Palma, Mahón, Alcudia, Ibiza, Barcelona y Marsella.

Después en combinación con un viejo marino de Buenos Aires armó un buque de alto bordo y se dedicó durante muchos años, á traficar en África y América en la repugnante caza y venta de negros, con cuyo cruel comercio adquirió una escasa fortuna, y por fin se retiró de aquella azarosa vida

convencido de que no le era propicia la suerte en aquel negocio infame.

De regreso á su país contrajo matrimonio con Luisa Forteza, hija de un labrador de mediana fortuna, y guiado mas por la ambición que por la necesidad, volvió á su vida de marino contratado por un naviero Mallorquín, para mandar el «Ballardo», bergantín goleta ligero, de excelentes condiciones marineras, dedicado al comercio entre Baleares y América, á cuyos puertos trasportaba productos de aquellas Islas, especialmente calzado de Mahón.

Su esposa y su único hijo Miguel, niño de corta edad, residían en Felanix, y Bernardo pasaba con ellos algunos días, á veces horas solamente, cuando los asuntos de su profesión le ofrecían para ello ocasión propicia, y con este objeto, así como con el que verá después el lector, dió la orden de fondear en Puerto Colón.

Aquella mañana había salido del Puerto de Mahón con un cargamento de calzado para la Isla de Cuba, y debía tardar algunos meses en regresar á Baleares.

El Contramaestre Pablo era un hombre de cincuenta años, de mediana estatura, rechoncho, fuerte como una roca, de movimientos pesados pero vigorosos, de facciones abultadas pero nobles, de ojos vivos, azules, pequeños é inteligentes y de franca mirada á veces llena de ternura; su piel estaba arrugada y quemada por el viento y el sol; una barba canosa formaba una especie de marco á su rostro sin bigote; y vestía pantalón de lienzo ceniciento, faja negra, blusa azul de mangas sueltas y abierta por el pecho dejando ver una almillas de lana rayada de rojo y blanco, llevando una barratina ó gorro encarnado é iba descalzo.

Era natural de la Coruña, y acostumbrado toda su vida á navegar y á recorrer de continuo todos los países del mundo, había perdido el cariño á todo lo que no fuese el rincón de su patria donde le aguardaban, hacía muchos años, una esposa y un hijo por los cuales trabajaba el viejo marino, deseando allegar una modesta fortuna y retirarse á aquel pequeño y tan querido hogar, para disfrutar del matrimonio que contrajo por verdadero amor con Antonia Piñeiro, y del que solo había disfrutado algunos meses.

Pero los años pasaban, el pobre Contramaestre ganaba poco, y sus ahorros, que enviaba á su esposa, cuando para ello se le presentaba ocasión, eran insuficientes para las

necesidades más perentorias de la vida de aquélla y de su pequeño hijo, de los que muy de tarde en tarde recibía noticias por efecto de su vida inestable. La vejez empezaba á amenazarle sin ver realizados sus deseos, y todo esto le traía constantemente pensativo, despechado y de mal talante.

Hombre de corazón tierno y sencillo, y fiel creyente en las doctrinas católicas que su virtuosa madre había grabado en su mente durante su niñez, jamás había cometido una mala acción, pero á veces cruzaban por su imaginación deseos de ambición que le hacían lamentarse de haber dejado escapar las ocasiones de enriquecerse que se le habían presentado en su larga vida de marino, por el temor de cometer algún acto vituperable; y de todo esto había hablado en muchas ocasiones con el Capitán Bernardo, que como hombre astuto y depravado comprendía que la honradez proverbial del contra maestre sería fácil se desvaneciese en el momento en que se le ofreciese un medio de realizar los ensueños continuos de su deseo.

Tales eran los dos hombres que acababan de penetrar en la cámara del contra maestre del «Ballardo».

VI

Una vez que los dos marinos se encontraron en la cámara de Pablo, este después de cerrar la escotilla encendió un pequeño farol que pendía de la techumbre y á su luz se vió aquel reducido espacio, cuyo ajuar le componían un camarote ó pequeño lecho, un palanganero con su palangana amarrado á un rincón, y en el centro de la estancia un veladorcito y dos sillas de tijera.

Sentados los dos marinos, Bernardo rompió el silencio diciendo:—Ahora bien, Pablo. ¿Quiéres tener lo suficiente para retirarte al lado de tu mujer? Eres ya viejo ó próximo á serlo y es muy problemático que se vean realizados tus afanes si no aprovechas el único medio que te se presenta hoy para conseguirlo. ¿Quieres aceptar mis proposiciones?

—Veamos en qué consisten.—Dijo Pablo con impaciencia.

—Dime primero cómo has sabido que el difunto ha dejado una fortuna en mi poder.

—Lo hé sospechado, puesto que vi á usted guardar sigilosamente la cartera, después de la conversación y muerte del padre de la niña.

—Eres astuto y, ¿por qué negártelo? Es cierto, en esa cartera hay una fortuna regular, y tú puedes participar de ella si aceptas mis proyectos.

—Pero, esa fortuna es de la niña.

—Pero, puede ser nuestra á poca costa.

—Eso sería un robo!

—Vá! Eso sería aprovechar la ocasión de enriquecer, y esta solo se presenta una vez en la vida.

—Pero sería á costa de un crimen!

—¡Parece mentira que un hombre como tú repare en miramientos de monja! Piensa que la ocasión la pintan calva, mira que de otro modo quizás cuando vuelvas al lado de tu mujer, si vuelves alguna vez, será cuando cargado de años ni sirvas ya para marino ni para esposo, y entonces solo ofrecerás á la que amas, canas y miseria, en tanto que hoy puedes ofrecerla un marido aun vigoroso y una fortuna que disfrutar.

Pablo vaciló, de un lado le repugnaba la infamia que se le proponía, de otro se le representaba la fortuna de su amada esposa, el dulce cariño del hogar tan suspirado, el bien de su adorado hijo. Su nobleza y rectitud de alma se alzaban en ruda protesta, su afán y su ambición le presentaban una dicha completa si cedía, y en la lucha que en su ánimo se había provocado exclamó con indecisa voz.

—¡Qué hay que hacer?

—Lo primero guardar absoluto secreto respecto á la existencia de la fortuna que hoy tenemos en nuestras manos, pues la menor indiscreción podría perdernos.

—Eso se comprende sin necesidad de decirlo.

—Sin embargo, buena es la advertencia, pues en esta clase de asuntos toda precaución es necesaria y todo aviso prudente es apreciable.

—Bah! dijo Pablo como rechazando la idea; mejor es vivir pobre que enriquecer con el crimen.

—¿Tienes miedo?

—¡Tengo honradez — exclamó el Contramaestre, con acento decidido.

Esta afirmación no desconcertó á Bernardo, que conocía á fondo el carácter de su Contramaestre y sabía que su honradez, sin mancha hasta entonces, podía ser vencida por la pasión intensa que sentía hacia su familia, y que constituía el flaco de su carácter, hasta el extremo de ser el constante tema de sus conversaciones y la continua aspiración de todos sus deseos, sin que la idea de volver cuanto antes al lado de

aquellos seres que tanto amaba se apartase un momento de su imaginación.

En su consecuencia, y cambiando de conversación, preguntó:

—¿Hace mucho que no tienes noticias de tu mujer?

Pablo suspiró, y después de una pequeña pausa dijo:

—¡Hace cerca de seis años que no la he visto! Desde Palma le giré hace seis meses mis ahorros, y su última carta la recibí hace más de quince cuando estuvimos la última vez en la Habana

—¿Y eran buenas las noticias?

—Ya verá V.; aquí llevo siempre su carta en la cartera, y tantas veces la leo, que ya la sé de memoria; de salud están buenos pero... los medios de vida escasean; el chico se cría fuerte, pero como sólo tiene siete años, aún no lo puede ganar y su madre aunque se ayuda con lo que la envió, tiene que trabajar para atender bien al chico y vivir los dos con la menor pobreza posible.

—En tu mano tienes la ocasión de reunirte pronto á ellos y hacerlos ricos.

—Pero...—dijo Pablo vacilando otra vez.

—Bernardo aprovechando esta nueva vacilación, dijo:

—Mañana enterraremos al difunto en Felanix; después tú te llevarás la niña y dirás á todo el mundo que la recoges y aceptas por ahijada, en vista de que quedó por completo dasamparada.

—Si en eso consiste todo, no hay inconveniente

—Bien; yo te doy en cambio cinco mil duros; con ellos puedes regresar á tu país y vivir feliz el resto de tu vida.

—¿Llevándome la niña?

—Haciéndola desaparecer, sin que nadie sospeche.

—¿Cómo?... ¡Eso es imposible!

—Nada hay más fácil.

—No comprendo.

Mira; este es mi plan. Después de enterrar al difunto, dejaremos en Felanix á todos los náufragos recogidos para que libremente se dirijan donde más les convenga ó puedan encaminarse; tú sacarás la niña del buque, diciendo á nuestros tripulantes que la dejas en tierra encomendada á una familia honrada hasta tu regreso de América; en el pueblo dirás, por el contrario, que vuelves al buque con la niña para trasportarla á tu país; saldrás de Felanix con ella y llegarás solo al buque; unos y otros quedarán engañados, y desapareciendo

la criatura nadie podrá reclamarlo jamás el dinero que quedará en nuestro poder.

—Pero, ¿cómo me desharé de la niña?

—En la costa hay sitios solitarios y piedras gruesas, una cuerda y una piedra bastan para sostener cualquier objeto en el fondo del mar; y la soledad no tiene testigos.

—¡Pero eso es horroroso!

—Peor es que perezcan de hambre tu mujer y tu hijo, á cuyo lado tal vez no puedas volver jamás, si no es para servirles de estorbo y agravar mas su miseria.

—Puedo llevar la niña á mi casa y criarla como si fuese una hija adoptiva.

—La existencia de la niña podría ser una amenaza para el porvenir. ¿Quién sabe si alguien podría reclamar por ella. ...?

—No comprendo.

—Ella misma, en su mayor edad, trataría de averiguar su origen y... ¿quién sabe esto á dónde podría conducirnos?

—Sin embargo.

—Nada, no discutas este extremo, no hay más camino que el que te he propuesto.

—¿Pero ..?

—¿Quién sabe si tu hijo ó tu mujer, enfermos tal vez, en estos momentos perecen de miseria? ¿Quién sabe los martirios á que puede sujetarles la pobreza en lo porvenir? Si tú los amas, aprovecha la ocasión; en tu mano tienes la fortuna; si la rechazas tú tendrás la culpa de hoy en adelante de las miserias de los tuyos.

—¡Pero es tan duro cometer el asesinato de una niña inocente!

—Dobla la cantidad, te daré diez mil duros.

—¿A cuánto asciende la fortuna?

—Lo ignoro; pero según el difunto, hay en la cartera veinte mil duros, partiremos por igual. ¿Te conviene?

Pablo quedó un rato silencioso y pensativo. Bernardo le contemplaba con sonrisa satánica y murmurando por lo bajo, de modo que le oyese su interlocutor como un eco de tentación:—Tu hijo y tu mujer perecerán en la miseria por tu culpa, puesto que no aceptas el medio de enriquecerlos.

De pronto Pablo se pasó la mano por la frente, como si tratase de retener una idea y dijo con acento de convicción, aunque con voz opaca:

—Acepto.

—¡Bravo!—Exclamó con satisfacción Bernardo, dibujando su rostro una repugnante alegría, semejante á la que debe animar la faz de Lucifer cuando sucumbe á su tentación un alma hasta entonces pura.

—Pero—dijo Pablo—pongo por condición que extendamos un acta firmada por los dos y que conservaré en mi poder.

—¿Desconfías?

—¿Quién sabe? Algún día podría V. delatarme como único autor del crimen y...

Bernardo quedó un momento pensativo y luego dijo:

—Está bien; no tengo inconveniente, siempre que el documento sea duplicado. Trae papel y tintero.

Así lo hizo Pablo, sacando dichos objetos de una maletilla que tenía junto al camarote; Bernardo escribió un acta que decía así:

«En el día de hoy, 17 de Septiembre de 1850, yo, el abajo firmante, hice desaparecer la niña Celia, hija de un naufrago de la goleta «Carmen» de la matrícula de Alicante que, en la noche de ayer, se fué á pique en aguas de Mallorca, cerca de la Punta de Amer, y me declaro único responsable de la muerte de dicha niña, á quien asesiné para hacerme dueño de su fortuna.»

Después Bernardo leyó el documento y con la aprobación de Pablo lo firmó

Pablo sacó una copia exacta y después de firmarla la entregó á Bernardo, el cual la examinó y la guardó en su cartera de bolsillo, haciendo el Contramaestre lo mismo con la firmada por el Capitán.

—Ahora te falta un documento con que poder acreditar legalmente la desaparición de la niña, por si acaso fuese algún día reclamada por alguna persona de su familia,—observó Bernardo

—Es verdad,—contestó Pablo, y después de reflexionar un rato, añadió el Capitán:

—Es fácil de arreglar.

—¿Cómo?

—Dame otro pliego de papel, y te extenderé un acta de defunción de la niña, en forma legal, por la que aparezca haber fallecido en alta mar durante nuestra próxima travesía á la Habana, y por consecuencia de una enfermedad natural.

—Pero, para eso hace falta la firma del médico y de los testigos.

—Yo imito perfectamente la firma del médico del buque,

y en cuanto á los testigos, firmaré con los nombres de dos de nuestros más viejos marineros, y la fecha puede ser cualquiera de uno de los días de nuestra travesía; ahora verás.

Y á la vez se puso á escribir extendiendo el documento deseado en correcta forma, y después de firmarlo como Capitán del barco y de falsificar con gran perfección las firmas del médico y testigos, lo selló con un sello oficial y lo entregó á Pablo, que después de examinarlo lo guardó en su cartera, y sin hablar más palabras salieron ambos de la cámara, después de apagar la luz.

Ya era hora puesto que el buque entraba en aquel momento en Puerto Colón, en cuyo centro fondeó, mal abrigado de los vientos por lo pequeño y mal acondicionado de aquella cala llamada puerto.

La luna estaba cerca del ocaso, el alba próxima empezaba á teñir de blanca luz la bóveda celeste y las estrellas ofuscadas por la saliente aurora iban desvaneciéndose. El viento soplaba mansamente, los campos próximos mostraban su verdor obscuro aún por lo escaso de la luz matinal, y en la orilla algunos marineros preparaban sus botes de pesca, en tanto que otros salían ya con los suyos del puertecillo entonando monótonos cantares y lanzándose á la mar, aún gruesa por la pasada borrasca, en busca del sustento cotidiano con riesgo de la vida.

VII

Apenas hubo fondeado el «Ballardo» en Puerto Colón y después de las formalidades de rúbrica, Bernardo acompañado del Capitán de la naufragada goleta «Carmen», del Contramaestre Pablo y de todos los náufragos, se dirigió á Felanix, atravesando á pié el camino de cerca de siete millas (más de dos leguas) que une el puerto con el pueblo, en aquella época apenas accesible á los carros, y que atraviesa un terreno lijaramente ondulado y cubierto de maizales, hortalizas é higueras diseminadas por todas partes.

Una vez en la población, se dirigieron todos á la casa en que habitaba el Comandante del Puerto, y de allí á la del juez del partido, denunciando el naufragio ocurrido en la pasada noche.

Abierto el oportuno expediente, se hicieron constar en él cuantos detalles pudieron aportar los testigos y víctimas de

aquella catástrofe, y se formó relación de los nombres y circunstancias de todos y de cada uno de los náufragos, sin que respecto al difunto D. Antonio Hernández pudieran averiguarse otros antecedentes que su nombre y apellido, según constaban en el roll del buque, salvado por su Capitan, así como las circunstancias de que había tomado pasaje para Alicante en Marsella, de cuyo punto había zarpado la goleta «Carmen» en la madrugada del día 14 del mes que corría; y de que, según habían oído decir al finado, la pequeña niña que consigo llevaba era hija suya y se llamaba Celia. Y esto fué todo cuanto se pudo averiguar.

Cubiertas estas formalidades, el juez acompañado por un notario y por dos médicos, se trasladó á bordo del «Ballardo», donde procedió al levantamiento y reconocimiento del cadáver, el cual fué minuciosamente registrado, no encontrando en sus bolsillos documentos ni antecedentes de ninguna clase que pudieran añadir dato alguno á los ya conocidos, pues la cartera donde se contenían la fortuna y documentos del difunto, la tenía bien guardada el Capitán Bernardo y nadie hizo mención de ella, sin duda porque en los momentos azarosos del naufragio y salvamento de los náufragos nadie se había fijado en el detalle de que el desgraciado D. Antonio hubiese salvado su cartera.

Esta circunstancia tranquilizó á Bernardo que había estado algo preocupado por la idea de que alguien hiciese mención de aquella balija que tanto le importaba ocultar.

También se hizo constar en la declaración de Pablo, y por medio del acta correspondiente, que éste se hacía cargo de la pequeña Celia, á la que aceptaba como hija adoptiva interin no fuese reclamada por persona de su familia, acción que, apareciendo loable á los ojos de todos, mereció las más expresivas muestras de aplauso, que fueron recibidas en apariencia con humildad por el Contramaestre y con vergüenza de sí mismo en el fondo de su alma.

Después de levantado y reconocido el cadáver, con todas las formalidades que marca la ley, y visto que llevaba sobre su pecho un escapulario de Nuestra Señora del Carmen, y que por lo tanto era católico de religión, se ordenó por el juez su entierro en el Campo Santo, al que se procedió á la caída de la tarde, con asistencia de todos los náufragos de la goleta «Carmen».

El cielo cubierto por ligeras nubes parecía adherirse á las muestras de religiosa caridad de los sencillos marineros,

pescadores y campesinos que acompañaban al difunto; el Sol próximo al ocaso se cubría á medias tras las vaporosas neblillas, el campo, silencioso, cubierto en unos sitios de ya secos y dorados maíces y en otros de rastrojos, con sus diseminadas higueras de sombrío contorno, presentaba un aspecto serio y en armonía con las circunstancias, y en tanto el cortejo fúnebre avanzaba por el camino lentamente.

Marchaba primeramente un monaguillo llevando una cruz negra de regulares dimensiones. A su lado y un poco detrás, otro monaguillo hacía oír de cuando en cuando el sonido de una campanilla.

Seguía detrás el féretro conducido á hombros por cuatro marineros, que de trecho en trecho eran silenciosamente relevados por otros compañeros.

A continuación del cadáver marchaba el cura párroco de Felanix con otros dos sacerdotes y un sacristán, entonando los cuatro, con voz grave y lúgubre acento, el oficio de difuntos.

Detrás iba el Capitán Bernardo con expresión de solemne gravedad.

A la izquierda de Bernardo caminaba Pablo con la pequeña Celia en brazos, y en tanto que la niña sonreía con la inocencia inconsciente de su tierna edad, el Contramaestre llevaba la vista baja, como si temiese que al alzar los ojos se presentase á su mirada una maldición escrita en los cielos, y su fisonomía se cubría algunas veces de una especie de rubor que enrojecía su curtida piel.

A la izquierda de Pablo, y con aire de noble sentimiento religioso marchaba el Capitán de la naufragada goleta «Carmen».

Por último, cerraban la marcha un grupo de marineros del «Ballardo» con todos los náufragos, pescadores de Puerto Colón y muchos campesinos que, atraídos unos por verdadero sentimiento cristiano y otros por simple curiosidad, habían querido acompañar al cadáver del infortunado náufrago á su última morada.

En aquella forma reposada y solemne llegó la comitiva al cementerio á cuya entrada todos se detuvieron descubriéndose respetuosamente, en tanto que el párroco rezaba un responso y rociaba con agua bendita el féretro bendiciendo al difunto.

Después se dirigieron silenciosamente al sitio en que esperaba la ya preparada sepultura donde fué colocado el cadáver, y después de cubierto se colocó encima una pequeña

cruz de madera negra, costeada por los marineros y náufragos de la goleta «Carmen», y sobre la cual se leía esta sencilla inscripción:

«Aquí yace D. Antonio Hernández

Víctima del naufragio de la goleta «Carmen», ocurrido en las inmediaciones de la Punta de Amér, en las costas de Mallorca, en la noche del 16 de Septiembre de 1850.

R. I. P.»

Antes de separarse de la sepultura el cura párroco, con frase reposada y grave rezó el último responso, durante el cual todos los presentes se mantuvieron de pie, descubiertos y en respetuosa actitud. Únicamente el Capitán Bernardo, con muestras de exajerado dolor, se arrodilló junto á la sepultura aparentando que murmuraba una oración. Entonces Pablo le dirigió una mirada de profundo desprecio; en su rostro se dibujó un gesto de terrible indignación, avanzó hacia el hipócrita con amenazador continente pero, de pronto, contenido por otra idea se detuvo, permaneció un momento indeciso, y después, con paso vacilante, se deslizó entre los concurrentes llevándose la niña, y salió del cementerio como impulsado por una fuerza irresistible.

A poca distancia de la puerta del Campo Santo se detuvo un momento el Contramaestre como vacilando, luego pareció serenarse y por fin, con paso resuelto, y dejando el camino carretero, por una estrecha senda se dirigió hacia el mar con la pequeña Celia dulcemente dormida entre sus fuertes brazos.

VIII

Terminado el entierro, todos los asistentes salieron del cementerio; los campesinos y marineros de Puerto Colón se dirigieron á sus domicilios, los náufragos se internaron en el pueblo en busca de posada donde pasar la noche, que ya se aproximaba, para marchar al día siguiente á Palma en busca de los medios de encaminarse cada cual donde mejor le aconsejaban sus intereses; los marineros del «Ballardo» después de despedirse de su Capitán regresaron al buque; los clérigos se dirigieron á la iglesia, y Bernardo se encaminó á su casa satisfecho por lo bien que marchaban sus asuntos.

El Capitán del «Ballardo» contó á su esposa todos los detalles del naufragio de la goleta «Carmen» y del entierro de D. Antonio y el rasgo generoso de su Contramaestre Pablo que había recogido á la pequeña Celia como hija adoptiva; empero tuvo mucho cuidado en ocultar á su consorte cuanto hacía relación á la fortuna del padre de la niña y al infame crimen que acababa de cometer.

Cenaron ambos esposos con su pequeño hijo Miguel que contaba cuatro años de edad, y terminada la cena dió orden Bernardo de que un criado enganchase un carretón para conducirlo al puerto, manifestando que le era preciso hacerse á la mar aquella misma noche por tener que hacer escala en Ibiza donde era forzoso llegase cuanto antes por intereses comerciales que le habían sido encomendados.

Cuando al poco rato su criado le avisó de que estaba preparado el carruaje, Bernardo dió un beso al pequeño Miguel y abrazó con ternura á su esposa, la cual llorando le suplicó dejase cuanto antes la vida de marino que les tenía constantemente separados y siempre á ella en grandísimo sobresalto, y mucho más después del horroroso naufragio que acababa de relatarle.

Bernardo la aseguró solemnemente que después del viaje que iba á hacer á América regresaría á su casa para no volver á ausentarse de ella y salió á la calle donde le esperaba el criado con el carretón.

De un salto montó el Capitán en el pequeño cochecillo, especie de tilburi que se usa mucho en Mallorca, tirado por un pequeño caballo que hostigado por el látigo del criado partió á trote largo.

Dos minutos después salieron del pueblo y tomaron el camino que conducía al puerto.

La noche era clara y serena, el viento refrescaba gratamente la atmósfera, calurosa aun en Septiembre en la Isla de Mallorca, el caballo trotaba con rapidez, el criado guiaba con cuidado para salvar los muchos baches del camino, y Bernardo acariciaba entre sus dedos la llavecilla de su cámara de mando en que guardaba la cartera y fortuna que habían sido del difunto D. Antonio y fumando su pipa, formaba en su imaginación mil dorados proyectos, sin acordarse para nada de sus víctimas.

Sin cruzarse una palabra entre amo y criado llegaron al puerto. El Capitán hizo sonar un pito, saltó del carruaje al suelo y despidió á su criado que con el cochecillo regresó al pueblo.

Un bote del «Ballardo» atracó en el embarcadero, Bernardo saltó á él, y algunos minutos después se encontró en el buque; sus primeras palabras se dirigieron al grumete Tuñoto preguntándole si estaba á bordo el Contraamaestre Pablo, y habiéndole contestado negativamente se dirigió á su cámara de mando en la que entró cerrando la puertecilla.

Enseguida encendió un pequeño farol, sacó una llave de un bolsillo de su chaleco abrió el armarillo, tomó la cartera y apartó de la mesilla que ocupaba el centro de la cámara la carta marina que sobre ella estaba, se sentó en una silla y empezó á examinar el contenido de la cartera.

Primeramente sacó tres legajos sobre los cuales se leía: «Documentos varios»; y sin ocuparse en examinarlos los colocó sobre una silla junto á la puertecilla.

Enseguida sacó una pesada bolsa de terciopelo carmesí y al vaciar en la mesa su contenido, se escapó de su pecho una exclamación de satánica alegría. Eran onzas de oro españolas.

Las contó con avarienta rapidez formando pilas de diez monedas cada una y halló que el total ascendía á cien onzas ó sea mil seiscientos duros.

El resto del contenido de la cartera consistía en gruesos paquetes de billetes de banco de cuatro mil reales, en su mayor parte españoles, con algunos franceses y otros italianos; el número total de billetes ascendía á mil quinientos, que formaban la suma total de seis millones de reales.

Bernardo después de cerciorarse de la exactitud de la cantidad apartó cincuenta billetes que componían los diez mil duros ofrecidos á Pablo, y formando con ellos un paquete los colocó sobre la silla junto á los tres legajos de documentos.

Enseguida procedió á colocar su tesoro nuevamente en la cartera pensando con sonrisa de satisfacción que no podía haber tenido más feliz ocurrencia D. Antonio que la de realizar en tan sencilla forma aquella fortuna para venir á entregársela de manera que, sin obstáculos para cobrar letras ni cheques, pudiera entrar en su posesión de un modo tan fácil y exento de peligros.

Sus manos temblaban de avariento placer al contacto de los fajos, sus ojos centelleaban con fulgores satánicos, de su pecho se escapaban comprimidas carcajadas de histérica y singular alegría y su cuerpo se estremecía y temblaba agitado por el intenso placer que ponía en tensión todos sus nervios.

IX

La noche era tranquila y hermosa, la luna en todo su esplendor marcaba extensa estela sobre el mar, lijeramente rizado por la blanda y fresca brisa, arrancando argentinos resplandores á las movibles olas é iluminando esplendorosamente la accidentada costa.

Por entre un grupo de blancas rocas se deslizó un hombre llevando en sus brazos, dulcemente dormida, con ese sueño tranquilo y propio de los inocentes pequeñuelos, á una preciosa y delicada niña.

Eran el Contraamaestre Pablo y la desgraciada Celia.

La soledad más completa les rodeaba y el silencio misterioso de la noche solo era interrumpido por el dulce murmullo de las olas que, suavemente besaban las rocas de la costa ó se deslizaban sobre las limpias arenas de la playa con cadencioso y melancólica arrullo.

Pablo llegó hasta la misma orilla y se detuvo un momento; lanzó una mirada de investigación á su rededor y escuchó para cerciorarse de que nadie le seguía ni observaba.

Después de algunos momentos se sentó sobre una roca cuyo pie lamían las olas y, colocando sobre sus rodillas á la pequeña Celia, sacó un pañuelo y se limpió algunas gotas de sudor que humedecían su frente.

Inquieto y pensativo permaneció algunos minutos, después guardó el pañuelo entre su faja y al movimiento que para ello hizo se despertó la niña y, con acento débil dijo; «Papá, quiero con papá».

Aquellas sencillas palabras hicieron al viejo marino el efecto de una corriente eléctrica, todo su cuerpo tembló con violencia, su rostro se contrajo y sus manos se agitaron convulsivamente.

Después levantó á la pequeña Celia entre sus brazos, la contempló un momento y murmuró entre dientes:—¡Quiéres ir con tu padre, desdichada! ¡Sí, á ello estabas destinada, pero no irás... al menos por ahora; yo lo evitaré, que, aunque ladrón, jamás seré asesino... y menos de un ángel inocente y delicado como tú.

La niña repitió: «Papá, quiero con papá»; y rompió en llanto violento.

Entonces Pablo se levantó, colocó entre sus brazos su

delicada carga y arrullándola lo mejor que pudo emprendió de nuevo la marcha. La niña dejó de llorar y pocos momentos después volvió á dormir tranquila y confiada.

El Contramaestre se deslizó entre las rocas y salió á una pequeña playa limitada al extremo opuesto por otro grupo de peñascos blancos junto á los cuales se alzaba una humilde casita de un solo piso dejando ver por sus entreabiertas ventanas la luz del interior.

Cruzó la playa hundiendo sus pies en la dorada arena y arrullando siempre á la pequeñuela que dormía dibujando entre sus labios sonrosados la inocente sonrisa de un ángel. Llegó á la puerta de la casita y llamó dando algunos golpes con un pie.

Una voz fresca de mujer preguntó:

—¿Quién es?

—Abre, Catalina; soy un amigo;—contestó Pablo, y la puerta se abrió apareciendo, junto á la misma, una hermosa mujer de unos veinticinco años de edad, esbelta y delicada, de delgado y flexible tallo, de brazos largos y delgados, de ojos rasgados, negros é inteligentes, de mirada á la vez dulce y soñadora, de sonrosada aunque morena piel, de pequeños pies y delicados movimientos; sus cabellos negros como el ébano caían en gruesas trenzas sobre su espalda, y vestía falda de color claro lisa y corta, que dejaba ver el nacimiento de su delicada y nerviosa pierna y sus diminutos pies apriionados en zapatitos de cuero; jubón negro con estrechas mangas y redondo escote, al que asomaba un pecho levantado y voluptuoso y rebocillo blanco de encaje que formaba limpio marco á su animado y bellissimo rostro.

Al abrir la puerta la mujer contempló un momento al recién llegado y enseguida con alegre acento gritó:

—Sal, Pedro, que tenemos aquí á tu amigo Pablo, el Contramaestre del «Ballardo».

Casi al mismo tiempo se presentó en la estancia un hombre de unos treinta años de edad, fuerte como un roble, de mediana estatura, enjuto de carnes, de piel tostada y rugosa, de fisonomía simpática y llena de bondad y de nobleza, de nariz recta y bien formada, de ojos vivos pardos, rasgados y de serena y franca mirada, de boca regular y labios finos, completamente afeitado, de movimientos lentos y de grave nobleza sin afectación; vestía pantalón de lista de color claro, blusa azul abierta, camiseta de lana de rayas azules y blancas, faja encarnada y gorro de punto del mismo

color y alpargatas cubiertas, y fumaba una pipa de grandes dimensiones.

Tan pronto como vió á Pablo le echó los brazos al cuello con muestras de gran satisfacción, diciéndole con cariño:

—Buenas noches, Pablo; ¿qué dicha te trae por aquí?

Antes de que pudiera contestar el Contramaestre, el buen Pedro fijándose en la pequeña Celia preguntó:

—¿Y, esa criatura? ¿Qué significa verte convertido en niño?

Y con franca risa añadió:

—¿Es que has cambiado de oficio?

—Nada de eso, —contestó el Contramaestre— antes bien, estos son gajes de mi antigua profesión de marino.

—Explicáte dijo Pedro, y, como estuviesen aun junto á la puerta, añadió:

—Pero antes, entra y sentémonos, que será lo más cómodo—y empujando familiarmente al Contramaestre en un hombro entraron en la primera pieza de la casa que era á la vez portal, comedor y sala de recibir.

X

Era aquella habitación de forma rectangular, espaciosa y de elevada techumbre y estaba perfectamente blanqueada de cal, sin que en sus paredes ni en el techo, cuyas vigas estaban al descubierto, se notase la más lijera mancha; el suelo era de cemento y estaba cuidadosamente barrido de modo que, por todas partes se notaba un aseo esmeradísimo.

Además de la puerta de entrada había otra en la pared del fondo y cerca del rincón de la derecha, que comunicaba con la cocina y otras dos en la pared de dicho lado que daban acceso á dos alcobas ocupadas una de ellas por un elevado y ancho lecho, una mesilla de noche y dos sillas, y la otra por un tocador ordinario, varias sillas, un gran armario, dos arcones y varias perchas cargadas de ropas y cubiertas con cortinas.

En la pared de la izquierda otra puerta daba entrada á una gran habitación, especie de almacén, donde estaban colocados en confusión redes, remos y atavíos de pesca de todas clases.

En la parte exterior y á espaldas de la casita se extendía un huertecillo de regulares dimensiones, limitado por las rocas, con su correspondiente gallinero y un pequeño pozo.

La habitación en que habían entrado Pedro y su esposa con los recién llegados, estaba amueblada con doce sillas de madera ordinaria con asientos de anea; una espaciosa mesa de nogal ocupaba el centro y sobre ella un velón de latón dorado con sus dos mecheros encendidos iluminaba la estancia, velando su luz una ancha y plana pantalla del mismo metal, y en el rincón de la izquierda de la entrada una rinconera de pino sin pintar sostenía una imagen de la Purísima Concepción, de un metro próximamente de altura, ante la cual lucían dos lamparillas de aceite colocadas en dos vasos de vidrio azul ordinario, y le servían de adorno dos jarrones de barro cocido colocados á sus lados sosteniendo ramos de flores artificiales primorosamente contruidos con pequeñas conchas y resguardados por sus correspondientes fanales de vidrio.

Pedro colocó dos sillas junto á la mesa, hizo sentar al Contramaestre y después se sentó á la derecha de su amigo á la vez que Catalina lo verificó á la derecha de su esposo, después de sacar de la cocina dos pequeños vasos y una botella que puso sobre la mesa.

El pescador echó aguardiente en los vasitos llenándolos hasta la mitad, y después de beber los dos hombres dijo á su amigo con tono amistoso:

—Mucho me iba estrañando que, habiendo fondeado esta mañana el «Ballardo» en Puerto Colón, no hubieses tenido un momento libre para venir á saludarnos.

—Pues ya ves que vengo á veros—dijo Pablo—y además á pedir os un gran favor...

—Ya sabes que puedes mandar aquí como en tu casa—se apresuró á contestar su amigo.

—¿Habéis tenido noticia del naufragio de la goleta «Carmen»?—dijo el Contramaestre.

—Sí, por cierto;—contestó Pedro—pues, aunque no hemos ido hoy ni al Puerto ni al pueblo, nos han referido todos los detalles unos amigos que se fueron hace poco rato, como también que se ha enterrado un náufrago muerto por haber recibido un fuerte golpe en el pecho al estrellarse el buque contra las rocas.

—También nos han referido—dijo Catalina—que, el día de ayer dejó abandonada una pequeña hija y que un marinero ha tenido la generosidad de recogerla, aceptándola como hija adoptiva.

—¿Y no os han dicho quién es ese marinero?—preguntó Pablo.

Un relámpago de inteligencia iluminó los limpios ojos de Catalina que, exclamó con emoción, señalando á la pequeña Celia que dormía tranquila entre los brazos del Contramaestre:

—¿Acaso esa niña?...

—Es la hija del náufrago— dijo Pablo.

—¿Y el marinero?

—Yo.

—¿Tú?— dijo Pedro;—Me lo había imaginado. ¡Siempre has tenido un corazón de oro!

—No lo sé—dijo el Contramaestre con tono indefinible, y apuró el contenido del vaso.

—¿Y venías?...—preguntó su amigo.

—A suplicaros el inmenso favor de que tengáis á vuestro lado esta delicada criatura hasta que yo regrese de la Habana y pueda recogerla para llevarla al lado de mi mujer.

—Aceptado, con muchísimo placer—dijo Pedro

Al mismo tiempo se levantó Catalina y, tomando la niña entre sus brazos, estampó un cariñoso beso en su rosada carita.

La pequeña abrió los ojos y, después de mirar con afán á su alrededor, rompió á llorar diciendo:

—Papá, quiero con papá.

Una lágrima rodó por las mejillas de la esposa de Pedro y, acariciando á la tierna criatura, le dijo:

—No llores, bonita mía. No estás con papá, pero estás conmigo que te quiero mucho.

Y empezó á mecerla sollozando con ternura, á la vez que, la niña, tranquilizándose por las caricias de que era objeto, dejó de llorar y empezó á sonreír con aire de confianza.

Los dos hombres contemplaban la escena conmovidos y sintiendo que furtivas lágrimas quemaban los bordes de sus tostados párpados.

Pedro, para disimular, bebió y llenó de nuevo los vasitos.

—¿Cómo se llama?—preguntó Catalina.

—Celia—dijo el Contramaestre que, en aquel momento se sentía ahogar por la emoción.

—Pues bien, Celia—añadió la cariñosa mujer de Pedro—di á todo el mundo que yo te quiero como si fueses mi propia hija, y que solo deseo que nadie te separe de mi lado.

Pablo se estremeció. Una nube de confusión pasó por su imaginación, pero se rehizo; llevó el vaso á los labios para ocultar lo que sentía, y dijo con naturalidad:

—Gracias, Catalina. Bien hice en contar con vosotros. Sois las personas más amables y más nobles que he visto en mi vida!

Y levantándose de su asiento, con el deseo de cortar cuanto antes aquella escena, añadió:

— Siento no poderme detener, pero me llama mi obligación á bordo; á la madrugada nos hemos de hacer á la vela y ya no podré volveros á ver hasta que regrese de América.

— Marcha confiado. Nosotros velaremos por la niña—dijo Pedro cariñosamente y con firmeza.

— Dios te protegerá en tu viaje por tu noble acción, ínterin nosotros cuidaremos de este ángel—dijo Catalina.

El Contraмаestre sacó de su seno una bolsa bastante abultada y entregándola á su amigo le dijo:

— Te suplico que aceptes esta cantidad para los gastos de la niña hasta mi regreso.

Pedro rechazó la bolsa, pero se vió obligado á aceptarla por las súplicas firmes é insistentes de Pablo, el cual contempló á Celia un momento con verdadera emoción y estampó un beso en su rostro.

Después salieron de la casita los dos hombres, dejando á Catalina que se esforzaba por acariciar á la pequeña; atravesaron la playa y se despidieron junto á las rocas, y al estrechar Pedro la mano de su amigo le dijo con emoción:

— Eres, Pablo, un hombre honrado.

Y éste contestó con acento opaco:

— Soy solo un lobo marino.

Después se separaron. Pedro regresó á su casa y el Contraмаestre se internó entre las rocas con dirección al puerto.

XI

Durante siete años habían navegado juntos Pablo y Pedro en el «Ballardo», el primero como Contraмаestre y el segundo como simple marinero; pero, apesar de esta diferencia, y de que el Contraмаestre tenía veinte años de edad más que su compañero, desde que se conocieron por primera vez habían simpatizado profundamente y habían concluido por profesarse una amistad franca y sin reservas de ninguna clase.

El joven marinero miraba con cierta veneración á su amigo, cuya ruda franqueza le estimulaba á corresponder de igual manera no guardándole ningún secreto; y entre tanto el carácter profundamente noble y grave de Pedro, la sinceridad con que hablaba al Contraмаestre de sus honestos amores con Catalina, á la que conocía desde niño por ser hija

de un patrón de pesca de Felanix, de donde también él era natural, y los propósitos que el joven forjaba de allegar con un trabajo asiduo y honrado una pequeña suma para poder adquirir una lancha pescadora y establecerse como patrón en Puerto Colón y casarse, y su lenguaje siempre franco y sinceramente tierno y sentido cuando recordaba á sus padres, á quienes perdió siendo niño, cautivaron á Pablo de manera, que llegó á tener tal afecto á su amigo que á veces le llamaba hijo y, casi parecía que sentía por él un verdadero cariño paternal.

Tres años antes del naufragio de la goleta «Carmen», y estando el «Ballardo» anclado en Puerto Colón en espera de órdenes, fué acometido por una aguda enfermedad el padre de Catalina, y, como estaba desde mucho antes enterado de los amores de su hija con Pedro, hizo venir á éste á su lado y le habló en esta forma:

—Hace mucho tiempo que sé que os queréis bien mi hija y tú; dime si estoy equivocado.

—¿Por qué se lo he de ocultar á usted?—contestó Pedro—solo deseo, hace mucho tiempo, contar con recursos para poderme establecer y pedírsela á usted por mujer.

—¿La amas mucho?

—Con toda mi alma. No tengo otra ilusión más que la de ser su esposo.

—Pues bien, Pedro, yo estoy muy malo, me siento morir y como soy viudo y Catalina es mi única hija, la voy á dejar sin amparo en el mundo. Por eso te he llamado; quiero que, desde luego, dejes tu oficio de marinero del «Ballardo», y que hoy mismo te despidas de tu Capitán. Ahí tienes mis dos lanchas de pesca, ellas con todos sus enseres y el bote, todo es tuyo, desde ahora eres patrón. Yo me voy y tú me sustituyes. Solo te pido, en cambio, que te cases inmediatamente con mi hija para que no se vea sola en el mundo.

«Desde mañana irás á pescar con tus lanchas, pues ya todo es tuyo, y desde luego empezará á reunir tus papeles y los de Catalina para casaros. Quiero que esto no se retrase, porque si Dios me conserva la vida algún tiempo más, moriré después completamente feliz habiéndoos visto ya casados; no porque desconfíe de tí, sino por tener la dicha de ver realizado ante mí mismo vuestro matrimonio, que será el consuelo de mis últimos momentos y, si recobro la salud, como soy ya viejo y cascado, mejor regirás tú las lanchas que yo, pues eres joven y robusto.

Pedro comprendió la nobleza con que se le hacía el ofrecimiento y la petición á la vez, y, sin entrar en considerandos intempestivos, admitió desde luego lo que se le proponía. Veinte días después contrajo matrimonio con Catalina y recibió la bendición del enfermo que, á los pocos meses falleció entre los brazos de los nuevos esposos.

El Contraamaestre Pablo fué testigo de la boda de Pedro y Catalina, y en los tres años transcurridos los había visitado muchas veces, siempre que había arribado el «Ballardo» á Puerto Colón, y consideraba aquella casita en que habitaba su amigo como si fuese algo así como cosa de su propiedad; tal era el franco cariño con que siempre había sido recibido en ella.

Cuando el Capitán Bernardo le propuso el asesinato de la pequeña Celia, el Contraamaestre tuvo intenciones de lanzarse sobre aquel miserable y estrangularle entre sus brazos, pero, como recordará el lector, después de reflexionar se pasó la mano por la frente como para sujetar ó retener una idea y aceptó el criminal propósito.

Lo que había pensado fué lo mismo que le hemos visto ejecutar. Pablo se dijo que, si no aceptaba, sería casi imposible evitar que Bernardo llevase á cabo más tarde su propósito, pues él no tendría ni con qué probar sus criminales proposiciones por falta de testigos, ni medios de arrancarle aquella ignorada fortuna cuya existencia había quedado secreta con la muerte de D. Antonio.

Estos pensamientos y la ambición de reunir una fortuna que, para tranquilizar su conciencia, se dijo á sí mismo que era de legítima adquisición, puesto que en cambio salvaba la vida de Celia, le decidieron por completo á aceptar las proposiciones de Bernardo; pero, sin embargo, una protesta se alzaba en el fondo de su pecho, un continuo grito de su conciencia le decía que se había convertido en ladrón y cómplice de un criminal, y de aquí nacía en su alma un continuo sobresalto.

XII

Después de separarse de Pedro, el Contraamaestre atravesó por entre las rocas y al llegar al mismo sitio en que se había sentado poco antes con la pequeña Celia, se detuvo y permaneció algunos minutos cabizbajo y profundamente

pensativo. Luego sacó de un bolsillo su pipa, tabaco y mecha, y después de encender lanzó al aire grandes bocanadas de humo y continuó su marcha maquinalmente como autómeta movido por resortes.

De cuando en cuando se paraba y murmurando entre dientes decía:

—Soy un miserable, sí... Debo delatarlo todo al juez.. Aún es tiempo, porque la niña está en lugar seguro y viva, y el acta que tiene Bernardo en nada puede comprometerme.. Un reconocimiento en el buque dará lugar á que se descubra la fortuna... ¡Bah! la fortuna.. Dios sabe.. ¡Soy un imbécil! Eso debí de haberlo hecho esta mañana en cuanto salté á tierra... Ahora...; la fortuna.. ¿Quién sabe donde la habrá escondido Bernardo?... Si le delato quizás será peor, acaso no conseguiré otra cosa que perder los diez mil duros, sin que la chica obtenga ya ventaja alguna... y... ¡Bah! Soy pusilánime de verdad, sin mi mediación esa criatura ya no viviría; bien puedo guardar sus diez mil duros puesto que la he salvado la vida que vale más que el dinero.

Y, como Pablo, aunque era bueno en el fondo, al fin era hombre, sujeto como todos, á miserias, debilidades y pasiones, se aferró á este último razonamiento que halagaba su egoísmo y su ambición, y, después de pasarse las manos por la frente, empezó á andar con rapidez entonando una cancioncilla para que le ayudase á no pensar más en las cosas que tanto le inquietaban.

Después de recorrer una media milla de distancia se encontró en el Puerto y entonces lanzó un agudo silbido.

A los pocos momentos un bote se separó del «Ballardo» y atracó en el embarcadero donde esperaba Pablo, el cual saltó á la pequeña embarcación y algunos minutos después se encontró á bordo del buque.

Lo primero que hizo fué preguntar por el Capitán y enterado de que se encontraba en su cámara de mando pasó lista, y viendo que toda la tripulación estaba completa, mandó izar la escalerilla de la mura de babór, levar el bote y cerrar el portalón.

Enseguida ordenó el servicio de vigilancia que debía mantenerse á bordo durante la noche, y dispuso que se retirasen á dormir todos los tripulantes que no estuviesen de servicio, de manera que, únicamente quedaron sobre cubierta un marinero vigilando en el alcázar y el Tuñoto que debía verificarlo en el puente, pero, al dirigirse éste á su puesto, fué detenido por el Contramaestre que le dijo:

—Espera en el castillo de proa hasta que te avise.

Y el grumete sin replicar obedeció colocándose en el sitio que se le había indicado.

Pablo, después de cerciorarse de que no había testigos, subió al puente y con los nudillos de la mano derecha dió varios golpecitos en la puertecilla de la cámara de mando.

XIII

El Capitán Bernardo, trémulo de avaricia, acababa de colocar en la balija el último fajo de billetes, cuando oyó los golpecitos que daba el Contra maestre llamándole.

Aquel lijero ruido le estremeció como si una corriente eléctrica hubiese atravesado su cuerpo y precipitadamente, como el miserable que teme ser descubierto al cometer un crimen, arrojó la balija al fondo del armario, cerrando éste con la llave que guardó en un bolsillo de su chaleco, apagó la luz y abrió la puertecilla saliendo al puente en busca del importuno que había venido á interrumpirle.

En su precipitación, y sin apercibirse de ello, tropezó con la silla en que había colocado el fajo con los diez mil duros que debía entregar á su cómplice y los tres rollos de papeles de D. Antonio, uno de los cuales, impulsado por el choque, fué despedido cayendo fuera de la cámara, sin que tampoco se apercibiese de ello el Contra maestre, harto agitado por las circunstancias

—Buenas noches, Pablo—dijo el Capitán—¿has cumplido tu promesa?

—Con exactitud—contestó su interlocutor.

—¿Murió la niña?—preguntó Bernardo en voz apenas perceptible.

—Está claro.

—¿Nadie podrá sospechar?

—Solo las olas del mar, que guardarán el secreto.

—Te has portado bravamente y voy á entregarte tu dinero.

Y al decir esto el Capitán, que no se había separado de la puerta de la cámara, entró un momento en ésta, tomó el fajo de billetes que tenía preparado, sacó de un bolsillo de su gabán un pliego, y volviéndose hacia Pablo se lo entregó todo diciéndole:

—Aquí están tus diez mil duros y el certificado de

defunción de la niña; y ahora, y para siempre, prudencia y silencio.

—Tanto interés tengo como usted en este asunto—dijo Pablo guardando el dinero entre los pliegues de su faja.

—Está bien, ahora puedes retirarte á descansar. En cuanto empiece á lucir el alba saldremos al mar.

—¿No tiene usted más que ordenarme?

—Nada

El Contramaestre dió un silbido para avisar al Tuñoto, el cual, ligero y ágil descendió del castillo de proa y subió al puente al mismo tiempo que bajaba Pablo y que el Capitán entraba de nuevo en su cámara de mando cerrando la puerta.

Apenas entró el grumete en el puente tropezó con el rollo de papeles que había dejado caer el Capitán, y recogéndole, se lo guardó entre la faja, murmurando entre dientes:

—Aquí hay algún misterio y quizás estos papeles me lo darán á conocer.

Entre tanto el Contramaestre se encerró en su cámara.

Cuando Bernardo se encontró solo encendió la luz y al observar que sobre la silla únicamente había dos rollos de papeles en vez de los tres que en ella había puesto, quedó pensativo.

—¿Qué es esto?—se preguntó—me parece que fueron tres los legajos de papeles que dejé aquí. ¡Sí! Casi estoy seguro de ello.

Enseguida buscó por el suelo, registró toda la cámara, examinó de nuevo el contenido de la baliya y del armario, y, convencido de que no encontraba un tercer rollo, abrió la puerta y con un farolillo empezó á buscar por todo el puente.

—¿Qué busca usted, Capitán?—preguntó el Tuñoto.

—Muchacho,—dijo Bernardo—¿has visto por aquí algunos papeles?

—No, señor.

Y el grumete se inclinó y recorrió todo el puente aparentando que buscaba cuidadosamente, diciendo á la vez:

—Si se le ha caído á usted algún papel en el barco parecerá, á menos que haya volado con el viento.

—No, eso no puede ser, porque era un legajo demasiado pesado para que el viento lo haya arrebatado.

—Entonces habrá caído en el pañol, porque en el puente no está.

Ambos interlocutores bajaron del puente y buscaron

por todas partes hasta que, convencido el Capitán de lo inútil de sus pesquisas, desistieron de su empeño.

Entonces volvieron al puente y Bernardo se encerró nuevamente en la cámara.

El Tuñoto, en cuanto se quedó solo, encendió su pipa y se puso á pasear lentamente, diciéndose á sí mismo:

—Pues, señor, no cabe duda, aquí hay un misterio. Cuando me llamó el Capitán para que retirase la niña de junto al cadáver de su padre, vi que ocultaba un gran bulto debajo de su gabán y, fuera lo que fuese, él se lo llevó procurando que nadie lo viese... Luego... ¿Por qué estuvieron don Bernardo y Pablo tanto tiempo encerrados en la cámara del Contramaestre?... ¿Por qué éste apadrinó á la niña?... ¿Qué ha hecho de ella?... Y después, ¿por qué me han hecho estar en el castillo de proa sino con el objeto de que no me enterase de lo que hablaban?... ¡Ah, tontos!... Quizás estos papeles me descubrirán el misterio y... ¡Quién sabe si esto será una mina!... Si yo tuviese una cámara donde encerrarme á solas bien pronto los examinaría... Pero ¿qué había yo de entenderlos, si no sé leer?... Y el caso es, que tampoco me puedo fiar de ningún compañero porque, si estos papeles no se refieren á este asunto que sospecho y el Capitán se entera de que los he ocultado puedo tener un disgusto... Mejor será guardarlos hasta llegar á la Habana, y allí no faltará quien me los lea sin peligro de quebrantos. . Sí, eso es lo mejor, y entre tanto... Aquí no pasa nada.

Y, hechas estas reflexiones, el muchacho entonó una canción en voz baja, como un murmullo, y fumando su pipa, con las manos metidas en los bolsillos continuó su limitado paseo con paso corto y lento, esperando su relevo.

XIV

Tan pronto como Pablo entró en su cámara encendió la luz, cerró la escotilla y, sentado sobre una silla ante el velador, sacó de su faja los billetes que le acababa de entregar Bernardo y, después de cerciorarse de que estaba exacta la cantidad de diez mil duros ofrecida, la metió en su maletilla y cerrándola con cuidado, guardó la llave en su cartera de bolsillo.

Enseguida se desnudó, apagó la luz y se acostó en su camarote; pero, apesar del cansancio que sentía, más que por

las fatigas, por las emociones que había sufrido durante las veinticuatro horas últimas, no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Su fantasía trastornada le hacía oír, unas veces el fragor horrísono de la pasada tempestad, otras parecía que llegaban á sus oídos las dulces y tiernas palabras de la pequeña Celia «papá... quiero con papá», y otras recordaba todos los detalles del entierro de D. Antonio y entonces su imaginación, llegando al colmo de la exaltación, le hacía ver ante sí al difunto que, saliendo de su sepultura, le señalaba con el dedo índice y, mirándole con adusto ceño le decía con voz sobrenatural: «¡Miserable, ladrón! ¿Qué has hecho de mi hija? ¡Tú, tú la has robado su fortuna dejándola abandonada en casa de unos pobres pescadores... ¡Sed malditos tú y tu infame cómplice!»

Entonces se pasaba las manos por los ojos para rechazar aquella visión que forjaba su delirio y, retorciéndose en el estrecho camarote trataba inútilmente de apartar de su mente aquellas ideas que le aterraban y que, girando en torbellino volvían á reproducirse una y otra y otra vez.

Hubo momentos en que decidió levantarse, saltar á tierra y correr al pueblo para dar conocimiento al juez de cuanto ocurría, pero, el diablo tentador arrojaba á su imaginación el recuerdo de su esposa y de su hijo pereciendo en la miseria, y reproduciendo el argumento que le dictaban su codicia y el amor hacia aquellos seres, se repetía que no era un robo lo que había hecho, puesto que, en cambio de aquellos diez mil duros había salvado la vida á Celia, «¡la vida, sí!»—murmuraba—«¡la vida, que vale más que el dinero!» y trataba de convencerse de que sin su intervención inevitablemente Bernardo hubiese asesinado á la niña. Y aferrado á esta idea se sosegaba un momento y trataba en vano de dormirse, porque volvían nuevamente á reproducirse en su imaginación las mismas ideas, visiones y argumentos; hasta que le sorprendió la primera luz del alba y el silbato de mando del Capitán le hizo saltar del camarote.

Entonces se vistió rápidamente y salió sobre cubierta para cumplir las órdenes de su superior á bordo.

XV

Entre tanto, Bernardo, que como dijimos, se había encerrado nuevamente en su cámara de mando, se sentó ante la mesilla diciéndose:

—Indudablemente, yo estoy confundido y solo debieron ser dos los rollos de papeles que había en la cartera, puesto que, ni parece el tercero que he buscado, ni pudo ser que el Contra maestre lo cogiese sin que yo le haya visto, porque, aun suponiendo que el rollo hubiese caído al puente, para cogerlo es forzoso que Pablo tenía que haberse inclinado y yo hubiese notado su movimiento.

Este razonamiento le convenció y, sin ocuparse más de este asunto, deslió los otros dos rollos de papeles y examinó su contenido cuidadosamente.

Uno de ellos se componía de quince ó veinte cartas, todas de Avelina Pozzi dirigidas á D. Antonio en la época en que, antes de casarse, tuvieron relaciones de amor, y sólomente contenían protestas de cariño y simplicidades propias entre novios.

El otro rollo estaba formado por cartas de amigos, sin interés en su contenido, y por algunas liquidaciones y cuentas de comercio ya saldadas y sin valor alguno.

Terminado el examen, Bernardo formó un solo legajo con todos aquellos papeles, salió de la cámara, se dirigió al alcázar, y al verificarlo, con disimulo para evitar que se apercibiesen los vigilantes, tiró al mar, por encima de la borda de estribor, el legajo de papeles diciéndose á sí mismo:

—Esto es inútil, y lo mejor es que desaparezca.

Después se puso á pasear por el alcázar fumando su pipa y forjando ilusorios proyectos para el porvenir.

De pronto le asaltó una idea.

No es posible, pensó, que D. Antonio viajase sin pasaporte y sin documento ninguno que justificase su personalidad. ¿Habría otro tercer legajo?... ¡Bah! Divagó otra vez. Nada se puede extrañar en un hombre tan original como don Antonio, cuyo carácter extraordinario está demostrado por el hecho inverosímil de llevar sobre sí tan inmensa fortuna, sin haberla inscrito para que fuese custodiada en debida forma en la goleta «Carmen», cosa en que procedió como un sabio y que debo agradecerle sobre manera, porque si hubiese procedido como era natural, también, es evidente, que no

llevando su fortuna en su cartera, á estas horas ese tesoro, en vez de estar en mi poder, estaría en el fondo del mar... Y en cuanto á sus documentos personales, sin duda los llevaba en su maleta, al revés de lo que también era natural... Así me evita el trabajo de destruirlos... Después de todo, tenía talento, porque, supongamos que hubiese declarado la cantidad que conducía al tomar pasaje en la goleta, en tal caso la fortuna se hubiese perdido, y aunque él y la niña se hubiesen salvado del naufragio, ahora se encontrarían pobres y desvalidos. Esto es claro, D. Antonio veía lejos, él quiso vivir ó morir con su dinero... Casi me dan tentaciones de cargar yo también con la balija y no apartarla de mi persona día ni noche hasta colocarla en sitio seguro en tierra firme... Era hombre precavido y debo agradecersele... Casi estoy por rezarle un «Padre nuestro»; y al ocurrírsele esta idea lanzó una carcajada sonora, sacrílega y zumbona, sin acordarse del sitio en que se hallaba, y tan estrepitosa que hizo sospechar al marinero que vigilaba en el alcázar que Bernardo estaba loco ó ébrio, en tanto que el Tuñoto murmuraba por lo bajo.

—¡Vaya si aquí hay misterio, y tal que, el Capitan pierde ya la chabeta... Ello dirá!.. ¡Ah! ¡Si supiese que yo guardo estos papeles!

Después Bernardo siguió su paseo embebido en mil ilusorios pensamientos de felicidades venideras, y tan absorto que, no se apercibió del relevo de los vigilantes.

Así trascurrieron las horas hasta que la luz de la madrugada le hizo volver á la realidad, asombrándose al observar que, sin objeto ninguno, había pasado la noche en vela entregado á simples fantasías.

Entonces hizo sonar su silbato para llamar á los tripulantes del buque que, á los pocos momentos, se encontraban sobre cubierta.

XVI

La aurora dorada y alegre, el mar rizado, el viento suave y templado, el cielo puro y limpio, todo sonreía como si no fuera posible que hubiese tenido lugar el drama que acabamos de relatar.

Colocado el Capitán en el puente, con repetidos toques de su silbato, ordenó las maniobras necesarias, que eran ejecutadas con el mayor orden y rapidez imaginables, de modo

que no parecía sino que todos los tripulantes eran autómatas movidos por mágicos resortes.

El timonel de servicio ocupó su puesto, en un momento se levó el ancla y se desamarró el cabo que sujetaba el buque á una boya central del puertecillo; después se desplegaron las velas una tras otra, el barco viró á poco presentando la proa al mar, é impulsado por el viento fresco de la mañana se deslizó majestuoso sobre las olas.

Una vez fuera del puerto, sus velas cambiaron de posición y al mismo tiempo se le vió virar hácia el Sur y entonces, impulsado por el viento en popa, pues soplabá del Norte, se deslizó rápido como una flecha. Poco á poco fué desapareciendo de la vista de los pescadores de Puerto Colón. Al cabo de una hora parecía una de tantas lanchas pescadoras que surcaban el mar; luego solo le percibían como una palomita blanca que flotase, allá en el horizonte, sobre las aguas; después se redujo á un punto blanquecino que costaba trabajo distinguir; luego dejó de verse por completo.

Cuando el «Ballardo», después de dejar tras sí las costas de Mallorca doblaba la Punta Imperial de la Isla de Cabrera virando al Sur-Oeste para dirigirse por el Sur de Ibiza hácia el Estrecho de Gibraltar, Bernardo llamó al Contramaestre Pablo y le ordenó que tomase la dirección de la nave en tanto que él iba á descansar, puesto que no lo había verificado durante las dos noches anteriores. Enseguida se retiró á su cámara y se acostó.

Un cuarto de hora después dormía tranquilamente en su camarote. En sus labios se dibujaba una sonrisa de placer y de felicidad.

¡Aquel miserable no tenía conciencia!

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE



I

Veinte años después de los sucesos que he relatado en la primera parte de esta historia, y en una tarde calurosa del mes de Junio de 1870, un joven de veinticuatro años de edad, delgado, de ojos pardos, nariz aguileña, moreno y con bigote negro, de elevada estatura, de noble aspecto, de elegante y bizarro continente, vestido con un ligero traje de lista de color claro, sombrero de paja de anchas alas; botinas de charol y polainas de tela de hilo crudo con sus correspondientes trabillas; montado en un hermoso caballo castaño y marchando al trote corto, se dirigía hacia el mar por la carretera esmeradamente cuidada que une Felanix con Puerto Colón.

Cerca ya del Puerto torció á la izquierda tomando un caminejo que conduce al Algar, pequeña caleta situada al Norte y á poca distancia del Puerto, del cual la separa un saliente de la costa que termina en la punta llamada Morro de la Torre, sobre la que se eleva un faro de sexto orden cuya luz se extiende á diez millas de distancia aun en las noches de espesa bruma.

Después de recorrer una media milla, el camino desaparece en la fina arena de la playa, y nuestro joven se encontró frente á la casita de Pedro el pescador, que ya conocen los lectores de esta historia, y cuyo aspecto exterior había variado poco, aunque en su interior se habían hecho ligeras reformas por las nuevas necesidades de la familia.

Dos mujeres se hallaban sentadas en sillas colocadas junto á la puerta á la sombra de un emparrado.

Una de ellas, la de más edad, remendaba unas redes de pescar, en tanto que la otra, joven y delicada, bordaba cuidadosamente un pañuelo colocado en el tambor que tenía sobre sus rodillas, y ambas vestían el traje propio del país; esto es,

falda lisa y corta, pequeño delantal cuadrado, jubón negro con mangas cortas y ligeramente escotado, y blanco rebocillo por debajo del cual dejaban caer el pelo sobre sus espaldas en dos apretadas trenzas rematadas y sujetas por un lazo de cinta de seda negra.

Eran Catalina y Celia.

La primera que á la sazón contaba cuarenta y cinco años de edad, conservaba aun todo el esplendor de su belleza. Era una hermosa jamona de contorneadas y robustas formas, sin exajeración, de elevado y voluptuoso pecho, de ojos apenas estropeados por los años cuya dulce y simpática mirada denotaba un alma noble y de delicados sentimientos.

Celia era una hermosísima rubia de veintidos años de edad, de ojos azules y rasgados, de dulcísima mirada que revelaba un alma pura é inocente pero de voluntad firme y de ardientes sentimientos, su nariz fina y ligeramente remangada, su pequeña boca de labios encarnados que dibujaban constantemente una sonrisa llena de candor, el óvalo delicado de su rostro, las luengas, abultadas y doradas trenzas de sus cabellos, sus diminutas manos y delicados piececitos, su estatura regular, lo flexible y esbelto de su talle, lo levantado de su seno, la morbidez y elegancia de sus correctísimas formas, el aire especial de sus graciosos movimientos, el perfume esquisito que parecía exhalar de toda su persona; todo en ella constituía en detalle y en conjunto dulces encantos de irresistible atractivo.

El joven jinete cruzó la playa y detuvo su caballo al llegar junto á las dos mujeres que dejaron sus labores y se levantaron para recibirle.

—Buenas tardes—dijo el joven saludando con cortesía.

Celia contestó con una dulce inclinación de cabeza, sin desplegar los labios.

—Buenas las tenga usted, D. Miguel—dijo la esposa de Pedro, entre tanto que Celia se estremecía cubriéndose su rostro de encendido rubor.

—Por mí no interrumpen ustedes su trabajo

—Esto no corre prisa,—dijo Catalina,—y además es muy justo que atendamos á usted, antes que á estos quehaceres.

—¿Y Pedro, aun está pescando?

—Véale usted. Ahora llega,—contestó Catalina, señalando un bote que en aquel momento atracaba en un rústico embarcadero construído junto á la playa con gruesas y desiguales piedras.

—Vamos á recibirle, si usted quiere acompañarnos.

—Con mucho gusto,—dijo Miguel apeándose y atando su caballo á uno de los piés derechos que sostenían el empujado, y con las dos mujeres, se dirigió al embarcadero, á la vez que Pedro y su hijo Tomás, después de amarrar el bote, saltaban á tierra desembarcando cuatro grandes canastas llenas de pescado.

En el corto trayecto que mediaba de la casa al embarcadero, y aprovechando un momento en que Catalina se adelantó algunos pasos, Miguel dirigió á Celia una abrasadora mirada que parecía revelar una ardiente pasión, un amor intenso, y sin hablarle una palabra, y como al descuido rozó con su mano derecha uno de los delicados y sonrosados brazos de la joven que, en el acto y como herida por un agudo punzón, dió un peso lateral, casi un salto, separándose de su acompañante, y su rostro sufrió un cambio de matices tan rápido como violenta había sido la impresión que lo produjera, pasando desde el pálido amarillo de la cera, al carmín más subido.

—¿Qué tiene usted?— dijo con frase apasionada Miguel, y añadió:

—¿Se ha lastimado?

Pero la emoción embargaba de tal modo á Celia que no sabiendo qué contestar se limitó á decir:

—No, señor, no ha sido nada.

Y con paso lijero se colocó al lado de Catalina, en tanto que Miguel, retrasado unos cuantos pasos, la devoraba con la mirada, deleitándose en el gracioso contorno de las formas lujuriantes y en los lijeros y airosos movimientos de la joven.

Al llegar junto á los pescadores todos se saludaron cordialmente y Miguel preguntó:

—¿Qué tal, patrón?.. Ya veo que es regular la pesca de la caballa.

—Sí,—contestó Pedro,—no ha ido mal el día: este pescado vale poco, pero se deja coger fácilmente.

—Si yo fuese tan afortunado como usted también me dedicaría á la pesca, pero temo que en mis redes no entraría el pescado con facilidad.

Y al decir esto dirigió una disimulada mirada á Celia que volvió á ponerse pálida y sonrosada alternativamente bajeando los ojos con rubor.

—¡Bah!—dijo el patrón,— si usted quiere venir con nosotros á pescar algun día, ya verá como tiene tanta suerte como los demás.

—¡Gracias! No sé si alguna vez se me ocurrirá aceptar el ofrecimiento.

—Cuando usted quiera.

—¿Y esta mañana, qué tal fué la pesca?

—Al bou sacamos cerca de cuatro quintales de agujas.

—¡Buena ganancia!

—No mucho, porque hay que repartirla con los diez muchachos que llevo para tripular las dos lanchas y manejar las redes, y luego, lo que se gasta en recomposiciones de los aparejos y sobre todo, lo mucho que se paga por impuesto de consumos, reducen á muy poco las ganancias.

—¡Bah! No se queje usted, Pedro, que ya sabemos que son pocos los pescadores de Felanix que hayan conseguido tener tantos ahorros como usted.

—Dios me ayuda D. Miguel, y yo le doy gracias por sus bondades que no merezco.

—Todo hombre honrado, como usted, es digno de que la suerte le favorezca.

Entre tanto que el patrón y el joven sostenían esta conversación, Tomás había recogido los volantines y todos los enseres de pescar que traían en el bote, y colocándolos sobre el pescado de una de las banastas, cargó con ella á la vez que Pedro, Catalina y Celia se apoderaban cada uno de una de las otras tres y emprendían todos la marcha con dirección á la casita.

Entonces Miguel deteniendo á Celia le dijo:

—No permitiré nunca que se estropee usted las manos con esa carga superior á sus fuerzas.

—¡Cá! ¡No, señor! ¡Estoy tan acostumbrada á esto!...

—Sin embargo, por esta vez deseo ser yo el que conduzca esta banasta.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque se manchará usted la ropa.

—¡Bah! No importa. Le ruego á usted que me permita ayudarla.

—Eso es distinto.

Y cogiendo Celia la banasta de un lado y Miguel de otro la llevaron hasta la casa, hablando en el camino algunas palabras sin interés.

Después de dejar el pescado á la puerta de la casa, Pedro ofreció una silla á Miguel, y ambos se sentaron al mismo tiempo que Celia les servía, en una limpiezísima bandeja,

dos vasitos mediados de aguardiente con otros dos vasos grandes de agua fresca.

El patrón y el joven bebieron y conversaron un rato sobre asuntos de pesca, entre tanto que Tomás sacó de una pequeña cuadra, situada junto á la casa, un mulo que engan-
chó á un carro, y después de colocar en él el pescado, se despidió y emprendió la marcha á Felanix para entregarlo á los expendedores que debían venderlo en el mercado á la siguiente madrugada.

Celia y Catalina se ocupaban en los preparativos de la cena, y Miguel, al poco rato, se despidió, montó en su caballo y al trote largo emprendió el regreso al pueblo.

Celia al verle marchar le siguió con una mirada apasionada, después entró en la casita, á la vez que Pedro murmuraba:

—¡Hum! No sé por qué, no me dá buena espina tanto ir y venir de este buen pez!... y... me presumo que la chica no le mira con indiferencia!

II

Cuando veinte años antes de la época en que volvemos á encontrar á Celia, el Contramaestre del «Ballardo» la dejó en poder de sus amigos, y después de despedirse de Pedro junto á las rocas inmediatas á la playa, éste regresó á su casa, movido de la natural curiosidad examinó el contenido de la bolsa que le había entregado Pablo, encontrando en ella setenta duros.

—Mal has hecho, Pedro, en aceptar ese dinero,—dijo Catalina,—pues ya sabes que tu amigo lo necesita para atender á su mujer y á su hijo, mientras que nosotros para esta niña solo tenemos que hacer gastos insignificantes hasta que vuelva á recogerla.

—¡Qué quieres que hiciese, mujer? Ya has visto que era tan tenaz su insistencia, que no he podido rechazar su ofrecimiento.

—¿Sabes lo que pienso?

—Dímelo.

—Pues, yo desearía no tocar ese dinero y sí, guardarlo hasta que vuelva Pablo para devolvérselo, que, buena falta le hace al pobre para atender á los gastos de su familia que se han de aumentar con esta pequeñuela.

—Toma;— dijo Pedro entregando la bolsa con el dinero á Catalina,—guárdalo desde luego, pues veo que piensas muy acertadamente.

Pero, transcurrió un mes y otro, y uno y otro año sin que Pablo regresase á Felanix.

Tres años después vino á establecerse á Mallorca Bernardo, por el que supieron que Pablo se había separado de él en América, donde había dejado el «Ballardo», y que, como no se había vuelto á saber de su paradero era lo más probable que hubiese muerto.

Esto no contrarió en nada al honrado pescador ni á su virtuosa esposa por lo que se relacionaba con Celia, pues, si bien es cierto que les causó un grandísimo dolor las malas noticias relativas á su amigo á quien estimaban mucho, en cambio habían tomado tan profundo cariño á la niña que les causaba un hondo pesar solo el recordar que algun día pudiera ser reclamada por Pablo ó por alguna persona de su familia.

Así, pues, la sospecha de que el Contramaestre hubiera muerto les condujo á mirar á Celia como si definitivamente les perteneciese, y llegaron á tener casi la convicción de que el cielo, que no les había concedido un hijo, les había enviado en cambio aquella criatura para que como á hija la quisiesen y consideraran.

La niña fué creciendo y sus protectores no escatimaron ningún gasto, molestia ni cuidado para educarla con toda la perfección que les era posible, pues decían que como hija de D. Antonio Hernández, del que, aunque se desconocían los antecedentes, se sabía que era un caballero por los pocos datos que de él se tenían, Celia era una señorita y que algún día podría descubrirse quiénes fuesen sus parientes, y no era procedente que, si esto llegaba á suceder, la encontrasen convertida en una záfia campesina.

En su consecuencia, desde su más tierna edad la hicieron asistir á la escuela de niñas de Felanix, donde la conducía diariamente Catalina, para cuyo efecto adquirieron un carreton con su correspondiente caballejo.

Celia demostró siempre una inteligencia superior y llegó á poseer con perfección, á la edad de doce años, cuantas materias comprende la primera enseñanza en la mujer, tanto en Doctrina Cristiana, Historia Sagrada y profana, Gramática castellana y cuentas de Aritmética, como en toda clase de labores, especialmente en el bordado de realce, hasta el extremo de llegar á ser una notabilísima bordadora.

Cuando dejó de asistir á la escuela, y bajo el pretexto de que, si no ejercitaba su predilecta labor, olvidaría lo aprendido, consiguió que Catalina la autorizase para admitir encargos de bordados, llegando su fama á extenderse por todos los contornos, de tal manera, que, no solo tenía abundante trabajo de Felanix y sus inmediaciones, sino que hasta de Manacor, Santañy y otras poblaciones recibía constantes peticiones.

De este modo Celia allegaba recursos no despreciables para contribuir al desahogo de recursos de sus bienhechores, procurando así resarcirles en parte de lo mucho que por ella habían hecho y hacían, esmerándose á la vez en demostrarles un cariño tan sincero y profundo como verdadero.

Catorce años antes de la época en que empieza la segunda parte de esta historia, Catalina dió á luz un niño, al que pusieron por nombre Tomás, y aunque éste vino á formar un nuevo motivo de felicidad y de amor concentrado entre los esposos, no aminoró en nada el cariño y cuidados que les inspiraba Celia á quien miraban y continuaron considerando como hija.

Celia y Tomás se querían y se trataban con verdadero cariño filial y no se guardaban secretos ni se ocultaban el más ligero pensamiento.

La joven nunca había sentido otros amores que los que le inspiraban sus bienhechores Pedro y Catalina y su hermano, pues por tal consideraba á Tomás, y por su imaginación no habían cruzado otras ilusiones que las de vivir siempre junto á ellos, procurando demostrarles su agradecimiento y verdadero cariño, de modo que, en la sencilla vida que hacía, se sentía feliz en aquella casita donde una noche la dejara abandonada Pablo el Contramaestre.

Jamás la preocupó el deseo de averiguar quiénes fuesen sus parientes y si alguna vez pensaba en que aquellos seres con quienes vivía no lo eran solo servía esta consideración para que se acrecentase su reconocimiento hácia ellos, sin que pasase, sin embargo, un solo día en que no recordase á su difunto padre, rogando á Dios por él y por su madre, de la que ignoraba hasta el nombre.

Todos los domingos, después de oír misa en Felanix, se dirigía con Catalina al Camposanto y allí permanecía largo rato rezando junto á la sepultura de su padre.

Muchos jóvenes habían dirigido requiebros á Celia en diferentes ocasiones, pero ésta les había impuesto silencio en

el acto con una severa mirada, de manera que ninguno se atrevió jamás á concebir ilusiones respecto á la joven, la cual tampoco había pensado nunca que pudiese llegar un momento en que su corazón sintiese esa ignea pasión que se llama amor, hasta que un día, hacía poco tiempo, un mes antes de la visita que le hemos visto hacer á Miguel, éste se presentó ante la joven después de muchos años que no se habían visto.

Fué un domingo al salir de misa. Miguel la miró con insistencia, la joven sintió como una corriente eléctrica que agitó su cuerpo, bajó los ojos y observó que un calor especial acudía á sus mejillas y que su corazón latía con fuerza y, no explicándose el por qué de aquella sensación, volvió á su casa confusa y pensativa.

Llegó la noche y durmió poco. Siempre le parecía sentir aquella mirada que la abrasaba y conmovía; quería alejarla de su pensamiento y no le era posible; conseguía dormir algunos ratos, pero siempre soñando con aquel joven arrogante que la había hecho estremecer con su mirada, se despertaba y no podía explicarse la razón de aquella especie de pesadilla que tanto la agitaba.

Pocos días después se presentó Miguel en la casita de Pedro y la joven quedó más preocupada.—¿Por qué las miradas de aquel hombre la habían conmovido de un modo tan extraordinario?—En su inocencia no encontraba nunca respuesta que le aclarase aquella duda que tanto la preocupaba.

Miguel volvió á los pocos días, y desde entonces, y con el pretexto de que le servían de diversión y pasatiempo los paseos á caballo, era muy rara la tarde que el joven dejaba de visitar á los pescadores, dejando siempre confusa á Celia, á la que nunca dirigía frases de amor, pero á la que conmovía profundamente con la mirada, con el metal de la voz, con la sonrisa, con un ligero contacto, hasta el extremo de constituir para ella un enigma.

Solo sabía Celia que para ella Miguel llegó á ser una idea fija, que cuando algún día no le veía sentía un pesar que la mortificaba, que para ella, en fin, Miguel era ya un ser superior que la fascinaba, que la hacía sentir... ¿Qué?... Se preguntaba, y al cruzar por su imaginación la palabra «amor» el mismo rubor de su virginal inocencia la hacía estremecerse y decirse que no... que no era aquello amor... después pensaba... ¿qué será?...

III

En la primera parte de esta historia dejamos al bergantín goleta «Ballardo» navegando con rumbo á la Habana, á cuyo puerto arribó después de una feliz travesía.

Hecha la descarga, el Capitán Bernardo se presentó al consignatario del buque y rompió la contrata que tenía establecida, bajo el pretexto de que, por asuntos particulares de la mayor importancia y urgencia, se veía precisado á marchar á Nuevayork donde tendría que residir algún tiempo; y, sin despedirse de Pablo ni de la tripulación del «Ballardo», se embarcó en el mismo día en un buque que marchaba, no á Nuevayork, sino á Buenos Aires, consiguiendo por este medio despistar á Pablo, con objeto de libertarse por el pronto de él, en previsión de cualquier incidente que pudiera ocasionarse.

Calculando el astuto Bernardo que no es fácil de explicar la adquisición de una fortuna de seis millones en el transcurso de algunos meses, se dedicó á viajar durante tres años por las repúblicas del Sur de América, negociando, en pequeña escala, en distintos asuntos comerciales, ocultando siempre la posesión de su fortuna y aparentando que obtenía pingües ganancias, cuando, en realidad, solo conseguía ganar lo indispensable para cubrir sus gastos.

Escribió á su esposa manifestándola que había trocado la vida de marino por la de comerciante y que sus asuntos marchaban de modo inmejorable; y con esta explicación y el envío frecuente de gruesas sumas á su consorte, hizo creer á ésta y á todos sus compatriotas que en aquellos tres años se había enriquecido legalmente y, esto conseguido, y aparentando retirarse de los negocios, regresó al lado de su familia.

Hizo grandes mejoras en sus fincas, adquirió otras y trasladó su domicilio á Palma, sin abandonar su casa de Felanix en la que pasaba algunas temporadas, especialmente en los más calurosos meses de verano.

Pero, la felicidad soñada por el avariento Bernardo no pasó de ser un sueño; una enfermedad del estómago que le producía constantes y violentos dolores le mortificaba de continuo, sin que todos los recursos de la ciencia médica puestos en juego le proporcionasen alivio.

Por otro lado, á los cinco años de su regreso á Mallorca, una violenta enfermedad puso término á la vida de su esposa, y desde entonces el antiguo marino, sin consuelo en su dolencia que no le dejaba descansar un solo día, privado de todo placer, reducido á comer determinados alimentos ó á sufrir grandes tormentos al menor abuso, sin apego á la vida y sin esperanzas de mejores días, se encerró en su casa de Felanix, su carácter se hizo adusto é insociable, de tal modo que, en vez de atraer la compasión de los que conocían sus martirios, se captó la antipatía y el desprecio de cuantos le rodeaban.

Entre tanto su conciencia no le hacía sentir el menor arrepentimiento por sus crímenes, antes por el contrario, cada vez que veía á Celia sentía arder en sus venas el ódio más implacable hácia la inocente joven víctima de su avaricia, y maldecía á Pablo por haberle engañado haciéndole creer que había asesinado á la huérfana.

—Esa niña,—pensaba,—es para mí una amenaza perpétua, porque un incidente cualquiera podría descubrir su existencia á algún pariente lejano, á algún amigo íntimo de don Antonio y... ¿quién sabe á dónde podría esto conducirme? y en su despecho llegó á formar en su mente multitud de planes para deshacerse de sus temores asesinando á Celia, pero nunca encontró ninguno que le prometiese un éxito seguro y exento de peligros, y esto, que le contenía, constituía á la vez para él una constante pesadilla.

Otras veces recordaba á Pablo y temía que el día más inesperado se presentase en Felanix y que se siguiesen escenas peligrosas que, cuando no le condujesen á la perdición por descubrirse el crimen, le obligasen á compartir con él aquella fortuna que amaba con el delirio del avaro.

Muchas veces pensó en hacer averiguaciones en la Coruña respecto al viejo Contramaestre, pero el temor de encontrarse en relaciones con él, y la dificultad de comisionar un tercero para el objeto, le hicieron desistir de aquella idea, diciéndose que, puesto que Pablo no había vuelto á comparecer por ningún lado, él haría muy mal en ponerle en escena nuevamente por ningún motivo.

Así trascurrían los años sin que material ni moralmente gozase de felicidad ni de reposo aquel malvado.

IV

Miguel, después de haber cursado en la Escuela de Náutica de Palma la carrera de Piloto que terminó á los veinte años de edad, consiguió de su padre autorización para trasladarse á Barcelona bajo pretexto de perfeccionar sus estudios, y después á Madrid, con objeto de visitar la Corte y contraer mayores hábitos sociales antes de dedicarse, como decía desear, á la vida del mar.

Pero en realidad, en Barcelona no hizo otra cosa más que adquirir vicios y malgastar las considerables cantidades que le enviaba su padre, y en Madrid acabó por convertirse en uno de esos muchos desdichados que se llaman jóvenes elegantes, ó á la moda, ó gomosos, de corrompido corazón y relajadas costumbres, que constituyen uno de los más repugnantes grupos de la sociedad.

Para él no existía la religión, la idea de Dios era un absurdo de la fantasía explotado por los curas, especialmente por los de la Iglesia Católica, según las teorías de su padre y la propaganda ateista del extraviado Suñer y Capdevila, que tanto estrago produjo en la inesperta juventud, en los años que siguieron á la revolución de 1868.

Como no creía en la existencia de Dios, y por consiguiente tampoco en la del alma espiritual, para él la moral era una mera convención sin fundamento sólido; el hombre solo había nacido para gozar y disfrutar de cuanto se le ofrecía al paso, siendo para ello legítimos y aceptables todos los medios sin reparar en los daños que se pudieran originar á otros seres, pues unos debían de sufrir para que otros gozasen, según la ley natural de las compensaciones.

La patria era una palabra convencional y solo servía para significar las distintas agrupaciones puestas en explotación por los astutos que alcanzaban á formar parte de los llamados gobiernos en las diferentes comarcas del globo terrestre.

Los filósofos antiguos y modernos solo habían sido y eran una falange de desequilibrados, sin otra excepción que la de aquellos que siguiendo las teorías de Epicuro proclamaban el placer en todas sus manifestaciones como único objeto de la vida del hombre que, terminando con la muerte corporal se extinguía y aniquilaba en absoluto, pues no existiendo el alma inmortal nada había más allá ni después de la vida presente.

Todo argumento que se opusiera á estas teorías era irrisorio y despreciable é indigno de que el hombre ilustrado fijase en él su atención.

En su consecuencia, la buena fé en los negocios, los respetos sociales, la misma amistad, el amor; todo eso eran farsas ridículas á las que solo debía rendirse culto en la forma exterior, porque el hombre solo existía en el estado social para explotarse los unos á los otros, siendo legítima esta lucha en la que el ménos hábil ó más desgraciado era justo que sucumbiese, pues tal era la constante ley de la lucha por la existencia, ley que se derivaba razonablemente del mismo estado social, pacto hecho por los más astutos para oprimir á los demás con beneficio propio; de donde se seguía que todo sentimiento fraternal ó humanitario era ridículo, aun cuando en la forma debía ser aparentado para triunfar sobre los incautos.

No debía prestarse nunca protección al que aspirase á elevarse en cualquier sentido, pues la elevación de los unos constituía una depresión para los otros; siendo, en su consecuencia, conveniente combatir y destruir á todo el que llevado de su aplicación y de su ingenio tratase de crearse una posición, sobre todo si estaba dotado de verdaderas condiciones de éxito legítimo en sus propósitos.

Por el contrario, debía siempre ayudarse á aquellos que pudieran en alguna forma retribuirnos con ventaja el apoyo que se les concediese, aun cuando en realidad careciesen de méritos personales.

La honradez, la virtud, el decoro y el honor eran palabras vanas con que se revestía la astucia de los hombres verdaderamente pensadores y doctos; y farsa ridícula en los demás, ó efectos de necedad en los que los tomaban en serio.

Tales eran las teorías de Miguel, digno hijo de Bernardo, y guiado por ellas corría como caballo desbocado tras de los placeres de todos géneros, sin que sus actos redundasen jamás en beneficio de sus semejantes, y gastando tan de prisa el dinero que su padre le enviaba, en continuas orgías, con amigos depravados y mujerzuelas de mal vivir que, por fin el antiguo marino, observando que su hijo había consumido en algunos años cerca de la cuarta parte de su fortuna, y movido por la avaricia que le imponía, como un deber, le necesidad de poner coto á aquellos despilfarros, se negó á enviarle nuevas cantidades y á reconocer sus deudas, obligándole de este modo á regresar á Felanix, lo que verificó unos cuarenta días antes de la tarde en que le hemos visto visitar á Celia en la casita de sus bienhechores.

V

Diez ó doce días hacía que Miguel había regresado á Felanix cuando vió á Celia un domingo al salir de misa, acompañada por Pedro, Catalina y Tomás.

La extraordinaria belleza de la joven llamó la atención del libertino que, la dirigió una mirada penetrante y ardiente obligándola á bajar los ojos y á que sus megillas se cubriesen de un encendido rubor.

Pero, si violenta fué la sensación que sufrió la huérfana, no fué menos viva la que esperimentó el hijo de Bernardo que se confesó á sí mismo que en todos los días de su vida no había visto una mujer tan singularmente hermosa y atractiva, formando desde luego el proyecto de poner en juego todos los recursos que tuviera á su alcance para hacerse dueño y señor de aquella criatura excepcional.

Precavido y astuto, empezó por averiguar si Celia tenía ó había tenido amores; después se enteró de la educación que había recibido y de la vida que hacía, conducta que observaba, carácter, amistades y circunstancias de todas clases relativas á la joven.

Obtenidos todos los antecedentes que deseaba, se presentó á los pocos días en casa de Pedro fingiendo que solo por casualidad había dirigido á ella su paseo á caballo, á cuyo ejercicio aparentó tener gran afición.

Entabló franca conversación con el pescador y su familia y como, según él esperaba, fué acogido con agrado y cortesía, repitió á los pocos días su visita, concluyendo por hacerlas todas las tardes, con muy rara escepción.

Por este medio se puso en comunicación con Celia, observó su carácter, se convenció de que había despertado en la joven una ardiente pasión y la alentó con sus miradas, delicadas atenciones é intencionadas frases y movimientos, pero sin hablarla nunca de amores para no comprometerse en su empresa.

Se limitaba á ejercer una fuerte y constante acción sobre el alma ardiente y candorosa de la joven esperando con calma la ocasión de lanzarse á su intento con las seguridades completas del infame triunfo que deseaba obtener, como el gavilán que acecha á la sencilla paloma sin acometerla hasta el momento oportuno en que tiene la seguridad de arrebatarla.

y despedazarla entre sus garras para satisfacer su apetito con frenético placer.

Una tarde, al regresar de casa de Celia, encontró, á la entrada del pueblo, á una vieja de aspecto repugnante que, apoyada en un bastón de nudosa sabina, marchaba con paso inseguro.

A su vista un vil pensamiento cruzó por la mente del joven. Detuvo su caballo y dijo á aquella mujer:

— Buenas tardes, Meca. ¿Adónde se camina?

— A casa, señorito—dijo la interpelada—¿tiene V. algo que mandarme?

— Sí y no.

— Explíquese usted.

— ¿No adivinas?

— Así, de pronto, no, señor. Pero, si usted necesita de mis servicios, venga á casa y mándeme, que yo solo deseo complacerle.

— ¿A qué hora estarás sola?

— A la que usted me mande.

— Esta noche á las once.

— Esperaré.

— Entonces, hasta luego.

Y sin hablar más palabras, Miguel clavó las espuelas á su caballo y partió á trote largo, en tanto que la vieja seguía con lentitud su marcha dejando dibujar á sus secos labios una singular sonrisa de avaricia y burla entremezcladas.

VI

Acababa de sonar la última campanada de las once de la noche en el reloj de la casa del Ayuntamiento de Felanix, y los serenos cantaban la hora interrumpiendo el silencio que reinaba en el pueblo, cuando Miguel salió de su casa y con rápido paso cruzó algunas calles en las que, de trecho en trecho, lucían las macilentas luces de algunos faroles de petróleo, que no conseguían disipar las tinieblas, ó algún farolillo de aceite colocado ante el nicho de una imagen por una mano piadosa.

La noche era oscura, las calles estaban solitarias, el cielo nublado apenas dejaba lucir alguna que otra estrella, y el viento estaba inmóvil, la atmósfera pesada y caliente y el silencio misterioso era solo interrumpido por las voces de los serenos, por el ladrido de algún perro ó por el canto de los gallos.

Miguel se internó en una estrecha y tortuosa callejuela y se detuvo ante una casa de un solo piso y de aspecto ruinoso y miserable; iba á llamar cuando la puerta se abrió silenciosamente, apareciendo una vieja encorbada y rugosa, vestida con el traje propio del país y llevando en la mano un velón encendido.

Era la Meca, que esperaba puntualmente la cita convenida.

Después de un saludo hecho en voz baja, la adivinadora condujo á Miguel á una gran sala á cuyo final había una puertecilla que abrió con llave, y ambos penetraron en una habitación de pequeñas dimensiones, cuadrada, con el piso cubierto por una alfombra ó tela negra, y cuyas paredes y techo estaban cubiertas de percalina también negra; una mesa redonda y tres sillas recubiertas una y otras de tela igualmente negra, y un armario de pino pintado del mismo color, situado en el fondo de la estancia, componían todo el mobiliario.

Sobre el armario estaban colocados, á manera de sinietros y fantásticos adornos, un gran cuervo y una enorme lechuza disecados y con las alas abiertas, y sobre la mesa se veía una mugrienta baraja y una barilla de ébano de dos palmos de longitud.

Dentro del armario varias botellas y algunos vasos contenían líquidos verdosos, encarnados ó amarillos, y en algunas cajitas de madera se encerraban polvos y raíces de diferentes clases.

Una lámpara negra pendiente del centro del techo sostenía un quinqué de petróleo, encendido, y en la estancia no había ventana ni hueco alguno, fuera de la puerta, por donde pudiese entrar la luz ni renovarse la atmósfera que, por efecto de esta circunstancia y por el calor propio de la estación, era sofocante, pesada, verdaderamente irrespirable y capaz de producir un vértigo al que permaneciese algunos minutos en aquel recinto.

Miguel, después de examinar con burlona curiosidad cuanto le rodeaba, dijo á la vieja:

—En verdad, Meca, que tienes todo esto bien preparado para engañar á los tontos que vienen á consultarte.

—Señor, solo aquí me contestan las cartas con exacta verdad á las consultas que les hago, y aquí es donde únicamente puedo adivinar en el acto cuanto interesa saber á mis clientes.

—Bien, pero como yo no pertenezco á esos payeses incautos que creen en tus adivinanzas y malas artes, te ruego que salgamos de este cuarto á otra habitación donde se pueda respirar sin peligro de la asfixia.

—Como usted quiera, D. Miguel, pero, si no tiene usted nada que consultarme, ¿en qué puedo serle útil?

—Vamos á otra habitación y te lo diré

La vieja, sin insistir, condujo al joven á otra habitación por cuya ventana entreabierta se veía un huertecillo

Ambos se sentaron junto á una pequeña mesa y Miguel preguntó:

—¿Podremos ser oídos por alguien?

—No, señor. Estamos solos y en el huerto nadie puede entrar sin pasar por las habitaciones que tengo cerradas. Puede usted hablar con confianza.

—Bien, en ese caso voy al asunto. Estoy enamorado de una joven que me interesa poseer sin comprometerme.

—Comprendo.

—Ya he conseguido, en varias ocasiones, verla y permanecer á solas con ella algunos ratos, pero, por su carácter y manera de pensar, no me he atrevido á declararle mis intenciones, porque estoy seguro de que las rechazaría, por más de que está tan enamorada de mí como yo de ella.

—¿Cómo lo sabe usted si no le ha declarado su amor?

—Eso, sin decirlo, se deja comprender: por sus miradas, por su rubor cuando me vé, por sus estremecimientos al rozar ligeramente conmigo...

—¡Yal... Pero, en ese caso, ¿Por que no le dice usted abiertamente lo que desea?

—Ya te lo he dicho, y además, porque eso me podría comprometer; y yo quiero triunfar sin comprometerme á nada, sin exponerme, por su resistencia á ver fracasado mi deseo en el primer ataque, lo que me conduciría á rendir la plaza cuando ya tuviesen noticias otras personas y ..

—¿Es virtuosa?

—Es .. astuta.

—De modo que usted quiere tener la seguridad de trastornarla de manera que sea suya, sin fuerzas ni energías para resistir al primer ataque?

—Eso es.

—Lo conseguirá usted si tiene ocasión de cogerla á solas en sitio oportuno.

—¿Con *el mal busi*?

—Sí, señor. Pero no con el que doy ordinariamente á mis clientes, porque ese produce sus efectos lentamente, y lo que usted quiere es un resultado enérgico é inmediato.

—Exactamente.

—Para ello necesito ir á Palma, y eso cuesta dinero.

—¿Cuanto necesitas?

—Por el pronto, veinte duros.

—¿Y cuando podré tener *el mal busti*?

—Mañana marcharé y dentro de cuatro días estaré de regreso, de modo que, siendo hoy viernes, con seguridad el martes próximo á las once de la noche, si viene usted á verme le entregaré lo que desea. Pero, como esto es grave y pudiera comprometerme, necesito que usted me dé otros veinte duros al recibir el brevage, y otra cantidad igual después de que haya visto el resultado de sus efectos.

—Mucho pides, Meca.

—¡Bah! Sesenta duros. Eso es poca cosa para usted.

—Mi padre me tiene á caldo.

—Nunca le faltará á usted esa miseria. Y... si la chica es guapa... bien puede valer la pena de que usted violento á su padre con ese gastillo insignificante.

—Bien, no hablemos más. No trato de regatear el precio.

Y Miguel entregó un billete de veinte duros á la vieja que lo guardó, diciendo:

—Será usted servido con toda exactitud, y le respondo del resultado con toda seguridad.

—Hasta el martes á las once de la noche; dijo Miguel levantándose y sin hablar más palabras salió de la casa, hasta cuya puerta le acompañó la Meca.

Mientras el joven regresaba á su domicilio la vieja se acostaba en su lecho diciendo entre dientes:

—Pobre Celia, pronto será pasto de ese lechuzo, pero... hay que servir á quien paga bien.

VII

Seis días después, á las ocho de la mañana, Celia, sentada junto á la puerta de la casita en que habitaba, se ocupaba en su acostumbrada labor, bordando un almohadón de finísima batista.

Pedro y Tomás estaban pescando y Catalina había marchado al pueblo al amanecer, con el carrito, para hacer varias compras de comestibles, y cobrar á la vez algunas cuentas pendientes con los expendedores del pescado.

El cielo estaba despejado y el sol lanzaba sus ardientes rayos sobre el tranquilo mar poblado de lanchas pescadoras, sobre los fértiles campos cubiertos de maizales y rastros del cosechado trigo, de hermosas cepas cargadas de fruto aun en agraz pero próximo á madurar y de higueras de frondosa copa y oscura sombra, y sobre las blancas rocas de la costa y doradas arenas de la playa, en la que resbalaban las tranquilas y bullidoras olas con su continuo vaivén y dulce murmullo; y el viento, soplando blandamente, producía un fresco agradable y delicioso.

Celia bordaba, y solo interrumpía su trabajo para contemplar de cuando en cuando los giros y revueltas de un par de docenas de gallinas y un gallo que jugueteaban á su rededor.

De pronto un ginete atravesó la playa y, deteniendo su caballo ante la joven, se apeó diciendo:

—Buenos días Celia, siempre está usted trabajando. ¿No le cansa á usted nunca su labor?

—Buenos días D. Miguel. Ya ve usted, como no tengo otra cosa de que ocuparme, encuentro en el bordado mi constante pasatiempo.

—¿Y la buena Catalina?

—Está en el pueblo.

—¿Y Pedro y Tomás?

—Pescando.

—¿De modo que está usted sola, como una ermitaña?

—En este momento, sí señor.

Por los labios del joven se deslizó una sonrisa de satánica alegría; ató el caballo á un pié derecho de los que sostenían el emparrado, y dijo á Celia, con naturalidad.

—Es formidable el calor, y esto me obliga á molestar á usted suplicándola me dé un vaso de agua.

—Con mucho gusto,—contestó Celia, dejando su labor y levantándose.

Enseguida entró en la casa en busca de lo que se le pedía y al volver de la cocina encontró á Miguel sentado junto á la mesa de la habitación de entrada; la joven, sin malicia y completamente inocente, no vió nada de extraño en aquella libertad que se permitía el visitante, y colocó ante él una bandeja con un vasito de aguardiente y otro de agua.

Miguel bebió el contenido del primero y probó el del segundo, en el cual vació algunas gotas de un pomito que sacó de un bolsillo de su chaleco, aprovechando un momento

en que la joven se había dirigido á la puerta de la casa para recoger su abandonada labor.

—¿Sabe usted lo que estoy pensando?—dijo Celia.

—Lo sabré si usted me lo dice.

—Pues, que se ha vuelto usted muy madrugador.

—Sí, como la mañana está tan hermosa, he cambiado la hora del paseo.

Y sacando un caramelo de uno de los bolsillos de la americana, cuyo papel era de color blanco, lo desenvolvió y se lo metió en la boca con aire distraído.

Enseguida dijo, afectando haber cometido una indiscreción:

—¡Ah! ¡Caramba! Dispénsame usted, soy tan desatento que no la he ofrecido un caramelo pero, aun es tiempo, si usted no se ha ofendido por mi distracción y acepta éste.

Y presentó á la joven otro caramelo cuyo papel era encarnado.

Celia lo tomó, y dando las gracias, lo saboreó con placer.

—¿Le gustan á usted?—preguntó Miguel.

—Me agradan, pero no soy golosa—contestó Celia, y á la vez tomó otros dos de papel blanco que le ofreció el joven.

—Bien:—dijo éste con tono serio y cariñoso á la vez,—Si quiere usted escucharme, le suplico se siente aquí, á mi lado, pues tengo que hablarla de un asunto importante.

—Ya escucho,—dijo la confiada joven, ruborizándose y sentándose, según le pedía.

—¿No ha pensado usted nunca en el amor?

Celia se puso encendida como la grana, quedó un momento pensativa y luego dijo con timidez:

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque me interesa muchísimo, hermosa niña. ¿No comprende usted que mis visitas, casi diarias, debían de tener algún objeto?

—Sí, pero... —y la joven no encontró frases para continuar.

—Pero... ¿Si acaso usted ha pensado en esto alguna vez; si ha observado usted mis miradas llenas de amor y de ternura, Celia adorada, no se le ha ocurrido corresponder á mi pasión?

—D. Miguel.

—No, don, no, hermosa mía, yo para usted soy solo Miguel; Miguel que la adora á usted; Miguel que desea ser, no su señor, sino su esclavo; Miguel para quien ya no hay más

vida, más ilusiones, ni más esperanzas que su idolatrada Celia; Miguel que está pendiente de su contestación para vivir ó para morir. ¿Puedo esperar que usted me ame? ¿Me concede usted la felicidad, ó me lanza á la desesperación?

Celia no podía contestar: el tóxico que había tomado empezaba á hacer su efecto y sentía un desvanecimiento particular que la adormecía y, enardecida á la vez por las frases de aquel hombre á quien amaba, se sentía desfallecer. Una especie de fuego brotaba de sus mejillas, y sentía hervir la sangre en sus venas.

El villano joven comprendió el trastorno de la pobre niña y, deseando llegar cuanto antes á su objeto, la cogió con pasión ambas manos, que la desdichada no tuvo fuerzas para retirar y, con acento de frenética pasión, la dijo:

—Si, hermosa Celia, sér adorado mío, dime, dime que me amas; dímelo con tus preciosos labios; así... así... como me lo estás diciendo con tu arrebatadora mirada... con esa mirada que me enloquece y me fascina.

—¡Miguel, Miguel... por Dios!—dijo la joven desfalleciendo,—no sé lo que me sucede... me ahogo...

—¡Ah!... dime, dime que me amas... alma de mi alma y sér de mi ser!

—¡Sí!... ¡Sí! ¡Te amo!... pero... no sé lo que me pasa, me abraza la sed... ¡Me siento morir!

El malvado Miguel cogiendo el vaso donde había echado las gotas del pomito, lo presentó á la joven, que lo apuró con avidez, y, como herida por un rayo, dobló las rodillas y, á no sostenerla, hubiera caído al suelo.

Entonces Miguel la colocó en la silla, completamente desvanecida y, de un salto, se acercó á la puerta y la cerró con rapidez.

Enseguida cogió á la desmayada joven entre sus brazos y estampó un beso ardiente y lascivo en sus hermosísimos labios: la levantó en alto y, ebrio de satánico placer, se dirigía con su preciosa carga hácia la inmediata alcoba, cuando de pronto se abrió la puerta apareciendo en la estancia Tomás, cargado con varios enseres de pescar.

Miguel rugió como una fiera herida y dejando á la joven sobre una silla quedó frente á frente del recién llegado, sin acertar á pronunciar una palabra.

VIII

Aunque Miguel había adoptado el sistema de preparar el logro de sus viles propósitos, como hemos visto, enamorando á Celia sin hablarla de amores de un modo claro y terminante, y sí empleando frases vagas, miradas y movimientos que, sin comprometerle á nada, influían de un modo decisivo en el ánimo de la huérfana, sin embargo, no pudo evitar que de ello se apercibiesen Pedro y Catalina, cuyos recelos iban creciendo á medida que se repetían las frecuentes visitas del joven.

De aquí resultó que el pescador encomendase á su mujer una extremada y prudente observación, y que ésta interrogase directamente á Celia respecto á su estado de ánimo con relación al visitante. Pero, aunque la huérfana, por la alteración de su rostro y el rubor que acudía á sus mejillas, delataba sus sentimientos, era tan sincera y verídica su afirmación de que nunca Miguel la había hablado de amor, que ambos esposos quedaron convencidos de ello, lo que aumentaba más los recelos de Pedro que se decía que, puesto que el joven así evitaba comprometerse, sin dejar, sin embargo, de frecuentar su casa, no debía ir guiado por fines muy honrados; en cuya opinión se afirmaba más por la adversión que todos sentían hácia Bernardo, y que recaía sobre su hijo, el cual era adusto y uraño, despótico y orgulloso con todos los payeses excepto con la familia del pescador.

Esta última circunstancia era la que más afirmaba en sus recelos al honrado Pedro.

Tenía confianza en la virtuosa Celia, pero temía las asechanzas del ladino Miguel y por esto, en varias ocasiones, se mostró frío y hasta impertinente con éste para ver de alejarle de su casa, conducta que no le dió más resultado sino afirmarse más y más en sus recelos, viendo que el joven, apesar de su orgullo, sufría con paciencia y disimulo los desaires, y continuaba con constancia en sus visitas.

En la mañana á que se refiere el anterior capítulo, Pedro salió al mar, como de sostumbre, con sus dos lanchas pescadoras y el bote, llevado á remolque por una de ellas, á fin de utilizarlo para el mas fácil manejo de las redes.

La circunstancia de tener que ir Catalina al pueblo dejando sola en la casita á Celia para preparar la comida,

contrarió algo al receloso pescador, y su temor iba en aumento de momento en momento, al recordar que pocos días antes había hecho ya una visita matinal el hijo de Bernardo á Celia.

Movido, pues, por estos pensamientos y desconfianzas, tan pronto como se tendieron las redes, dijo á Tomás que volviese con el bote al Algar, y se presentase enseguida en casa por si iba Miguel de visita, pues no estaba bien, le dijo, que Celia le recibiese estando sola, ni menos que le rechazase no existiendo otro motivo fundado para ello.

Cuando Tomás, después de amarrar el bote en el embarcadero próximo á la casa, saltó á tierra, se apercibió de que la sospechada visita se había realizado, puesto que el caballo de Miguel estaba atado á uno de los pies derechos que sostenían el emparrado, por lo que se apresuró á llegar á la casita, corriendo con toda la rapidez que le fué posible desde el momento en que observó que Miguel cerraba la puerta, así es que, cuando llegó la abrió de un fuerte empujón, y se encontró frente al hijo de Bernardo que, sorprendido y rugiendo de rabia dejó á la joven sobre una silla quedando ante él sin acertar á pronunciar una palabra que explicase la escena.

IX

Tomás permaneció algunos minutos inmóvil, presa del mayor asombro pero, observando la inmovilidad de la joven, arrojó al suelo los enseres de pesca, y aproximándose á ella la cogió una mano y, con cariño, la preguntó:

—¡Celia! ¿Qué tienes? ¿No respondes?

Y como esperase inútilmente la contestación, volviéndose á Miguel le dijo con firmeza:

—Explíquese usted. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué tiene mi hermana?

—Por lo visto es un desmayo—contestó Miguel, ya rehecho de su confusión.

—Pero... ¿Cuál ha sido la causa?

—No sé. Yo he llegado hace un momento. Apenas la saludé y me dió un poco de agua y anisado, que la pedí, ví que se le doblaban las piernas, y no tuve otro medio que cogerla en mis brazos para evitar que cayese al suelo. En ese momento has llegado tú.

—Bien. Luego nos explicaremos—dijo Tomás y, sacando de la cocina un jarro con agua, roció con ella el rostro de

la joven, la que, al cabo de algunos minutos abrió los ojos, exclamando:

—¡Sí! ¡Sí! Miguel... Te amo... Pero, respétame... Así lo exige tu nobleza y...

Y quedó de pronto asombrada y confusa cuando se aperció de que estaba ante la presencia de Tomás.

—Bien,—dijo éste—¿qué tienes Celia? ¿Estás mala?

—¡Ah! Sí,—dijo la huérfana—Sufro mucho. Me duele la cabeza de una manera terrible y me abrasa la sed. Dame agua.

Tomás entró en la cocina y salió al momento con un baso de agua que la joven bebió con avidez.

—Bueno,—dijo con calma Miguel.—Puesto que usted está mejor, y ya no es necesaria mi presencia, voy á dejarles hasta la tarde que volveré á informarme de su estado de salud.

—Espere usted —dijo Tomás.—Tenemos que hablar los dos.

—¡Bah! Ya lo haremos luego.

—No, señor. Tiene que ser ahora.

—¿Quién lo exige?

—Yo.

—¿Tú? ¡Niño!

—¡Yo!—dijo con tal acento de firmeza, el muchacho, que Miguel, á su pesar, no atreviéndose á resistir, contestó:

—Bueno, hablaremos, pero después de que Celia esté tranquila.

—Ya me voy serenando,—dijo la joven,—esto solo ha sido un desvanecimiento... Yo no tengo secretos con mi hermano, y así puedo decirle, como explicación de lo que aquí ha ocurrido que, al oírle á usted que me amaba sentí un desmayo, pues, aunque lo esperaba, me impresionó mucho.

—¿Y tú le quieres?—dijo Tomás.

—Sí. ¿Por qué negar lo que debe ser público?

Tomás quedó pensativo algunos minutos, después dijo:

—D. Miguel, esto era lo que yo deseaba saber; sé que es usted un caballero perfecto en todo, y por lo mismo, espero que, sin necesidad de que yo hable una palabra de cuanto aquí acaba de pasar, lo sabrá hoy mismo, y por su propia boca de usted, mi padre, que en este mundo hace también las veces de padre de Celia. A él debió usted de manifestar sus deseos antes que á mi hermana, pero puesto que usted quiso saber primero si era esto del agrado de ella, y ahora

ya lo sabe usted, nada le puede detener para hacer notorias y públicas sus aspiraciones.

—Esta misma tarde lo haré así, porque es muy justo y á ello me obliga lo mucho que amo á Celia,—dijo Miguel, con aplomo, para salir del paso por el momento. Después preguntó á la joven:

—¿Ya se siente usted mejor?

—Sí;—dijo ésta,—solo estoy débil, sin fuerza para moverme, pero esto pasa de prisa y creo que dentro de algunos minutos ya estaré completamente bien.

En efecto, la pasajera, aunque violenta acción del tóxico iba desapareciendo y la joven se puso de pié, y con rostro risueño dijo:

—Ya estoy bien. No ha sido nada;—y á la vez lanzó una mirada llena de delirante pasión á Miguel.

Este correspondió con otra no menos ardiente y, después de despedirse hasta la tarde, montó á caballo y emprendió la marcha, á trote largo, hácia el pueblo.

Celia le vió partir, y siguiéndole con la vista se decía que, al fin era la más feliz de las mujeres, pues poseía el corazón de aquel joven, en el cual no sospechaba la inocente niña que pudiera albergarse un solo sentimiento infame.

Cuando Miguel llegó á la carretera puso su caballo al paso, y hablándose á sí mismo maldecía su suerte, diciéndose que solo por la casual é intempestiva llegada de Tomás, había fracasado su plan, tan hábilmente concebido como ejecutado y tan eficazmente auxiliado por la acción del tóxico que le había facilitado la Meca.

—Todo,—se decía,—hubiese terminado á medida de mi deseo sin la importuna llegada de ese pilluelo de Tomás, que todo lo ha desbaratado. . . He querido cazar y he sido cazado. ¿Cómo arreglar este negocio? . . . ¡Bah! Todo consiste en cambiar de plan. . . veamos. . .

Y, formando mil proyectos, continuó su camino profundamente pensativo.

Estando ya cerca del pueblo, se cruzó con Catalina que en su carrito regresaba á su casa.

Al observarlo el joven puso su caballo al galope y pasó con la velocidad de una flecha, saludando con el sombrero á la madre adoptiva de Celia, sin detenerse, para evitar cualquier pregunta que le expusiese á entrar en peligrosa conversación.

X

Cuando quedaron solos Tomás y Celia, el muchacho dijo á ésta:

—Y bien, Celia, ¿tú has pensado detenidamente si te conviene como novio Miguel? Yo no ignoro que aun soy muy niño para mezclarme en estas cosas, y que ningún derecho tengo sobre tí para preguntarte pero, al fin, te quiero como un buen hermano, y como me interesa tu buena suerte, pienso que, quizás ese señorito no te conviene para esposo y que no debes, por lo mismo, *festejar* con él.

—Yo no he pensado en nada Tomás, para tí no he tenido ni quiero tener secretos y, por eso, te lo digo francamente, solo he pensado que Miguel me trastorna, que me hace sentir una impresión imposible de describir cada vez que le veo, y... en fin, que le quiero sin saber por qué, y... que al decirme que me amaba he creído morir de felicidad y le he dicho la verdad, que yo también le quiero.

—Si así es, Dios bendiga vuestro amor y os dé felicidades Celia, pero... por qué ocultártelo, temo mucho que no llegues á ser feliz con el hijo de D. Bernardo, de ese hombre que á todos nos desprecia y que vive despreciado de todos.

—Yo no amo á D. Bernardo, sino á Miguel.

—Pero, Miguel es el hijo de D. Bernardo, y es tan orgulloso y tan despótico con todos como su padre, y uno y otro son odiosos para todos los que les conocen.

—Sí, lo sé. Pero creo que eso no tiene fundamento, porque Miguel á nadie ha hecho daño, y además su mismo orgullo dominado para pretenderme á mí, es prueba de lo mucho que me quiere.

Tomás se echó á reir alegremente, y dijo bailando:

—¡Bien por la señora... ja, ja... ¿Tú también eres orgullosilla?... ¡Bien, muy bien!

—No te burles.

—No me burlo;—dijo con seriedad cómica el muchacho, pero... me agrada ver que tienes fé en lo que vales, sí. ¿Con que ha tenido que dominar su orgullo para pretenderte? ¡Bah! Celia: que no estás en lo cierto. Es verdad que tú eres pobre y él es rico pero, tú eres hija de un señor, quizás más señor que D. Bernardo y... solo con mirarte basta para ver claro que vales más y mil veces más que ese ricacho de Miguel. ¡Tú, tú, Celia, tú eres la que te rebajas y humillas al

aceptar como esposo á ese millonario, porque solo una mirada tuya vale más que todos sus dineros y que toda su familia, mil veces más.

Esta vez fué Celia la que soltó la carcajada y dijo:

—Oye, Tomás. ¿Es que tú también estás enamorado de mi?

—Yo, no valgo nada para aspirar á tanto. Te quiero como un buen hermano, hasta el delirio, y no me puedo atrever á más, pero, temo que no sea verdadero el amor que te demuestra Miguel.

—¿Por qué?

—Por nada. Si me equivoco, no quiero darte pena diciéndote lo que pienso y, como puede ser que me equivoque, más quiero callar.

—No... Habla. ¿Por qué dices eso?

—Si acaso no me equivoco, otro día te lo diré; hoy quiero callar por tu propio bien.

—Explicáte, Tomás. ¿Qué quieres decir?

—Solo encargarte, por hoy, que no te fíes nunca de Miguel hasta que salgas de la Iglesia hecha ya su esposa ante Dios y ante el mundo, si es que llega eso á ocurrir.

—Pero... Por qué esa advertencia? ¿Crées que Miguel me pueda engañar?... ¿Con qué objeto?

—¿Pues...?

—No comprendo.

—Te quiero con verdad, Celia, y por eso te suplico y encargo que no recibas nunca á solas á Miguel... Tal vez yo me engañe... Pero nada perderás en seguir mi consejo. Vive siempre alerta. No le rechaces pero, no te confíes. Y, no me preguntes más. Dios quiera que nunca tenga que explicarte la razón que me obliga á decirte esto.

Y sin atender á las preguntas que pudiera dirigirle Celia, el chico salió de la casa saltando y cantando á voz en grito una canción popular, y, corriendo por la playa se alejó de la joven sin perder de vista la casita y diciéndose á la vez con el pensamiento:

—¡Vaya, si debo advertirla! Por algo cerró la puerta cuando la vió desmayada. Pero no debo hoy decirle nada más, por si son temerarias mis sospechas... yo acecharé y... veremos!

Entre tanto Celia quedó confusa y pensativa sin acertar á explicarse las advertencias de Tomás, y sobresaltada por cuanto había ocurrido, cuyas trascendencias comprendía que debían ser graves para ella.

Cuando llegó Catalina á la casita, Celia y Tomás le contaron lo ocurrido.

La honrada esposa de Pedro reprendió con dulzura á la huérfana por no haber tomado su consejo antes de contestar á Miguel, añadiendo que, sin embargo, no había hecho mal en admitir sus proposiciones, pues al fin era un caballero y muy rico, y Celia podría ser feliz si se querían bien.

Tomás no dijo nada respecto á sus recelos, proponiéndose vigilar sin descubrirlos hasta cerciorarse de las intenciones del joven.

XI

Miguel, cuando llegó á su casa, se encerró en su habitación, y después de una detenida reflexión, acabó por combinar un nuevo plan de ataque.

Aquella misma tarde, y á la hora de costumbre, se presentó en la casita de Pedro.

Saludó con finura y desembarazo á Celia y á Catalina y, después de interrogar á la primera, con muestras del más vivo interés, respecto al desmayo de que había sido víctima por la mañana, esperó, hablando de cosas indiferentes, la llegada del pescador.

Cuando éste se presentó, el joven le manifestó que tenía que hablarle á solas, y ambos se dirigieron á la orilla del mar.

—Hace tiempo,—dijo Miguel,—que vengo repitiendo mis visitas á su casa, y usted quizás habrá sospechado el objeto que me guía, pues, aparte de que es muy agradable el trato de personas tan honradas como ustedes, yo soy joven y Celia es una escepción entre todas las señoritas de este país, así por su educación y belleza, como por las circunstancias tan interesantes que la rodean. Yo soy rico, y ella hija de un caballero, quizás de una distinguida familia; mi padre, por su antigua enfermedad, que le atormenta sin cesar, es fácil que no dure mucho, y yo, deseando hacerme una posición estable en previsión del día, quizás no lejano, en que quede al frente de toda la fortuna que debo heredar, he pensado contraer matrimonio, y al mirar á mi rededor no encuentro joven más digna de aprecio á quien hacer mi esposa que á Celia, acreedora, por todos conceptos, á una suerte distinguida.

A este objeto la he hablado esta mañana, y así, contando ya con su beneplácito, y puesto que usted es su representante y que para ella hace las veces de padre, he decidido pedirle su mano.

—Está bien,—dijo Pedro.—Mucho había yo sospechado respecto á este asunto, efectivamente, pues á no guiar á usted esa idea no hubieran tenido razón de ser sus continuas visitas á la casa de un humilde pescador. Celia es una señorita por su origen, y tanto mi mujer como yo hemos hecho cuanto nos ha sido posible para que lo sea también por su educación.

También creo, que es acreedora á todas las felicidades posibles en este y en el otro mundo por sus virtudes, por su belleza y por su carácter, y no dudo que usted le presenta el mejor partido á que podía aspirar, pues es usted un caballero rico é ilustrado y el principal del pueblo por sus circunstancias, así que, en ninguna forma puedo oponerme á sus honradas aspiraciones pero, me parece procedente que, puesto que usted tiene á su señor padre, sea éste el que solicite la mano de Celia para usted, sin cuya circunstancia yo no puedo autorizar que visite usted, como novio, á la que moralmente es mi hija.

Las palabras de Pedro desconcertaron á Miguel, pues al formar un nuevo plan no había imaginado que el honrado pescador le contestase en esta forma, pidiendo la intervención de Bernardo.

Quedó unos cuantos minutos pensativo y luego dijo:

—Sin embargo, yo creo que usted no me cerrará las puertas de su casa interin prevengo á mi padre de mi deseo y consigo que le hable á usted.

—No, señor. Yo siempre me consideraré muy honrado con sus visitas pero, le suplico que no diga á nadie, absolutamente á nadie, el objeto que las motiva, hasta que su señor padre tome la iniciativa en este asunto, y que, entre tanto procure usted no venir diariamente á mi casa pues, como comprende usted, la buena opinión de una mujer se mancha con la más lijera impremeditación, y la voz de la maledicencia alcanza á veces aun á las cosas más santas y dignas de respeto.

—Lo comprendo, Pedro, y de hoy en adelante procuraré retardar mis visitas, circunstancia que me obligará á hablar cuanto antes á mi padre para que esto se formalice.

—Y usted cree que su padre accederá á sus deseos?

—Mi padre no debe oponerse, ni tiene motivo para contrariar mis aspiraciones en este asunto que es para mí de capital interés para ser feliz.

—En ese caso espero su resolución, y vuelvo á suplicar

á usted que entre tanto nadie sepa una palabra de sus propósitos ni de cuanto acabamos de hablar.

—Se lo prometo á usted.

Enseguida volvieron á la casita y Miguel, aproximándose á Celia le manifestó en voz baja cuanto acababa de hablar con Pedro. Después se despidió, estrechó con dulce efusión la mano de la joven, y regresó al pueblo.

Aquella misma noche, á las diez, el hijo de Bernardo y la Meca, encerrados en la pequeña vivienda de ésta, combinaban un nuevo plan criminal.

XII

Durante una semana continuaron, casi con igual frecuencia las visitas de Miguel á Celia.

El joven se mostraba comedido y cortés hasta la exageración; manifestando á Pedro y á la huérfana que su padre, accediendo á sus deseos, le había prometido pedir la mano de la joven después de los días de las próximas ferias y fiestas de Agosto, no haciéndolo antes para tener tiempo de preparar sus asuntos y poder determinar con seguridad la fecha en que debería verificarse la boda.

Celia y Catalina creían sin dificultad estas promesas, sobre todo la primera, que oía á su amado como á un oráculo incapaz de toda mentira y engaño, pero disgustaban sobremanera á Pedro que no veía lógicas las razones del joven, y aumentaban los celos de Tomás que miraba con natural antipatía á Miguel.

Una mañana, á mediados del mes de Julio, fué preciso á Catalina ir al pueblo para hacer varias compras. Pedro salió al mar á su acostumbrada pesca, y Tomás quedó en la casita del Algar con Celia, porque desde que sabían que ésta era solicitada por Miguel nunca la dejaban sola.

Cuando Catalina llegó, con su carrito, á las primeras casas de la población, se la acercó un muchacho de unos doce años de edad, sucio y desarrapado, y saludándola la preguntó:

—Buenos días, madona. ¿Cómo por aquí?

—¡Ola, Juanillo! ¿Qué haces tan desocupado?

—Nada. Como hay poca pesca espero mejor ocasión.

—Pues . . . ¿y el pescado que compraste ayer?

—Le vendí anoche mismo, así que, nada tengo que hacer hoy. ¿Está Pedro de pesca?

—Como siempre. Salió al amanecer.

—¿Con Tomás?

—No. Tomás se ha quedado hoy en casa.

—¿Y á que hora volverá Pedro?

—Ya sabes que vuelve generalmente á media tarde.

—Gracias, madona, en ese caso luego iré á esperarle para hacer nueva provisión.

Y haciendo una pirueta se alejó el chico internándose por varias callejuelas, interín Catalina se dirigía á la plaza del Mercado.

Juanillo al llegar á casa de la Meca se detuvo y preguntó desde la puerta.

—¿Se puede entrar, madona?

—Entra, Juanillo, — contestó desde dentro la adivinadora.

— Buenos días.

—¿Hay alguna novedad?

—Si, y no.

—¿Qué es ello?

—La señora Catalina está en el pueblo.

—¿Y Celia, estará sola?

— Con Tomás, que no ha ido á pescar.

—¿Y Pedro?

—Pescando.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Catalina.

—¡Bien! Eres buen chico. Toma.

Y la vieja le dió un puñado de cuartos al chicuelo, diciéndole á la vez:

—Ahora corre á casa del señorito y dile que le espero enseguida; donde él sabe.

El chico salió corriendo para cumplir su encargo, y entre tanto la Meca se dirigió, apoyándose en su bastón de sabelina, á la carretera; pero, apenas salió del pueblo, se separó del camino y se internó entre un espeso bosquecillo de almendros. Allí se sentó al pié de un árbol y esperó, dibujándose en su rostro una repugnante sonrisa de malvada satisfacción.

Apenas estaba esperando un cuarto de hora, cuando apareció por entre los árboles Miguel vestido con su ligero traje de lista y ancho sombrero de paja, y llevando en las manos un flexible latiguillo.

La vieja se levantó con más agilidad de la que le era habitual y saliendo al encuentro del joven, le dijo:

—Por fin, señorito, ya tenemos la ocasión que acechábamos.

—¿Está sola Celia?

—No, señor. Está con Tomás, pero de éste yo me encargaré. Todo lo tenía previsto para el caso.

—¿Cómo?

—Ya se lo explicaré pero, primero es preciso que no perdamos tiempo. ¿Tiene usted ahí el carretón?

—Sí.

—Vamos á casa de Celia.

—¿Y si te ven conmigo?

—No me verán.

—No comprendo.

—Ya lo verá usted. Lo importante es no perder tiempo.

—Vamos!

Y ambos marcharon á la carretera, donde estaba el carretón; entonces la vieja subió, y tendiéndose bajo los asientos aconsejó al joven que la tapase con un mantón grande que al efecto llevaba, de modo que no parecía que Miguel conducía á una persona, y sí un fardo ó bulto colocado y cubierto en el fondo del cochecillo.

En esta disposición, y situado el joven en su puesto partieron al galope del brioso caballo, entablando á la vez un diálogo que suspendían cada vez que se cruzaban con algún campesino de los que frecuentaban el camino, y en el cual explicó la vieja su proyecto que, después de examinado, fué aprobado por el joven.

Cuando llegaron cerca de el Algar, la Meca dejó su molesta postura, se apeó del carretón, y entregó á Miguel una bolsita diciéndole:

—Ahí vá todo lo necesario. Ahora acierto y decisión, y hoy no se verá burlado su deseo de usted.

Enseguida se internó por entre las rocas, y Miguel, con el carruaje, se dirigió á la casita de Pedro.

XIII

Celia, sentada bajo el emparrado, se ocupaba, como de costumbre, en su bordado, y Tomás, en la playa, se entretenía en arreglar unas redes, cuando se detuvo el carretón ante la entrada de la casa, y se apeó Miguel saludando con su estudiada cortesía á la joven que, entre confusa y ruborosa le recibió con alegría.

Tomás dejó las redes y se presentó en la casita saludando al recién llegado con tono bastante seco, apesar de la mirada de reconvención que le dirigió la huérfana.

Miguel pidió agua que se apresuró á servirle Celia, y enseguida, como lo hacía siempre, ofreció caramelos á la joven y al muchacho, que los aceptaron sin recelo, teniendo cuidado de dar á la primera uno cubierto con papel encarnado.

La conversación recayó sobre asuntos sin importancia.

Celia se quejó á los pocos momentos de que se le iba la vista y de que sentía un calor extraordinario que parecía inflamar toda su sangre.

Miguel la aconsejó, con muestras de sumo interés, que bebiese un poco de agua, y la presentó el vaso en que él había bebido, y en el cual, con disimulo, había dejado caer, como en otra ocasión, varias gotas de un pomito que llevaba oculto en la bocomanga derecha de su americana.

Apenas bebió Celia dió un grito y cayó desplomada en los brazos del malvado hijo de Bernardo, que la colocó sobre una silla, gritando:

—¡Agua! ¡Agua, Tomás!

Y á la vez aplicaba el vaso á los dientes de la joven, tratando de obligarla á apurar lo poco que aun quedaba de su contenido.

Entre tanto, Tomás, aturdido por lo que presenciaba, entró en la cocina y volvió á los pocos momentos con un gran jarro de agua, con la cual empezó á rociar el rostro de Celia, entre tanto que Miguel arrojó al suelo lo que quedaba en el vaso, y sacando un pañuelo del bolsillo, sin que lo observase el muchacho, harto confuso en su operación, le roció con varias gotas de otro pomito que sacó de un bolsillo, y como tratando de ayudarle se aproximó al chico, pasándole el pañuelo preparado por el rostro.

Tomás sintió que todo rodaba á su rededor y cayó al suelo completamente desvanecido. Miguel se inclinó y poniéndole el pañuelo sobre las narices con la mano izquierda, sacó con la derecha un pito del bolsillo de su chaleco y le hizo sonar con penetrante silbido.

Un momento después, se presentó la Meca, cogió el pañuelo y el pomito que le dió Miguel y rociándolo de nuevo le volvió á aplicar á las narices del desventurado Tomás que, perdido por completo el conocimiento parecía un cadáver.

Entre tanto, el villano hijo de Bernardo cogió á la desmayada Celia entre sus brazos y la condujo á la inmediata

alcoba, encerrándose con ella ébrio y loco de asquerosa y satánica alegría.

Durante más de media hora permaneció la Meca arrodillada al lado de Tomás aplicándole el cloroformo con la maestría de un hábil médico, hasta que sonó un violento golpe dado en la puerta de la alcoba.

Entonces la vieja se levantó y salió precipitadamente de la casita, se internó entre las rocas y guardando en su faltriquera el pañuelo y el pomo del anestésico, dirigióse al pueblo por sendas desviadas de la carretera.

Aquella miserable mujer llevaba contraído el rostro por una repugnante sonrisa de satisfacción, en que parecían reflejarse destellos de todas las pasiones más infames.

Entre tanto, el Sol había ocultado su límpida pureza tras de opaca nubecilla, la Naturaleza, risueña y alegre poco antes, se había cubierto de melancólicas y tristes sombras, y una ráfaga de viento impetuoso, levantando grandes remolinos de polvo, ensució la atmósfera.

XIV

A los pocos momentos del golpe, convenido de antemano para indicar á la Meca que debía ausentarse, se abrió la puerta de la alcoba, y salieron Miguel y Celia á la estancia de entrada.

La joven sollozaba con desesperación, trémula y con el rostro descompuesto. Al fijarse en Tomás, que continuaba tendido en el suelo, pálido y desencajado como un cadáver, dió un grito de espanto y, mesándose los cabellos, retrocedió algunos pasos aterrorizada.

—No te asustes,—dijo Miguel—está desmayado, pero no tardará en reponerse.

—¡Eres un miserable!

—¿Me desprecias?

—¡No! ¡No puedo hacerlo puesto que ya eres mi esposo ante Dios, pero jamás olvidaré tu villanía!

—¡Oh! ¡Celia adorada! ¡Esposa mía! Perdona mi loco desvarío. ¡Todo ha sido efecto del ardiente amor que te profesol

—Dentro de dos meses hubiese sido tuya sin que me hubieses ultrajado, y entonces te hubiese amado siempre más, mucho más de lo que puedo amarte después de tu infamia.

—Pero... De todos modos, yo te prometo que seré tu esposo ante el mundo como lo soy ante Dios.

Y Miguel se dirigió á la imagen de la Virgen que ocupaba, desde antiguo, un rincón de la habitación, se arrodilló, y dijo con tono solemne:

—¡Señora! ¡Madre del Salvador! ¡Yo imploro tu perdón, y juro ser esposo de Celia ante el mundo, como ya lo soy ante Tí, y ante tu divino Hijo!

Aquellas frases fueron dichas con tal acento de sinceridad y de pasión que, la inocente huérfana, convencida de la fidelidad de su amante, completamente confiada y en un transporte de alegría, exclamó:

—¡Sí! ¡Sí, Miguel, te perdono y te adoro como antes te adoraba, como siempre te adoraré!

Y abrazando al joven estampó un ardiente beso en su rostro.

En aquel momento, Tomás se estremeció y exhaló un largo gemido.

Celia y Miguel corrieron á su lado, y éste dijo á su amada:

—Es preciso que este muchacho no sospeche nada de cuanto acaba de ocurrir.

A la vez le tomó en sus brazos y le colocó sobre una silla desabrochándole las ropas y haciéndole aire con su sombrero.

Tomás exhaló un profundo suspiro; después abrió los ojos con expresión de espanto; miró á su redor y empezó á arrojar el cloroformo absorbido.

Celia, llorosa aun, y alterada sobremanera, le dió un poco de agua que el muchacho bebió con ansiedad.

—¡No tienes nada! ¡Valiente!—dijo jovialmente Miguel, —tratando de animarle, y continuó:

—Todo se reduce á un desmayo. ¡Parece mentira que un bravo pescador, acostumbrado á luchar con las borrascas del mar, se desvanezca ante una joven atacada de un síncope!

—¡Celia, hermana mía!—dijo Tomás,—¿qué nos ha pasado? Miguel contestó:

—¡Bah! Esto es solo un síncope que te se pasará en pocos minutos.

—¿Sí?—dijo el chico.—Es verdad, pero yo me siento muy mal. No tengo fuerzas apenas para moverme!

—Vamos á tomar el aire un poco.

Y Miguel le ayudó á abrocharse la ropa y cogiéndole del brazo lo sacó al emparrado.

Tomás respiró con fruición el aire puro del campo y fué serenándose poco á poco.

Celia y Miguel procuraron convencerlo de que solo había sufrido un desvanecimiento ligero al ver desmayada á la joven, y, cuando ya estuvo relativamente tranquilo, Miguel se despidió, y en su carretón emprendió el regreso al pueblo.

Aunque el hijo de Bernardo era tan infame como su padre, sin embargo, no volvía á su casa alegre y satisfecho, sino altamente preocupado y reprochándose, á su pesar, la villanía que acababa de cometer.

¿Era que había algún resto de bondad en su alma?

¿Era que se había interesado demasiado por la joven y realmente la amaba mucho ó poco?

¿Era que temía las consecuencias que podrían seguirse á su criminal acción?

¿Era que, después de conseguido su deseo, no acertaba con el medio de desligarse del compromiso contraído con la huérfana y con sus protectores?

No había dudado un momento para fraguar y llevar á cabo su crimen de acuerdo con la Meca, y sin embargo, apenas realizado sentía una especie de aguijón que le atormentaba.

Es, que era un villano, sí; pero aquél había sido su primer crimen y aun no estaba corrompido hasta el extremo de haber perdido por completo la conciencia!

Las ideas de ateísmo y de materialismo con las doctrinas de los modernos sectarios de Epicuro habían hecho de Miguel un malvado, pero no podía desde luego sustraerse á cierta especie de dolor después del primer delito cometido, porque su alma, aunque degradada por teorías infames, debía sin embargo relajarse más y más en la repetición del crimen antes de sobreponerse á la noción natural del bien y del mal, para hacerse insensible al remordimiento.

Además, realmente sentía, no amor pero sí, un gran afecto hácia la huérfana, algo como una fascinación, siquiera fuese de atractivo puramente sensual.

Por eso, al dirigirse en el carretón á su casa, pensaba algunas veces que debía cumplir las promesas hechas á Celia.

—Después de todo,—se decía,—¡es tan hermosa!..

Pero, nuevas reflexiones, y el temor de ligarse con los lazos del matrimonio á los deberes de la familia, le hacían cambiar de opinión y entonces, fastigando al caballo, exclamaba:

—¡Bah! ¡Soy un loco!—Y terminaba su frase con una carcajada alegre y descompuesta.

XV

Celia y Tomás, cuando regresaron Catalina y Pedro, les refirieron que por la mañana había estado Miguel en la casita, y que los dos se habían puesto enfermos.

Pedro, al oír el relato frunció el ceño, pero no hizo ninguna observación.

Después llamó aparte á Catalina y la dijo:

—Mucho me engaño si Miguel viene aquí con propósito honrado. ¿Has observado la alteración del semblante de Celia?

—Sí, y tanto que, cada vez que la miro sospecho que ha ocurrido algo más de lo que nos ha contado.

—Está llorosa, y se le nota que hace esfuerzos enormes para contener las lágrimas.

—¡Habrás sido víctima de una infamia!

—No diré tanto, no lo creo, pero son muy extraños esos síncope ya repetidos por dos veces no estando nosotros en casa y precisamente en el momento de visitarla Miguel.

—¿Qué deduces de ello?

—Que ese señorito trata, tal vez, de cometer una infamia.

—¿Y como evitarlo?

—Por el pronto, es preciso que nunca te separes de Celia, día ni noche, interín se casa ó termina sus relaciones con Miguel, y que evites que Celia tome caramelos ni cosa alguna que le ofrezca su pretendiente.

—¿Crées que sería capaz de darle el mal busí?

—De todo son capaces los jóvenes en el ardor de las pasiones.

—Vigilaré con el mayor cuidado.

—Sin separarte nunca de la chica.

—Ni un solo momento.

—No le digas nada á ella, ni á nadie, de nuestras sospechas, pues esto sería alarmarla sin objeto, y quizás sin motivo, y empeorar las cosas haciéndole sospechar de su amado, que tal vez pudiera ser inocente. A veces se forman juicios muy temerarios por apariencias engañosas y, así, lo prudente por ahora es callar y observar, sin perder de vista á Celia un solo momento; para evitar que, por su misma inocencia, pueda ser víctima de una villanía, si tales propósitos caben en Miguel.

Al día siguiente, Celia esperó en vano la visita de su amante. Cuando por la noche quedó sola en su alcoba y se

acostó, abundantes y silenciosas lágrimas se derramaron de sus hermosos ojos; la infeliz empezaba á sospechar toda la villanía del hijo de Bernardo, y la luz de la aurora matutina la sorprendió sin haber podido conciliar el sueño.

Se levantó y empleó más tiempo del ordinario en su tocado, procurando desvanecer las huellas del insomnio y del llanto.

Después se esforzaba por aparecer risueña ante sus bienhechores, pero éstos se alarmaban cada vez más al observar sus inútiles esfuerzos para ocultar la profunda tristeza y ardiente inquietud que la devoraba.

A la caída de la tarde, y ya después de haber regresado Pedro de pescar, se presentó Miguel á caballo, saludó con su acostumbrada cortesía y se mostró algo frío á la afectuosa acogida que le hizo Celia, que con tanta ansiedad le había esperado.

Pedro le indicó que tenía que hablarle á solas, y ambos se separaron de los demás, sin que el joven pudiese ocultar un gesto de sorpresa y de temor, que no pasó desapercibido á la penetrante observación del pescador.

—No se estrañe usted, don Miguel, de lo que voy á decirle,—dijo Pedro, con grave acento.—Ya recordará usted que, el día que me habló de sus amores con Celia, le supliqué que procurase que sus visitas fuesen menos frecuentes, hasta que su señor padre me pidiese oficialmente la mano de mi hija adoptiva.

—Sí, señor. Y, en efecto, ya ve usted que ayer mismo no vine.

—Sin embargo, usted debe comprender que nunca faltan personas desocupadas que todo lo observan, y todo lo comentan del modo más malicioso posible, y por eso, y para evitar que se ponga en tela de juicio la honra de su pretendida esposa, es por lo que, deseo que en lo sucesivo no vuelva usted á visitar á Celia, sino únicamente después de las seis de la tarde á cuya hora estaré yo siempre en casa.

—Pero... ¿Eso es cerrarme sus puertas á otras horas?

—No señor, pero es pedir á usted lo que lógicamente debo exigirle por las razones que acabo de exponerle.

—¿Y si acaso vengo alguna vez y usted no está en casa?

—Viniedo después de las seis de la tarde, siempre me encontrará usted.

—Pero... ¿Si por cualquier circunstancia viniese á otra hora?...

—En ese caso, no será usted rechazado, pero acto seguido seré yo el que vea á su padre sin esperar á que él venga primero á hablarme.

—¿Qué se propone usted?

—Velar, como debo, por la buena opinión de Celia, pues á ello me obliga, más que si fuese mi propia hija, la circunstancia misma de no serlo y hallarse amparada bajo el honrado techo de mi hogar.

—Es cierto, y eso habla muy alto de su buen criterio.

—Que usted debe auxiliar, puesto que se trata de la que desea hacer su esposa, cuyo honor debe usted defender de todo comentario por infundado que sea, con mayor empeño que yo.

—Es verdad, Pedro, y yo le prometo seguir su sabio consejo ciñéndome á su voluntad.

Después se reunieron con Catalina y Celia y la conversación recayó sobre asuntos sin interés.

Al despedirse, Celia se quejó á Miguel de su ausencia del día anterior.

—¿Qué hacer?—le dijo éste—hoy mismo acaba de decirme Pedro que no vuelva á visitarte con tanta frecuencia y que solo lo verifique después de las seis de la tarde, cuando él esté presente.

—Justa y respetable es la voluntad de Pedro—dijo Celia—pero yo te suplico, si me amas, que vengas todos los días á esa hora, sin faltar ninguno, porque el día que no vienes me parece que me falta el aire para respirar y el sol para calentarme, y que el mundo se cubre de luto y de tristeza ante mí.

—¡Bah! Ya procuraré venir con toda la frecuencia posible, pero aleja de tí esas preocupaciones que me ofenden, y nunca desconfíes de quien te adora con toda el alma.

Después se despidió Miguel, montó á caballo y al trote largo se separó de la casita de Pedro con dirección á Felanix.

Dos días, de mortal angustia para Celia, transcurrieron sin que el joven volviese á visitarla.

Después pasaron tres ó cuatro sin que volviese. Y, por último, solo cada cinco ó seis días se presentaba en la casita del pescador, donde permanecía poco rato, y demostrando cada vez más frialdad en sus conversaciones con la pobre huérfana, que se sentía morir de despecho y de dudas que torturaban su alma horriblemente.

El carácter de Celia, antes bullicioso y alegre, se volvió

triste y pensativo; las lágrimas se agolpaban continuamente á sus ojos y el carmín de sus mejillas se trocó por la palidez de la cera.

Catalina y Pedro lo observaban todo con profunda pena y procuraban distraer á la joven y devolverle su perdida alegría á fuerza de oportunas reflexiones y de mimosas caricias, pero todos sus esfuerzos eran inútiles.

Tomás maldecía en el fondo de su alma al hijo de Bernardo, y en su pecho crecía por momentos la antipatía que le profesaba.

XVI

Entre tanto, las repetidas visitas de Miguel á la familia del pescador que habían sido observadas por varios campesinos, y algunas palabras que, en distintas ocasiones y ante diferentes personas se habían escapado á Juanillo respecto á la comisión que le dió la Meca de avisarla cuando viese en el pueblo á Catalina, encargándole la mayor reserva sobre el asunto, dieron margen á que en el pueblo se formasen mil comentarios y conjeturas de las que salía muy mal parada la buena opinión de Celia y la ejemplar honradez de Catalina.

Una mañana, en que Bernardo estaba sentado en su despacho junto á una ventana que daba al jardín, oyó que un criado decía á otro:

—No seas bobo, Antonio, todos esos paseos del señorito Miguel, no son por simple afán de montar á caballo, porque, para eso no iría siempre á casa de Celia, como si no hubiese otros sitios donde pasear.

El nombre de la huérfana llamó notablemente la atención del viejo marino, que prestó el mayor interés á la conversación de sus sirvientes.

—¡Cá!—dijo Antonio—¿Crées tú que el señorito iba á tener amores con la chica, y que el honrado Pedro permitiría esas tretas?

—Yo creo lo que sé. El mismo Juanillo, por encargo de la Meca, está siempre observando las ocasiones en que viene al pueblo Catalina, para avisar á D. Miguel. ¡Luego... Esto algo quiere decir!

—Pero tú. ¿De dónde sabes eso?

—Pues, del mismo Juanillo, que me lo ha dicho. Además, ya sabes que el señorito nos tiene mandado que no le desperitemos por la mañana si vienen á preguntar por él, nada más

que cuando venga ese chicuelo, que entonces, aunque sean las tres de la madrugada, hay que llamarle sin perder momento.

—¡Eso es verdad!

—¿Y creés que será solo por ver á ese rapazuelo?

—¡Claro que no!

—Pues eso te prueba que hay historia, y larga, que contar.

Bernardo no oyó más, porque los criados abandonaron el jardín, pero ya era más que suficiente lo escuchado para ponerle en antecedentes.

Enseguida tocó un timbre y preguntó al criado que se presentó:

—¿Está en casa el señorito Miguel?

—Sí, señor. Está en su despacho.

—Dile que venga, inmediatamente.

Pocos momentos después entró Miguel en la habitación y quedó asombrado al observar, en el rostro demudado de Bernardo, la agitación que le dominaba.

—Buenos días, padre;—dijo,—¿me llamaba usted?

—Sí, siéntate. Tenemos que hablar seriamente.

—Escúcho;—dijo el joven sentándose.

—Tú sabes que te retiré mis dietas, y que tuve que negarme á reconocer tus escandalosas deudas, para obligarte á venir á mi lado á fin de que abandonases la vida desastrosa que llevabas en Madrid, impropia de un hombre honrado y obligado por su posición social á sostener limpio el lustre de su apellido.

—Y bien. Aquí me tiene usted haciendo la vida de un cenobita.

—Y olvidando los más rudimentarios deberes de tu posición social..

—¡No comprendo!

—Hablemos claros. ¿Qué objeto tienen tus continuos paseos á caballo?

—¿Acaso, eso es indecoroso?

—Contéstame sin evasivas. ¿A dónde diriges tus paseos?

—Pero, señor, ¿hasta en esa distracción, única que aquí encuentro, ve usted un acto reprochable?

—Te repito que me contestes de un modo terminante,—dijo Bernardo, con terrible acento, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Miguel permaneció silencioso.

—¿Dónde diriges tus paseos á caballo?—repitió con voz de trueno el viejo marino.

—Al puerto.

—No es verdad.

—A la costa.

—A casa de Pedro el pescador.

—Sí, señor,—balbuceó Miguel, temeroso ante la terrible actitud de su padre, al cual no tenía respeto, pero sí un miedo inexplicable.

—¿A casa de Celia? ¿No es eso? Porque es evidente que solo por Celia haces esas continuas caminatas.

—Pues bien, esa es la verdad;—dijo el joven resuelto á arrostrar la cuestión, viendo que toda negativa era inútil y peligrosa ante la actitud violenta de su padre, cuya causa no podía comprender.

—¿De modo que, un caballero que posee una de las primeras fortunas de Mallorca, va á ligar su apellido con el de una advenediza rapazuela, hija de un Don Desconocido, y criada de caridad por un miserable pescador? ¿Va á unirse con una mujer záfia y sin educación, solo capaz de remendar redes, ó de cargar con una banasta de pescado, como un ganapán? ¿Es eso lo que yo debo esperar de mi hijo? ¿Es para eso para lo que te debo legar una fortuna de más de seis millones?

—No señor.

—En ese caso, ¿con qué objeto haces la corte á esa dama de boliche y banasta?

—Solo me ha guiado el deseo de proporcionarme un pasatiempo. Y creo que, usted debe comprender que no podía guiarme otro objeto.

—¡Bravo!... ¡Eres un miserable!

—¡Padre!...—dijo Miguel poniéndose pálido de coraje.

—¡Un miserable!—repitió con terrible acento Bornardo, y continuó:—¿Qué otro nombre merece quien, como tú, pretende introducir la vergüenza en una familia honrada? Hoy por tu culpa está siendo Celia el pasto de los chismes y dicharachos de la chusma del pueblo. Hacerla tu esposa sería denigrarte. Envilecerla sería envilecerte tú. Todo el mundo, y yo el primero, te rechazaría como á un mónstruo de vileza si llegases á burlarte de una huérfana desvalida. Es por lo tanto necesario que esto termine. ¡Ni una visita más!.. Lo entiendes?... ¡Ni una sola visita más á casa de Pedro el pescador! Celia es imposible para tí por todos conceptos, y bajo todos

los puntos de vista, y en todas las formas y de todas las maneras!

—Pero, si fuera de Felanix me niega usted el todo género de recursos y aquí se opone usted á mis más sencillas distracciones, ¿qué quiere usted qué haga? ¿En qué me he de ocupar?

—¿De modo, que no puedes ocuparte de otra cosa que de envilecerte? ¡Eres tan miserable, como todo eso?

—¡Padre...

—¡Silencio! Te ordeno y mando que no vuelvas, en tu vida, á poner los piés en casa de Pedro el pescador, ni en una legua á su rededor!... ¡Sal de mi presencia!

—Pero...

—¡Fuera!—gritó con feroz energía Bernardo,—dando un terrible puñetazo en la mesa.

Miguel se mordió los labios de rabia y pálido de coraje salió de la habitación, sin atreverse á replicar ante la actitud de su padre á quien nunca había visto en un estado de exaltación tan violento.

XVII

Durante dos minutos permaneció Bernardo con ambos puños apretados sobre la mesa, el cuerpo inclinado hácia adelante, la cabeza erguida, el rostro terriblemente amarillo y desencajado por la ira y la vista fija en la puerta por donde acababa de salir su hijo, como si quisiera anonadarle con el furor de su mirada.

Un temblor convulsivo agitó su cuerpo y por último exclamó con exaltación, aunque con voz apenas perceptible, como si necesitase hablarse á sí mismo para comprender sus propias ideas, ó para calmar su rabia.

—¡No! ¡No será! ¡No es posible! ¡No puede ser que esa criatura, que vive solo por la cobardía de un miserable traidor, que no tuvo valor para cumplir lo pactado, se atravesase en mi camino!

—¡Ah! cada vez que la veo me parece que la tierra huye á mis piés, y el deseo de estrangularla entre mis manos, me horroriza, porque parece enloquecerme.

Y rechinó los dientes en un acceso de furor. Luego, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos quedó profundamente pensativo.

En aquella actitud permaneció más de una hora, después se levantó más tranquilo y empezó á pasear por su despacho

con las manos metidas en los bolsillos de su americana y murmurando:

—Reflexionemos con calma.

—De los amores de mi hijo con Celia pueden resultar tres cosas: primera, que no tengan otra consecuencia que convertirse en un pasatiempo inocente de muchachos; segunda, que la deshonre y se produzca un escándalo, cuyas consecuencias podrían ser trascendentales, pues de estos asuntos se sigue siempre una maraña de disgustos; y tercera, que se case con ella.

—El primer caso no es posible dado el carácter de mi hijo, por la sencilla razón de que Miguelito no tiene nada de inocente.

—El segundo caso solo puede evitarse aislándole de la huérfana, ó recurriendo al tercero, es decir, obligándole á casarse.

—¿Qué resultaría de esto último?

—Desde luego, entrando á formar parte de mi familia, entraría también Celia en el goce y posesión, aunque indirecto, de la fortuna que le legó su padre y que yo poseo, con lo que realmente ni Miguel ni yo perderíamos nada, pero tampoco ganaríamos, y además, yo me vería obligado á soportar la presencia de esa criatura que odio... á tenerla cerca de mí... á sufrir horriblemente á todas horas porque siempre que la veo sufro... no sé por qué... pero sufro y rabio horriblemente.

—Por otro lado, si alguna vez se descubriese mi secreto, la escisión en mi casa sería terrible, y las consecuencias para mí nada halagüeñas puesto que, no por casar á mi hijo con Celia habría prescripto mi responsabilidad por el delito cometido.

—Además, hoy nadie se acuerda de D. Antonio Hernández, al cabo de los veinte años transcurridos desde el naufragio de la goleta «Carmen», y, solo en Felanix se sabe que existe su hija, sin que aquí se ocupe nadie, ni aun ella misma, en revolver antecedentes ni en buscar datos relativos á su familia, y esta situación actual es la que más me conviene conservar.

—Por otra parte, supongamos que se casase Celia con Miguel; entonces la olvidada y oscura huérfana, recogida y criada por caridad, en la casa de Pedro el pescador, se habría convertido en gran señora, esposa de un millonario; el mundo volvería hácia ella sus miradas, se hablaría de su origen,

de sus antecedentes y de su familia, se recordaría el olvidado nombre de su padre, los detalles del naufragio en que pereció y... ¡Quién sabe á dónde esto podría llevar las cosas? Y si por cualquier incidente mi hijo llevase á su esposa fuera de Mallorca... á Barcelona.. á Madrid... á Alicante... ¡Sí!... ¡Sí!... á Alicante sobre todo... ¿Qué sucedería? Entonces sería facilísimo tropezar con un conocido de su padre, con un pariente lejano, quizás, si es que existe, ya que próximos no los tenía D. Antonio, según me dijo... y, puesta la vista en el pasado, acaso se descubriese lo que tanto me conviene ocultar; porque, el recuerdo de la fortuna del naufrago, originaría, por precisión, que se investigase lo que había sido de ella; un acto de inspección en Marsella ante el consignatario del buque demostraría que D. Antonio no declaró las cantidades que llevaba en su poder... éstas se buscarían, y, como entre los restos recogidos de la goleta «Carmen» no apareció cantidad alguna, se volvería la vista á Pablo el Contraamaestre que adoptó como hija á Celia, y luego la dejó abandonada, se le buscaría y, si no ha muerto, sería encontrado, se le interrogaría, se investigaría el origen de su fortuna y, según lo que de ahí resultase, se volverían las miradas hácia mí... se averiguaría que mis empresas comerciales en el Sur de América fueron una impostura y, como Pablo tampoco podría probar que había adquirido su dinero en negociaciones legales, los dos estaríamos perdidos... ¡Ah! ¡No! ¡Nunca consentiré que esto pueda suceder!

Y, presa de una terrible agitación, el miserable se dejó caer en un sillón; después continuó:

—De todo esto resulta, que es forzoso aislar á Miguel de Celia. Sí. Ahora mismo escribiré á Buenos Aires á mi antiguo amigo Garcias, el armador, previniéndole que le envíe á mi hijo para que á su lado perfeccione sus conocimientos náuticos; dentro de dos meses obligaré á Miguel á emprender su viaje, y si se hace preciso yo mismo realizaré mi fortuna y me trasladaré á aquel remoto país donde podré vivir y morir sin estos sobresaltos y temores que me acosan. De ese modo ni mi hijo volverá á acordarse de la huérfana, ni ésta se volverá á atravesar en mi camino y... hasta podría suceder que este tenaz dolor encuentre alivio en aquel clima.

Y á la vez se oprimía el estómago con el puño derecho.

Después de estas reflexiones, que exaltaban su fantasía,

y ya resuelto á llevar á cabo su plan, Bernardo escribió una estensa carta al armador Garcias, llamó á un criado y le mandó que la echase al correo.

XVIII

Las trabas puestas por Pedro y la terrible actitud de Bernardo, obligaron á Miguel á tomar la resolución de no volver por el Algar, puesto que tenía por seguro que no le habría de ser posible esquivar de nuevo la vigilancia continua del pescador y de Catalina, y además sospechaba que su padre observaría todos sus pasos por medio de sus criados y trabajadores del campo, para convencerse de que no quebrantaba el veto que le había impuesto.

Esta situación contrariaba muchísimo al joven, en cuyo pecho, y á su pesar, había germinado un amor completamente sensual pero ardiente y violento hacia la huérfana, amor que se acrecentaba de día en día, precisamente á impulsos de las dificultades y obstáculos que se le oponían.

Procuraba alejar de su imaginación la idea de su amada, pero todos sus esfuerzos eran inútiles, con Celia soñaba todas las noches y Celia llenaba todos sus pensamientos durante los días, y su impaciencia por verla crecía de hora en hora y de minuto en minuto exaltando su fantasía.

Cinco ó seis días llevaba en esta situación y no pudiendo resistir más, ordenó á un criado que le ensillasen su caballo, resuelto á ver á la huérfana á trueque de cuanto pudiese sobrevenir por quebrantar el mandato de su padre.

Ya estaba el caballo dispuesto, y Miguel tenía el pie en el estribo para montar, cuando Bernardo se asomó á una ventana y le ordenó que subiese á su despacho.

Así lo hizo el joven y su padre le preguntó adónde iba á caballo.

Miguel contestó que trataba de dar un paseo hacia el puerto.

—Lo comprendo;— dijo Bernardo frunciendo las cejas — ¿Sin duda has olvidado mi mandato?

—No, señor;— contestó Miguel.—Solo deseaba pasear, sin ningún otro objeto.

—Bueno, puesto que así es, cambia de rumbo; voy á mandar enganchar el carretón y vendrás conmigo á dar una vuelta por el campo.

—Pero...

—¿Qué?... Yo no te obligo á venir conmigo en el cochillo, puedes acompañarme en tu caballo si lo prefieres.

—Pero, ¿es que usted desconfía de mi obediencia?

—Es muy probable que así sea, pues no me has merecido nunca el mejor concepto acerca del respeto que todos los hijos deben tener á sus padres.

—Señor, esa desconfianza me hiere; creo que con mi promesa de cumplir sus órdenes bastaba.

—Y basta. Pero, para mayor garantía, te prohíbo también que pasees fuera del pueblo.

Convencido Miguel de que toda insistencia le conduciría á una cuestión violenta, y temiendo la terrible irritación de Bernardo, no replicó nada.

Un cuarto de hora después, el padre y el hijo paseaban juntos en el carretón; el primero pensando en el proyectado viaje á Buenos Aires, y el segundo buscando en su imaginación un medio de satisfacer su vivísimo deseo de volver á ver á Celia.

Aquella misma noche á las once, Miguel conversaba con la Meca en el huertecillo de la vieja.

—Yo no encuentro otro recurso por ahora,—decía la adivinadora.—Todo se reduce á esperar, con calma, que pasen los tres días que faltan para las fiestas.

—Sí. Pero si mi padre se opone á que yo visite á Celia, difícil será que vea con gusto que yo la encante en el baile.

—Pues, si no se quiere usted arriesgar á un disgusto con D. Bernardo, nada se puede hacer, al menos por ahora. Además, en casa de Pedro viven en continuo acecho y no será posible repetir lo ya pasado.

—Es verdad.

—Mire usted, todo mi plan consiste en lo siguiente: El día de la Virgen, es seguro que Celia irá á las carreras porque Catalina la obligará á ello para distraer su tristeza. Usted se presenta, se disculpa de su ausencia de estos días y la promete encantarla por la noche en el baile; de este modo baila usted con ella, y entre la confusión de la gente, y cuando ya esté trastornada con el mal busí, le será á usted fácil conducirla á mi casa; al llegar cerca de la puerta hace usted uso del pañuelo, en un momento en que no haya testigos, lo que es fácil porque en esta callejuela nunca suele haber gente, y menos á la hora del baile. Yo estaré alerta esperando y... lo demás ya no ofrece dificultad.

—¿Pero si ella se apercibe de que es á tu casa donde la he conducido?

—En su trastorno no se dará cuenta de nada. Yo se lo prometo á usted.

Poco rato después de esta conversación, el hijo de Bernardo regresaba á su casa alentado por la esperanza de su infame proyecto.

XIX

Entre tanto Celia esperaba con inútil ansiedad las visitas de Miguel y las horas se le hacían interminables, aumentándose su abatimiento de día en día, con el convencimiento que empezaba á arraigarse en su alma de que su amante la había burlado del modo más infame é inicuo.

Su desesperación y angustia era tanta que ya no se ocupaba de disimular su dolor, y con frecuencia rodaban las lágrimas por sus mejillas.

Cuantos esfuerzos hacían por distraerla Pedro, Catalina y Tomás eran inútiles, y todos estaban sumamente inquietos y preocupados con cuanto ocurría.

Sin embargo, Catalina afirmaba á Celia que Miguel cumpliría sus promesas, y que estaba convencida de que en cuanto pasaran las fiestas Bernardo hablaría á Pedro, según lo convenido, pero, en realidad, la esposa del pescador se entristecía con el presentimiento de que tales esperanzas no se realizarían.

Pedro supuso que tal vez la causa de la ausencia de Miguel fuese debida á alguna enfermedad suya ó de su padre, cuyo estado de salud era muy poco satisfactorio, y entonces Celia suplicó á Tomás que fuese al pueblo para informarse.

Así lo hizo el muchacho, pero, cuando volvió por la noche, trajo la convicción de que tanto Bernardo como su hijo estaban buenos, puesto que él mismo los había visto de paseo por el campo en el carretón.

Esta circunstancia acrecentó las desconfianzas de todos. Celia lloró amargamente, Pedro frunció las cejas y permaneció pensativo sin desplegar los labios, Catalina se esforzó inútilmente por consolar á la huérfana y Tomás juró que si Miguel no cumplía sus promesas había de tomar venganza completa de él.

En esta violenta situación pasaron tres días más y llegó el 15 de Agosto en que se celebraban las fiestas del pueblo.

XX

El día de la Asunción de Nuestra Señora, ó sea de la Virgen de Agosto, amaneció hermoso y despejado. El cielo se mostraba trasparente y limpio y el Sol alumbraba con intensa y vivísima luz el pueblo, los campos y el mar apenas rizado por el vientecillo suave que, á la vez, moderaba el intenso calor propio de la estación.

La carretera que une Felanix con Puerto Colón se veía literalmente llena de carros y carretones conduciendo millares de personas que con sus alegres conversaciones, gritos y continuas carcajadas llenaban los campos de regocijo.

Hombres y mujeres, niñas y muchachos, todos lucían sus más galanos trajes de día de fiesta, y en todos los rostros rebosaba la más franca expresión de felicidad, como si entre aquellas gentes no hubiera, ni hubiese habido jamás sufrimientos, afanes ni ambiciones por satisfacer.

Las tranquilas aguas del puerto estaban surcadas por gran número de botes adornados con banderolas, y varias cucañas verticales se alzaban junto á la orilla sosteniendo en su extremo superior ramos de naranjas, ensaimadas y baratijas, cuya conquista se disputaban con afán algunos muchachos.

En dos ó tres faluchos se veían cucañas horizontales, que eran incesantemente recorridas por mozalvetes que, sin llegar á su extremo, en que sostenían los premios, resbalaban y caían al mar, de donde eran recogidos por varios botes, volviendo inútilmente, casi siempre, á emprender de nuevo su difícil ejercicio.

Cerca del puerto, y en sentido paralelo á la orilla del mar, se veía una extensa línea marcada por dos surcos que indicaban la pista de las carreras, limitada en el extremo de la izquierda, mirando al pueblo, por dos altos postes cubiertos de ramaje y adornados con banderolas y gallardetes, y en el extremo opuesto por una pequeña valla de madera.

Los que luchaban por conquistar los premios de las carreras, consistentes en naranjas, ensaimadas, pollos y baratijas, partían de los postes cuando se daba la señal por el claverero encargado, y triunfaba el primero que conseguía tocar la valla, detrás de la cual se encontraba, sentado en una silla, el alcalde con su vara ó bastón de mando, y acompañado por varias personas de las más principales de la población.

Varios guardias civiles sostenían el orden é impedían que los espectadores pasando los surcos invadiesen la pista de las carreras.

Los carros y cochecillos se detenían en las inmediaciones, y la alegre muchedumbre de concurrentes se aglomeraba en apretadas filas sobre los surcos ó circulaba fuera de la pista dando mayor viveza á la escena con sus continuas risas y alegres gritos, dominando toda la bulliciosa algazara las voces de gran número de vendedores ambulantes que pregonaban el café caliente, la horchata helada, el frío limón, el aguardiente anisado, las gaseosas, el cacahués y las naranjas, en tanto que varios gaiteros y tamborileros hacían sonar con estrépito sus instrumentos, y que los claveros de la fiesta lucían sus bastones adornados con grandes lazos de cintas de varios colores.

Todo era alegría, animación y regocijo.

Por entre toda aquella abigarrada muchedumbre se veía pasear á Pedro y Catalina, Celia y Tomás.

La huérfana se esforzaba por disimular la tristeza de su alma, pero, el sello de dolor marcado en su rostro obligaba á Pedro y Catalina á permanecer cabizbajos y abatidos, en tanto que Tomás se esforzaba, con inocentes chanzonetas, por hacerla olvidar de algún modo sus pesares.

—¡Vaya!—decía el muchacho,—aquí en las carreras no puede haber penas, porque la alegría de tantas personas ahuyenta los pesares, por grandes que sean. Aquí reina el placer por todas partes. ¿No es verdad, Celia, que hoy no estarás tan triste?

—No sé;—dijo la joven enjugando una rebelde lágrima que rodó por sus mejillas.

—¿Qué tienes?—le preguntó con cariño Pedro. —¿Crées que se acabó ya el mundo para ti? Aun nos tienes á nosotros que siempre te hemos querido, y te querremos siempre.

—Ya lo sé;—contestó Celia,—y verdaderamente soy muy ingrata al no vivir alegre, sin pensar en otra cosa más que en ustedes á quienes tanto tengo que agradecer.

—Más te queremos nosotros que todos los Migueles habidos y por haber,—dijo Tomás con acento de persuasión.

—¡Es cierto!—contestó Celia, con dolor mal disimulado.

—Además,—añadió Catalina,—no debes desesperarte. ¿Quién sabe la causa de su ausencia? Después que pasen las fiestas, quizás venga á hablarnos D. Bernardo y tu tristeza se cambie en alegría.

—¡Quiéralo el cielo! —murmuró Pedro.

—Es verdad,—dijo Celia, procurando sonreír.

—Ahora van á correr chiquillas,—dijo Tomás,—y son carreras que hay que ver. Vamos que hay puesto libre, no perdamos la ocasión.

Los cuatro se aproximaron al surco á la vez que varias niñas de ocho á diez años recorrían la pista codeándose y empujándose, y empleando todas sus débiles fuerzas por alcanzar el premio deseado.

Después siguieron otras carreras, y la familia del pescador continuó atendiendo á las peripecias de aquella inocente lucha.

Celia, sin embargo, no prestaba atención á nada ni participaba de la animación que la rodeaba. Pensaba solo en Miguel á quien hacía diez días que no había visto, y, convencida casi por completo, de la infamia de que había sido objeto, no pudo evitar que se desprendiesen de sus ojos gruesas lágrimas.

Tomás lo observó, y con acento de profundo cariño, la dijo en voz muy baja:

—¡Celia, qué tienes? ¿Estás llorando?

La joven se limpió las lágrimas con presteza y contestó, procurando sonreír:

—No lloro; si es que me río.

—¡Sin duda entonces, yo me engañé!

—Ya estoy alegre.

—Podrá ser cierto pero no lo creo. Todas tus penas las causa Miguel, y tú no comprendes que solo merece tu desprecio. ¡Vales tú sola diez millones de veces más que él y que toda su raza, con sus millones por añadidura.

—¡Silencio! ¡Que no te oigan!

—Ya que ese señorito no te ha ofrecido un premio, yo te lo ofrezco; si es que le aceptas iré á correr para ganarlo. ¡Así pudiera vencer con ello tu tristeza!

—Acepto;—contestó la joven conmovida ante las sinceras frases de cariño del muchacho.

—Bien;—dijo éste con alegre acento,—voy á correr por tí. Y se dirigió saltando al punto de partida de los corredores.

XXI

Pocos momentos después sintió Celia que la tocaban ligeramente en el hombro derecho, volvió la cabeza, y un lijero

grito de alegría se escapó de su pecho. Tenía al lado á su amante.

—¡Ah! ¡Miguel! ¡Por fin!—dijo entre seria y risueña.

—¿No me esperaba usted?

—Hace diez días que esperaba con ansiedad.

En aquel momento Pedro y Catalina se volvieron hácia los jóvenes y después de los saludos consiguientes, Miguel dijo:

—Mucho habrán ustedes extrañado mi larga ausencia y debo darles una esplicación.

—¿Alguna enfermedad?—preguntó Catalina.

—Sí, por cierto. Pero no mía. Mi pobre padre que, como saben ustedes, está muy delicado, ha pasado varios días en grave estado, obligándome, por esta circunstancia á permanecer constantemente á su lado durante estos diez últimos días, que han sido largos como diez eternidades para mí. Y á la vez dirigía á Celia una apasionada mirada.

Pedro dijo:

—Pero supongo que ya estará aliviado el enfermo, puesto que está usted aquí, y que hace cuatro ó cinco días paseaban ustedes dos por el campo.

—En efecto, desde hace seis días hemos paseado todas las tardes en el carretón, por prescripción facultativa. Pero ha pasado horas terribles, especialmente por las noches, obligándome á no dejarle un momento, hasta hoy que, por fin, ha entrado, al parecer, en un período de franca mejoría, permitiéndome el placer de venir á ver á ustedes.

Pedro y su esposa, lo mismo que Celia, quedaron convencidos por el tono franco y sincero del joven. Y la conversación fué interrumpida por las carreras de varios ginetes que, rápidos como flechas, recorrían la pista animando con los látigos y los gritos á los caballeros en que iban montados.

Después se siguió una carrera de bueyes que, hostigados por los aguijones de sus conductores, recorrieron la pista en un corto espacio, abriéndose después paso por entre los espectadores, saliendo fuera de los surcos y produciendo gran confusión por todas partes, hasta que, uno de ellos mejor conducido que los otros, llegó á la valla y obtuvo el premio.

Por efecto de aquel movimiento de la muchedumbre, quedaron Miguel y Celia separados de Pedro y Catalina.

Entonces la joven dijo á su amante:

—¡Cuánto he sufrido estos días! Y hoy mismo me parece que ya no vienes á mi lado con aquel ardiente amor que antes sentías por mí.

—¿Estás quejosa? ¿No comprendes que ha debido de ser insuperable la fuerza que me ha retenido lejos de tí?

—Sin embargo, comprendiendo mi impaciencia, dime, ¿no has tenido ocasión de enviarme un aviso que me explicase tu ausencia y calmase mi penar?

—¿Has sufrido mucho?

—¡Horriblemente!

—¿Tanto me amas?

—¿Acaso lo dudas? ¡Tú eres el ídolo de mi alma; y además tienes mi honor en tu poder! Por eso, al pensar que tu ausencia fuera producida por el olvido de tus juramentos me sentía morir. ¿Qué sería de mí si tu me abandonases?

—¡Bah! Todo eso es imposible; ya ves que no te olvido puesto que me tienes á tu lado, no tan enamorado como antes sino muchísimo más, hermosa mía! Ten la seguridad de que por tí, por gozar un solo momento de tu belleza sobrenatural, daría mi vida si preciso fuera! ¡Dime que ya pasó tu enojo! Dime que me amas con frenesí, como yo te adoro!

—¡Sí, Miguel, yo te idolatro! Por eso deseo vivamente que llegue pronto el día en que pueda llamarme tuya ante el mundo entero, como ya lo soy ante Dios.

—¡Ah! ¡Dulce amada mía!—exclamó Miguel verdaderamente emocionado al ver el apasionado lenguaje de la joven.—Esta noche sabrá todo el pueblo que te amo, porque te *encantaré* y serás la reina del baile.

—Pero...

—Nada temas, porque mañana mismo mi padre te pedirá por esposa para mí.

—En ese caso acepto, siempre que esto no sea enojoso para mis bienhechores.

Después ambos jóvenes se dirigieron hácia Pedro y Catalina. Miguel les expuso su deseo, asegurando que contaba de autemano con D. Bernardo, y éste hablaría á Pedro al siguiente día para formalizar la boda, que debía tener lugar á los pocos días.

Era tal la firmeza y aparente sinceridad de cuanto decía el joven que, convencido el pescador, le otorgó el permiso que solicitaba para encantar á Celia. Después se despidieron, pretestando el hijo de Bernardo que tenía que volver al pueblo, por los cuidados que aún requería el estado delicado

de su padre, y desapareció entre la multitud dirigiéndose al pueblo en un caballo alquilado. Su rostro manifestaba intensa alegría, pues había logrado su objeto de inspirar confianza á Celia y á sus bienhechores para poder poner en ejercicio, por la noche, el miserable plan fraguado con la Meca, á trueque de luchar después con cuantos inconvenientes se siguiesen por graves que fueran. ¡Tal era el ardiente deseo que le inspiraba su víctima!

Entre tanto, Celia con el rostro animado por la alegría y culpándose á sí misma, se decía que había juzgado con imperdonable lijereza de su amante, y formaba el firme propósito de no volver á dudar jamás de su lealtad y de la firmeza de su amor.

Pedro y Catalina participaban de la alegría de la joven y aunque con menos entusiasmo, creían de buena fé en las promesas de Miguel.

Pocos momentos hacía que éste se había ausentado, cuando vieron venir á Tomás codeándose con uno de sus ribales que corría á su lado, dejando otros muchos detrás.

Ya distaban ambos pocos pasos del fin de la pista; la lucha era indecisa, y un grito de entusiasmo se extendía por toda la línea de espectadores, cuando de pronto Tomás dió un vigoroso empujón á su compañero y ambos cayeron al suelo, pero, en el mismo instante se levantó y de un salto cogió la valla gritando:

—¡Mío es el premio!

Su contrincante se levantó al mismo tiempo protestando del atropello.

—¡No vale!—gritaron muchas voces.

—¡Sí que vale!—gritaron otros.

—¡Está bien ganado!

—¡No ganó Tomás!

—¡Sí que ganó!

Y aquella algaraza tomó mayores proporciones cuando el muchacho recogió el premio, consistente en un ramo de naranjas adornado con cintas de colores.

El alcalde se vió precisado á dar grandes voces imponiendo silencio, y los guardias civiles solo consiguieron, después de largo rato, restablecer el orden entre los alborotados espectadores.

Tomás se dirigió á Celia, lleno de orgullo por su victoria, y le entregó el ramo de naranjas que la joven aceptó con la más franca alegría.

Poco después regresaron el pescador y su familia á su humilde casita. La comida fué abundante y sabrosa, y en ella reinó un completo regocijo. Celia esperó con impaciencia la caída de la tarde, á cuya hora subieron todos en el carrito y se dirigieron al pueblo.

XXII

A las diez de la noche, la Plaza Mayor de Felanix presentaba un aspecto animadísimo.

En el centro, y colocados en círculo, ocho pies derechos forrados de tela listada de rojo y amarillo, y adornados con ramaje, escudos de madera, banderolas y gallardetes cruzados, sostenían un gran toldo de lona pintada con vivos colores, formando así un amplio kiosko que servía de salón de baile, y cuyo piso estaba cuidadosamente limpio, llano y cubierto de menuda arena; y de los listones que unían los pies derechos, como también de la cubierta, pendían gran número de farolillos de colores que iluminaban profusamente aquel recinto.

Sobre un tablado construido á un lado del kiosko estaban los músicos sentados en sillas, teniendo delante sus atriles alumbrados por farolitos. Y al lado opuesto, en otro tablado más pequeño, estaba el alcalde con varias personas de las familias más principales de la población, y teniendo cerca un gaitero y un tamborilero.

Las puertas y ventanas de las casas estaban ocupadas por los inquilinos y por sus amigos, y por toda la plaza y por las calles próximas paseaban conversando con alegres voces y sonoras carcajadas una revuelta muchedumbre de payeses y payesas, niñas y chicuelos, vestidos todos con los trajes reservados para las fiestas más solemnes.

La noche era calurosa, el viento estaba inmóvil, y el cielo salpicado de estrellas y sin nubes mostraba un color obscuro por la ausencia de la luna.

En una de las calles que desembocaban á la plaza, y á unos cincuenta metros de ésta, había un gran corro de personas de ambos sexos sentadas en sillas ante la puerta de una casa de buen aspecto, y entre ellas estaban Pedro y Tomás, Catalina, Celia y Miguel, sosteniendo todos una animada conversación.

En la mirada de Celia, y en la sonrisa que dibujaban

sus labios, se leía la impresión de amor y de felicidad que embargaba su alma.

El rostro de Miguel demostraba franca alegría, pero un observador atento é inteligente hubiera notado que de cuando en cuando algunas ráfagas de impaciencia iluminaban su mirada y le hacían fruncir los labios.

Por fin se oyeron sonar la gaita y el tamboril, y se vió que los paseantes se dirigían apresuradamente á la plaza.

Entonces Miguel se despidió, y rápidamente se mezcló entre la muchedumbre.

Había llegado el momento de comenzar el encante de la reina del baile, y el alcalde, cuando cesó el toque de gaita y tamboril, anunció el principio de la puja.

Un payés ofreció diez reales.

—Van diez reales. ¿Quién da más?

—Yo doy quince;—dijo un joven.

—Vayan veinte;—exclamó otro.

—Van veinte reales... A la una...

—Dos duros.

—Tres.

—Cuatro.

—Seis.

—Van seis duros.

—Ocho.

—Van ocho duros... A la una... Ocho duros... A las dos.

—¡Veinte!—exclamó Miguel abriéndose paso á codazos para aproximarse al kiosko.

Un joven, hijo de un labrador rico, deseoso de triunfar á toda costa, gritó con energía:

—¡Cincuenta duros!

—¡Ciento!—se apresuró á gritar Miguel.

El joven, mordiéndose los labios de coraje, se retiró mezclándose entre los espectadores de aquella lucha. Su peculio no le permitía remontar la suma exorbitante ofrecida por el rico hijo de Bernardo.

—Cien duros;—dijo el alcalde,—á la una.. ¿Nadie dá más?... A las dos... A las tres... Ganó Miguel.

Este se aproximó y entregó al alcalde la cantidad ofrecida.

Al mismo tiempo le rodearon los claveros del baile con sus engalanados bastones y varios mozos con hachones encendidos, y con este acompañamiento, precedido del tamborilero y el gaitero tocando sus instrumentos, y seguido

por muchos curiosos, se dirigió al punto donde esperaba Celia.

Por todas partes se elevó un murmullo de protesta contra el hijo del Capitán Bernardo, cuyo dinero servía muchas veces para imponerse, jamás para aliviar las necesidades de los vecinos del pueblo.

Pocos minutos después regresó Miguel con el mismo acompañamiento con que había marchado, conduciendo del brazo á Celia, y seguido por Tomás, Pedro y Catalina.

Los tres últimos, como otras muchas personas, tomaron asiento en sillas colocadas al rededor del kiosko y los que no tuvieron medio de sentarse se colocaron detrás de las filas de asientos.

A una seña del alcalde, la música empezó á tocar el alegre bolero clásico del país, que fué bailado únicamente por Celia y Miguel.

Después tomaron parte en el baile cuantos mozos y mozas cabían en el espacioso kiosko.

Pasó un rato; la animación crecía por momentos; el bolero repetido una y cien veces parecía ser interminable.

Celia se quejó de cansancio, y Miguel, dejando de bailar, la condujo fuera del kiosko, y la ofreció varios dulces que la confiada joven aceptó.

Después la huérfana tenía sed, y el hijo de Bernardo, abriéndose paso por entre la gente, la sacó de la plaza bajo el pretexto de llevarla á tomar un refresco.

Celia, enardecida por el tóxico contenido en los dulces, se sentía trastornada; su sangre se inflamaba con febril ardor; jamás le había parecido tan agraciado su amante, su cabeza se trastornaba, y un delirio de pasiones ardientes, nunca por ella sentidas, embotaba su inteligencia y hacía latir precipitadamente y con enérgica fuerza su corazón. No veía el sitio donde estaba ni se daba cuenta del punto á donde iba.

Miguel veía llegado el momento que tanto deseaba y, embargado por ardientes afanes y loca alegría, conducía á su incauta víctima hácia casa de la Meca pero, al atravesar una callejuela, sintió que una mano pesada le golpeaba en el hombro izquierdo, y, al volverse, se encontró frente á su padre, cuyo cuerpo temblaba á impulsos del furor más violento.

XXIII

Temiendo Miguel que su padre se enterase de su entrevista con Celia en las carreras, regresó, con la mayor rapidez que le fué posible á su casa, y permaneció toda la tarde al lado de Bernardo.

A la entrada de la noche, pretestando que sentía un fuerte dolor de cabeza, dijo á su padre que iba á dar una vuelta por el pueblo, y salió á la calle decidido á no regresar á su casa sino después de llevar á cabo su vil intento, según el plan combinado con la Meca.

Se dirigió á casa de la vieja y la encargó que no olvidase su promesa de permanecer en constante vigilancia hasta que él se presentara con Celia, y, seguro de este detalle, recorrió el pueblo en busca de la joven, á la que encontró á la puerta de la casa donde le hemos visto hasta el momento en que comenzó el encante.

Entretanto, Bernardo, que tenía por costumbre cenar á las nueve y media, empezó á impacientarse al observar la tardanza de su hijo.

A las diez llamó á su criado José, y le mandó en busca de Miguel.

Dieron las diez y media, y, creciendo por instantes la impaciencia del viejo marino, se decidió á ir en persona en busca de su hijo. Tomó su sombrero y se dirigió á la plaza, pero, estando ya cerca de aquél sitio encontró á José que regresaba.

—Señor,—dijo el criado,—no sé donde anda el señorito, porque, aunque le he buscado entre la gente, con tanto barullo, no he podido hallarle.

—Buen modo de hacer recados!—gruñó Bernardo.—¿No te se ocurre otra cosa que danzar como un papanatas, sin preguntar á nadie?

—He preguntado á varias personas, y solo he podido saber que el señorito estuvo algunos minutos en casa de la adivinadora, y que después fué á la plaza. Allí le he buscado inútilmente y lo mismo por todo el pueblo, y tampoco he podido adquirir noticias por más que he preguntado:

—Bien, vete á casa. ¡No sirves para nada!

—Pero, señor...

—¡Silencio, mentecato! No me repliques, que no es ocasión de historias ni de controversias.

José, sin atreverse á desplegar los labios, se dirigió á casa de su amo, murmurando entre dientes:

—¡Malo va esto! ¡El viejo revienta de coraje, ó patea esta noche al señorito! Lo mejor es apartarse de este asunto y dejar que los dos se entiendan... La verdad es que ya me voy cansando del uno y del otro, y... bien pensado, merecía que me reventasen á coces por servir á semejantes amos.

Desde el momento en que José dijo que Miguel había estado en casa de la adivinadora, Bernardo comprendió que fraguaba un crimen para perder á Celia, y guiado por esta idea se dirigió á casa de la Meca, á la que encontró sentada en la calle, junto á la puerta.

La vieja, cuando le vió delante, trató de esquivar la entrevista, y levantándose quiso entrar en su habitación, pero Bernardo se interpuso deteniéndola:

—¡Vieja infame!—dijo.—¿Es así como recibes tú las visitas de los caballeros principales?

—Señor, no creí que tenía usted intención de visitarme, y me retiraba á descansar, porque ya es tarde y no tengo edad para ocuparme á estas horas de otra cosa.

—Tienes edad para ir á hacer compañía á Satanás, y vengo decidido á enviarte á los infiernos si no me contestas con verdad á lo que te voy á preguntar.

—Entre usted, señor, soy su más humilde servidora, —dijo la Meca, verdaderamente asustada por las frases amenazadoras del viejo marino, cuyo carácter terrible conocía.

Ambos entraron en la casa, y mientras la vieja encendía un quinqué, que colocó sobre una mesa, Bernardo cerró la puerta y tomó asiento en una silla.

—¡Dí, mascarón de proa corroído por los siglos! ¿Cuánto dinero te da mi hijo por que le ayudes á perder á la huérfana prohijada por Pedro el pescador?

—Señor, yo no intervengo para nada en los asuntos de D. Miguel.

—¡Mientes!

—¡Pero, yo no sé una palabra de lo que usted me pregunta!

—¡Te repito, que mientes!—dijo Bernardo con voz de trueno.

La Meca le miró asustada.

El viejo marino se levantó, y, dando un paso hácia la adivinadora la preguntó con firmeza:

—¿Qué convenio tienes hecho con mi hijo para perder á la huérfana?

—Pero, señor, si yo no tengo ningún convenio...

—¡Lo sé todo! ¡Auxiliar de Satanás! ¡Y si sigues mintiendo me obligarás á perder la paciencia y á estrangularte entre mis manos.

—¡Señor?— balbuceó la vieja atemorizada ante la mirada terrible de su interlocutor.

—Elije. Si quieres ser mi auxiliar para evitar el crimen que mi hijo trata de cometer, te entregaré el doble de la cantidad que él te tiene prometida. Pero, si te niegas te mando á los infiernos antes de diez minutos.

Y como la Meca vacilase añadió:

—Hace media hora que Miguel salió de aquí. ¿Qué tenéis convenido? ¿Cuánto te ha ofrecido?

La vieja decidida á aceptar el nuevo partido que se la ofrecía y temiendo las iras del marino, dijo:

—Bien, señor. Puesto que es preciso, le diré á usted la verdad. Su hijo de usted me ofreció sesenta duros.

—Yo te daré doble cantidad si nos entendemos á medida de mi deseo.

—Hable usted. Estoy decidida á servirle, pero le suplico que, á ser posible, no sepa D. Miguel que le hago traición.

—Espícame el plan que teneis tramado.

—Le dí el mal busí para que trastorne á la chica en el baile, después de encantarla, y los estaba esperando.

—Comprendo. ¿Cuándo deben venir?

—Creo que no tardarán.

—Está bien. No necesito más.—Y sacando una bolsa con dinero la entregó á la adivinadora y salió de la casa con el rostro contraído de ira y de satánica satisfacción mezcladas en monstruoso consorcio. Avanzó hasta la próxima bocacalle y, escondido en la obscuridad de una puerta, esperó hasta el momento en que le hemos visto detener á Miguel.

XXIV

Padre é hijo quedaron frente á frente.

Celia al reconocer á Bernardo, asustada y sin darse cuenta de lo que hacía, se separó de su amante y trató de huir, pero interponiéndose el marino la detuvo, exclamando:

—¿Dónde vas, desgraciada?

—¡Señor!...—balbuceó la infeliz sin saber qué contestar.

—¡Está muy bien!—dijo con sorna Bernardo.—¿Desde cuándo, las jóvenes, que se precian de honradas, acostumbran á pasear solas y por sitios extraviados con los libertinos?

—¡Padre!...—dijo Miguel, lleno de coraje.—¡No insulte usted á esta niña, porque eso es impropio de un caballero!

—¡Y, dí tú, miserable! ¿Es acaso propio de un hombre de honor dar drogas infames á las jóvenes, á fin de trastornarlas para arrancarles la honra?

—¡Está usted loco!

—¡Cómo! ¿Te atreves á desmentir y á injuriar á tu padre?

—¡Es que usted me insulta!

—¡Te detengo en la pendiente del crimen!—Y dirigiéndose á Celia añadió:

—Sabed, joven, que este infame, de acuerdo con la Meca, á cuya casa os conducía, os ha dado el mal busí para haceros de grado ó por fuerza su concubina.

—¡Basta!—gritó Miguel.—¡Eso es una calumnia vergonzosa!

Apenas acababa de pronunciar la última palabra, recibió un terrible bofetón.

Celia juntando las manos, en actitud suplicante, se interpuso entre los dos hombres cayendo de rodillas sin que sus labios pudiesen formular una frase.

Miguel ébrio de ira llevó las manos á sus bolsillos sacando un revólver para herir á su padre, pero éste, apartando á Celia, le cogió con vigorosa fuerza por el cuello y sacudiéndole con violencia, le dijo con voz estentórea:

—¡Suelta esa arma, villano, ó te estrangulo!—Y al mismo tiempo le apretó de tal manera que el joven sintió afluir toda la sangre de su cuerpo á la cabeza, el revólver se le escapó de entre las manos, su vista se nubló y sus piernas se doblaron, teniendo que sujetarle Bernardo para que no cayese al suelo.

A la vez, el marino cogió el revólver, y aproximándolo á la cabeza de su hijo le dijo con imperioso acento:

—¡Si hablas una palabra más, te mato, por hijo vil y desnaturalizado! Anda delante de mí. ¡A casa!

Miguel, aterrorizado por la energía de su padre, echó á andar sin atreverse á replicar, y Bernardo le acompañó,

sujetándole por el brazo derecho, y siempre amenazándole con el revólver.

Celia que había presenciado la escena horrorizada, cuando los vió marchar, dió un grito y cayó desplomada sobre el polvo de la calle.

La Meca que, escondida en el hueco de un portal próximo, observó todo lo ocurrido, sintió un momento de vacilación que la impulsaba á socorrer á la huérfana pero, temerosa de que se la inculpase por el vecindario, entró en su casa y cerró la puerta.

XXV

Entre tanto, Pedro, observando la ausencia de Celia y de Miguel, encargó á Tomás, que los buscara y que no los perdiera de vista.

Trascurrió un cuarto de hora y el muchacho volvió manifestando que por más que había buscado á los jóvenes no le había sido posible encontrarlos, y esto determinó al pescador á ir en persona en busca de la huérfana.

Recorrió la plaza inútilmente, y ya se dirigía al kiosko para ver si habían regresado, cuando un mozo le dijo:

—Patrón, si busca usted á D. Miguel, hace rato que se marchó por esa calle en compañía de Celia.

Pedro, sin contestar, tomó el camino que se le indicaba, recorrió una distancia bastante larga, y de pronto se detuvo al oír, entre las solitarias y silenciosas calles, el ruido de pasos precipitados, viendo á la vez, como una sombra, dos hombres que atravesaban por una bocacalle, y se dirigió hácia ellos impulsado por la curiosidad y la impaciencia pero, su asombro llegó al colmo cuando, al llegar al cruce de las calles oyó el ruido de una puerta que se cerraba y al volverse vió en medio del arroyo, y confusamente, por efecto de la oscuridad de la noche, un bulto, como de una persona tendida en el suelo.

Entonces echó á correr en aquella nueva dirección y á los pocos pasos tropezó con el inerte cuerpo de la huérfana; se detuvo, se arrodilló junto á la joven, y levantándole la cabeza la reconoció y le dijo con acento doloroso:

—¡Celia! ¡hija mía! ¿Qué te pasa?

Y como no contestase la levantó en sus brazos y la condujo á una casa próxima llamando á la puerta.

Trascurrió un minuto sin que nadie contestase, volvió á llamar, y después de algunos segundos de espera, dando un golpe con el pié derecho en el suelo, se dijo:

—Estoy desatinado ¿Quién me ha de responder si todos estarán en ese maldito baile? Pero, no importa, D. Vicente vive aquí cerca, y es probable que esté en su casa.

Precipitadamente se dirigió á casa del médico y, encontrando la puerta abierta, entró con Celia que parecía un cadáver.

D. Vicente, pues este era el médico, reconoció á la joven, se enteró por Pedro de que la había encontrado en medio de la calle sola y en aquel estado, y después de darle en las sienes y en las muñecas ligeras fricciones de éter sulfúrico y de haberle aplicado el frasco á las narices, esperó algunos minutos.

Por fin la joven abrió los ojos, respiró con fuerza, sollozó con angustia, y rompió en abundante llanto.

—Esto ya pasó;—dijo el médico,—pero ahora conviene que permanezca tranquila un rato.

Recomendó á su esposa que cuidase de la huérfana y salió á otra habitación acompañado por Pedro.

—Opino,—dijo al pescador,—que esta joven padece algo de intoxicación, aunque no peligrosa, producida por agentes excitantes del sistema nervioso y que, además ha recibido un susto ó un violento disgusto, que ha determinado el síncope pasajero que acaba de sufrir. ¿Tiene usted antecedentes de lo que le ha ocurrido?

—Únicamente sé, que ha bailado con D. Miguel y que, acompañada por éste, salió de la plaza: al notar su ausencia salí en su busca y la encontré cerca de aquí tendida en el suelo y en el estado en que la he traído.

—Me permito aconsejar á usted que vigile más á esta niña, y sobre todo, que no la deje un momento á solas con el hijo de Bernardo, el cual no me inspira la mejor opinión. No puedo, ni debo, aventurar conceptos, pero es evidente, que algo extraordinario ha ocurrido esta noche entre los dos jóvenes.

—Procuraré enterarme.

—Ese es su deber de usted.

—Lo sé. Y nunca me perdonaré mi inadvertencia de esta noche.

—Ahora avise usted á su mujer, y dentro de una hora se podrán trasladar á su casa, pues supongo que este accidente

no traerá complicaciones, y que la enferma podrá hacer el viaje en el carrito sin ningún peligro.

Pedró salió de casa del médico, y pocos minutos después regresó acompañado por Catalina que lloraba amargamente culpándose por haber perdido de vista á Celia, y por Tomás que, con el ceño fruncido, maldecía en su interior á Miguel no dudando que éste era el autor de todo aquel trastorno!

El pescador, prometiendo regresar al poco rato, salió nuevamente á la calle y se dirigió á casa de Bernardo.

La puerta estaba abierta y entró sin vacilar.

Un criado le detuvo en la escalera, diciéndole que Bernardo no recibía á nadie á aquellas horas.

—Pues, es preciso que á mí me reciba, aunque estuviese ya acostado y en el quinto sueño.

Y esto diciendo, siguió subiendo.

El criado trató de cerrarle el paso, pero el pescador, dándole un vigoroso empujón, le hizo rodar los escalones, y pasó adelante dirigiéndose al despacho del Capitán, llamándole con fuertes voces.

En la agitación que le había producido cuanto ocurría, y herido por los consejos del médico, que le habían sonrojado, estaba resuelto á arrostrar todos los obstáculos sin retroceder hasta conseguir una inmediata entrevista con el padre de Miguel.

XXVI

Cuando Bernardo y Miguel llegaron á su casa, se dirigieron al despacho del viejo marino, el cual cerró las puertas, guardó el revólver y después de sentarse, dijo con aparente calma á su hijo, que permanecía de pié y con el rostro contraído por el despecho.

—¡Eres un miserable canalla! Te prohibí toda relación con esa muchachilla, y me has desobedecido y, no contento con esto, has llegado á intentar herirme con un arma; á mí, que soy tu padre; y todo, porque te he impedido cometer el crimen de lanzar á la deshonra á una infortunada que no tiene otro patrimonio que la limpia opinión de sus virtudes.

—Amo á Celia. Es honrada, y se sabe que su padre era un caballero. ¿Por qué se ha de oponer usted á mis deseos?

—No eres tú quien debe pedirme cuentas. ¡Insensato! ¿Olvidas cuanto te dije al prohibirte ese amor que te desdora?

—Nunca desdora el amor que se siente por una mujer honrada.

—Siempre es criminal el que trata de prostituir á una joven virtuosa.

—Yo deseo hacerla mi esposa legalmente.

Bernardo apretó los puños con coraje, sus carrillos se ahuecaron en un movimiento de rabia pero, conteniéndose, preguntó con frase llena de ironía:

—¿Y para eso la conducías á casa de la Meca, trastornada por las drogas infernales que te proporcionó esa vieja asquerosa?

—Usted me prohíbe el amor lícito.

—Te prohibí, y te prohibo toda relación con una mujer que no puede ser tuya de ninguna manera.

—¿Por qué causa?

—Por muchísimas, pero la principal de todas consiste en la oposición de mi voluntad de padre.

—Los hijos deben ser obedientes, pero no víctimas esclavizadas por los que les dieron el sér para hacerles felices, nunca para creerse con el derecho de lanzarlos á la desesperación y á la desgracia.

—Los buenos hijos deben aceptar siempre la voluntad de sus padres, porque ésta siempre tiende al bien por desatinada que parezca. Pero, no es extraño que piense de modo distinto quien, como tú, comete la acción monstruosa de echar mano á un revólver para herir al autor de su propia existencia.

Miguel se mordió los lábios y guardó silencio. Bernardo continuó:

—Es preciso que esto termine radicalmente. En el primer correo marcharás á Barcelona, allí me esperarás, y cuando yo haya realizado mi fortuna, marcharemos los dos á Buenos Aires, donde jamás volverás á pensar en ese amor imposible.

—Pero esto es una imposición tiránica...

En este momento el diálogo de padre é hijo fué interrumpido por Pedro que cruzaba las habitaciones llamando á Bernardo. Este, conociendo por la voz al pescador, se levantó, hizo entrar á Miguel en una habitación inmediata, y abriendo otra puerta preguntó gritando:

—¿Quién me busca de modo tan intempestivo?

Pedro se presentó ante el viejo marino diciendo con humildad pero con noble firmeza:

—Señor, soy yo, perdone usted mi atrevimiento; pero asuntos gravísimos me han obligado á conducirme de este modo, porque necesito hablar á usted inmediatamente.

—¿Y si me niego á ello?

—No se negará usted, porque se trata de la honra de su hijo y de la de mi protegida Celia, y en asuntos de honor, no se niega nunca un caballero.

Bernardo ya había reflexionado, y comprendiendo que toda resistencia solo le conduciría á mayor escándalo, dijo al pescador, con aparente calma:

—Entra Pedro, y dime qué es lo que te ocurre.

Ambos entraron en el despacho, y el pescador se sentó en una silla que le indicó el marino que, á la vez, tomó asiento en la butaca del escritorio.

XXVII

—Veamos. Ya te escucho. ¿Qué es lo que te obliga á venir á mi casa á estas horas?—dijo Bernardo, con perfecta calma y acento bondadoso, aun que haciendo grandes esfuerzos para disimular su enojo.

—¡Señor! ¿Acaso ignora usted lo ocurrido esta noche entre D. Miguel y Celia?

—Por completo. Así es, que espero que tú me lo refieras.

Eran tales el aplomo y la tranquilidad con que hablaba el viejo marino, que Pedro quedó convencido de sus afirmaciones, y contestó:

—Después de haber bailado, D. Miguel y Celia, salieron del kiosco y de la plaza. Al cabo de un rato, extrañándome su ausencia, y por si les ocurría algún accidente imprevisto, fui en su busca, y después de recorrer varias calles encontré sola y tendida en medio del arroyo, privada de conocimiento y como muerta á la joven y, como no me explico la causa de su desmayo, ni lo que obligase á su prometido á abandonarla, he querido ver á usted inmediatamente para poner estos hechos en claro, por bien de todos.

—¿Y quién es el prometido de Celia?—dijo Bernardo con naturalidad.

—¿Es que usted ignora?...—exclamó el pescador con el mayor asombro.

—Ignoro que Celia estuviese prometida para casarse.

—¡Pero señor! ¿No había usted convenido con su hijo en pedirme la mano de Celia para él, mañana mismo?

—¿Yo? Tú sueñas, ó estamos locos los dos. ¡Pobre Pedro! Vete á dormir y otro día, cuando estés más despejado, me referirás tus penas y quebrantos.

—¿Es que cree usted que estoy embriagado?—dijo Pedro, cada vez más admirado.

—Solo creo que, estás desatinando de un modo incomprendible en un hombre tan honrado y tan formal como tú.

—¡Que yo estoy desatinando!... ¡Ah! ¡Ya comprendo! En ese caso, he sido víctima de un engaño y, ahora más que nunca, es preciso que nos entendamos con claridad.

—Ya te he dicho que otro día.

—¡Ha de ser ahora mismo!—dijo con firmeza el pescador.

—Siempre que termines pronto, porque es tarde y tengo más ganas de dormir que de oír asuntos que no me interesan.

—Pues, por eso precisamente, porque le interesan á usted y me interesan á mí, es preciso que me oiga usted.

—En resumen. ¿Qué es lo que quieres?

—Hace días—dijo con grave acento Pedro—que D Miguel me indicó que quería casarse con Celia, y yo le contesté, según creí que era mi deber, que no podía autorizar sus pretensiones, interin usted no me hablase oficialmente de tan grave asunto...

—En ese caso, ¿por qué has consentido que la encante y que después pasease á solas con ella?—dijo Bernardo interrumpiéndole.

—Porque hoy mismo, en las carreras, me aseguró don Miguel que lo hacía con autorización de usted, y que mañana me hablaría usted para determinar la fecha próxima en que deberían casarse.

—Te repito, que desatinas.

—Pero, ¿no tenía usted convenido esto con su hijo?

—Yo no sé una palabra de semejante asunto, y solo veo en todo esto una calaverada de mi hijo, propia de su edad. Ten más cuidado de Celia, no seas tan crédulo con los que la pretenden y no hablemos más de cosas que no tienen ni fundamentó ni importancia.

—¿Que no tiene importancia? ¡Pues qué! Después de lo ocurrido esta noche, ¿no comprende usted que mañana la honra de mi prohijada se verá puesta en tela de juicio, y que

la pobre huérfana y su hijo de usted serán pasto de los chismes y cuentos del vecindario?

—¿Te has enterado de la causa del desmayo de Celia?

—No, señor.

—Pues, pregúntalo, y quizás cambies de opinión.

—Pero de todos modos, esto necesita una reparación, y si usted se niega á ello, obligando á su hijo á cumplir sus compromisos, sabré cómo debo proceder.

—¿Me amenazas?—dijo Bernardo con altivez.

—Jamás seré juguete de una burla, aunque ésta partiese del príncipe más poderoso de la tierra;—contestó el pescador, con mayor altivez y con tal acento de firmeza que, el marino comprendió que debía seguir otro camino para terminar aquella escena, que le era por demás enojosa, y cambiando de tono dijo:

—Es preciso ver las cosas con calma. Yo interrogaré á solas á Miguel, y puesto en claro cuanto ocurre, te prometo proceder como mejor convenga, tanto en bien de mi hijo como en bien de Celia. Y, si los dos se aman, todo tendrá un buen fin.

—En ese caso, en usted confío, pero deseo saber cuándo tendré su contestación definitiva.

—Espera cinco días. Yo iré á verte, ó ven tú á verme á mí, y ten la seguridad de que procuraré que esto tenga el más feliz desenlace. Entre tanto, te pido y exijo que no hables á mi hijo; conozco su carácter, y es mejor que yo me entienda con él. No estrañéis su ausencia, pues no le permitiré ir á ver á Celia hasta que todo esté resuelto.

—Dentro de cinco días vendré á ver á usted.

—Eso es. Entre tanto cuida á la pobre huérfana, y esperad tranquilos, quizás mi hijo no se haya atrevido á hablarme de su deseo por temor á mi oposición.

—Pero, ¿usted no se opondrá?...

—¡De ningún modo! Por eso, te repito, que esto terminará bien.

—Muchas gracias, D. Bernardo. No esperaba yo menos de su nobleza de usted,—dijo Pedro levantándose y disponiéndose á salir.

El viejo marino le acompañó hasta la puerta de la escalera y le despidió con las mayores muestras de afecto, con tal naturalidad que, el honrado pescador respiró con satisfacción y lleno de confianza se dirigió á casa de D. Vicente.

Celia continuaba descansando y Catalina velaba á su

lado en compañía de la esposa del médico, el cual, en otra habitación, conversaba familiarmente con Tomás, de cosas sin importancia.

D Vicente aconsejó á Pedro que no interrogase aquella noche á Celia por las causas del síncope que había padecido, á fin de evitarla toda excitación. La enferma, ya algo repuesta, dejó el lecho donde descansaba, y Tomás marchó en busca del carrito.

Pocos minutos después se dirigían al Algar, Celia pensativa y sin atreverse á desplegar los labios, Catalina y Tomás silenciosos respetando la preocupación de la huérfana, y Pedro ocupado en guiar el carrito sin atreverse tampoco á interrumpir el silencio.

Cuando llegaron á la casita, al retirarse Celia á su alcoba, el pescador, para disipar su tristeza, la dijo con dulzura:

—Deja, hija mía tus penas, he hablado á D. Bernardo y dentro de cinco días se formalizará todo lo conveniente á tus deseos.

La huérfana le miró con fijeza y preguntó:

—¿Está usted seguro de que accede á las pretensiones de Miguel?

—¿Dudas de ello?

—No lo sé. Pero, creeré lo que usted me diga.

—Pues yo te digo, que tengas confianza, porque ya hemos hablado los dos de este asunto. Y ahora vete á dormir tranquila sin hablar más, porque así lo ha aconsejado D. Vicente, y necesitas reponerte del accidente que has sufrido.

Al poco rato todos descansaban en la casita, menos la huérfana, cuya imaginación, agitada por tantas impresiones contradictorias y sucesos extraños, la mantenía en un tenaz insomnio.

XXVIII

Después de despedir al pescador volvió Bernardo á su despacho donde encontró á Miguel que le esperaba, y al cual dijo con enfado:

—Vete á dormir, y te prohibo, en absoluto, salir para nada de esta casa, como también comunicarte, por ningún medio con Celia ni con persona alguna que pueda llevarle la menor noticia tuya.

—¡Pero esto es cruelmente tiránico!

—¡Esta es mi voluntad, y estoy resuelto á que se cumpla á toda costa!—dijo el viejo marino con tanta energía y firmeza que su hijo apretó los puños con coraje y se puso pálido de rabia pero, no se atrevió á replicar.

Después añadió Bernardo:

—A su debido tiempo te daré instrucciones, que deberán cumplirse con la mayor exactitud. ¡Vete!

Miguel bajó la cabeza y salió del despacho dirigiéndose á su dormitorio.

Bernardo se sentó en la butaca del escritorio, tocó un timbre y ordenó al criado que se presentó que le sirviese una taza de leche. Después permaneció largo rato, con los codos apoyados en la mesa, sumido en profunda meditación.

A la mañana siguiente, tan pronto como se levantó hizo llamar á su hijo y no le permitió separarse de su lado en todo el día.

Miguel trató en vano de hablar de Celia é investigar las intenciones de su padre; éste se negó, en absoluto, á abordar el asunto.

Por la noche, después de cenar, ordenó Bernardo á Miguel que, sin que ningún criado lo supiese, y con absoluto secreto preparase en una maleta lo más indispensable para marchar á Barcelona en el primer correo.

El joven que, por efecto de los obstáculos que se oponían á sus deseos, se irritaba llegando á poseerse de la idea de que amaba á Celia con delirio intenso y fuerza irresistible, contestó:

—Señor, no desearía oponerme nunca á su voluntad de usted pero, es imposible que yo resista la vida sin el amor de Celia. Suyo es todo mi corazón, y es preciso que sea mi esposa si usted no se empeña en hacerme el más desgraciado de los hombres.

¡Ira de Dios!—exclamó Bernardo, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.—¡Ya te he dicho que esa mujer es imposible para tí!

—¿Por qué causa?—balbuceó Miguel asustado y dominado por el invencible terror que le inspiraba su padre.

—No me preguntes. No puedo decírtelo. Es un misterio que no necesitas saber y que debes respetar, porque yo te lo mando.

—Me exige usted un sacrificio imposible, porque yo la adoro con toda la fuerza de que soy capaz.

—¿Y ella á tí?...

—Tengo la convicción de que me ama.

—Pues yo pondré una valla tal entre vosotros que la obligue á despreciarte, y que imposibilite para siempre tus deseos.

—¡Padre!...

—¡Silencio! Si te niegas á mi voluntad, haré mañana mismo mi testamento desposeyéndote de toda herencia.

—La ley lo impide.

—La ley no me impedirá derrochar en poco tiempo cuanto poseo á fin de legarte solamente la miseria.

—Pero...

—¡Esa es mi resolución inquebrantable!

Era tal la expresión de firmeza de Bernardo, que su hijo comprendió que lo ejecutaría exactamente, y bajó la cabeza sin atreverse á replicar.

Al siguiente día, con la mayor reserva, preparó su equipaje dispuesto á marchar á Barcelona.

A la caída de la tarde, Bernardo hizo enganchar el carretón en que acostumbraba á salir de paseo.

Después se encerró con su hijo en una habitación, y le dijo:

—Hé aquí mi voluntad. Entérate de este escrito y cópialo.

Miguel tomó el pliego que su padre le entregaba, lo leyó y exclamó con dolorosa expresión:

—¡Esto es cruel!

—Es necesario para que Celia te desprecie para siempre, que es lo que me propongo.

—¡Pero, es herirla de un modo terrible!

—Es preciso,—dijo Bernardo, y á la vez pensaba con iniquidad,—«¡Esa es precisamente la mayor satisfacción de mi odio hacia esa criatura que tanto me atormenta por culpa de la traición de Pablo, al que también odio!»—Y una sonrisa satánica frunció sus labios. Después, viendo que su hijo vacilaba, exclamó con imperioso acento:

—Copia ese escrito.

Miguel, extremadamente cobarde ante su padre, tomó un pliego de papel y extendió la copia. Bernardo la examinó, rompió el original, y dijo:

—Está bien. Ahora aprende de memoria lo que acabas de escribir.

—¿Para qué?

—Después lo sabrás. ¿Tienes preparada la maleta?

—Sí, señor;—dijo con resignación el joven.

—Hay que proceder con gran reserva. Vamos por ella. Después de diez minutos de mi partida saldrás de casa, sin que nadie sospeche que vas á buscarme. Te esperaré en el camino del puerto.

Miguel no contestó, y padre é hijo se dirigieron á la habitación de este último, Bernardo tomó la maleta y mandó á Miguel que llamase á los criados al jardín, bajo un pretexto cualquiera, para evitar que observasen lo que iba á hacer, y entre tanto sacó la maleta y la colocó en el carretón, bajo un asiento, de forma que no pudiese ser vista.

Después se dirigió al jardín donde encontró á su hijo hablando con los criados del mal estado de algunas plantas y de la necesidad de que las regasen con más esmero, y con la mayor naturalidad, dijo:

—Miguel, ya sabes que me voy á Manacor para arreglar varios asuntos, no regresaré hasta mañana á la tarde. Entre tanto te encargo que no dejes de cumplir cuanto te tengo prevenido.

—Está muy bien, padre;—contestó el joven.

—Señor,—dijo José,—me parece que vá usted á llevar mal viaje.

—¿Por qué?

—Porque está amenazando la tormenta.

—¡Bah! Eso no importa. Antes de que descargue estaré yo en Manacór.

Y sin hablar más salió á la calle, subió al carretón y fustigó al caballo que partió al trote largo.

Después de haber recorrido una milla detuvo la marcha y esperó.

El cielo se iba cubriendo de densas nubes, el viento era cada vez más violento, y el viejo marino empezaba á impacientarse cuando llegó su hijo y subió al cochecillo.

Puestos en marcha, Bernardo preguntó:

—¿Sabes ya de memoria lo que te he encargado?

—Sí, señor.

—Bien. Ahora vamos á casa de Celia. Al llegar al camino que conduce al Algar, te apeará é irás tú solo á despedirte de la joven y... escucha bien lo que vés á hacer.

—Escucho,—dijo Miguel, con resignación.

—Si, por una casualidad, que no es fácil, pero sí posible, puedes hablar á Celia á solas, la dirás de palabra lo que contiene ese papelito; palabra por palabra, sin alterar su sentido.

Si no puedes verla á solas, la hablarás de amor ocultando á todos el objeto de esta visita, y al despedirte la entregarás el papelito, sin esplicarle su contenido y encargándola que lo lea á solas. Después vendrás á unirme á mí.

—Pero... ¿qué se propone usted?

—Que te desprecie, poner entre vosotros una valla insuperable. Ya te lo he dicho antes.

—¿Y si me niego?...

—Te lanzaré á la miseria. También te lo he dicho anteriormente.

—Pero...

—¡Basta de réplicas! ¡No porffes contra mi voluntad si no quieres obligarme á perder la paciencia!

Miguel siempre cobarde ante la energía de su padre, guardó silencio.

Cuando llegaron al camino del Algar había cerrado la noche por completo, el viento se había hecho más violento y los relámpagos anunciaban la presencia de la tempestad.

Bernardo se apeó al mismo tiempo que su hijo; ató las riendas del caballo al tronco de un árbol y ambos si dirigieron á la casita de Pedro.

—¡Cómo?—dijo Miguel, con extrañeza.—¿Usted también viene?

—Sí.—Contestó con sequedad el viejo marino.—A serme posible, quiero observar lo que haces, para tener certeza de que cumples al pie de la letra mis mandatos.

Y sin hablar más palabras continuaron la marcha con bastante trabajo por darles de frente el viento, cada vez más impetuoso y huracanado.

XXIX

Aquella tarde Pedro y Tomás, que habían regresado más temprano que de costumbre de la pesca de la mañana, después de comer salieron nuevamente al mar, en el bote, armados de los aparejos y cebo conveniente para la pesca de grivias, tordos, vacas y demás pescados roqueros que tanto abundan en las costas de Mallorca.

Después de separarse de la caleta, siguieron la costa hácia el Norte, y entretenidos en su ocupación les sorprendió la entrada de la noche á gran distancia del Algar, y como el viento empezaba á hacerse recio y los negros nubarrones

anunciasen la proximidad de la tempestad, recogieron los volantines y emprendieron el regreso al Algar.

Pero, el viento, creciendo por momentos y agitando las aguas les obligó á alejarse de la costa para evitar que un golpe de mar les estrellase contra las rocas. La noche cerró por completo, el huracán rugía con furia, y envueltos en el doble torbellino de aquellos elementos irritados, tuvieron que arriar la vela, y echando mano á los remos, se vieron obligados á entablar una lucha titánica, desesperando de poder arribar al Algar. El viento y las olas arrastraban con vertiginosa furia la frágil navecilla, el agua la anegaba, y la muerte parecía cernirse sobre sus cabezas.

Entre tanto Catalina y Celia, desde la puerta de su casita investigaban con afán la inmensidad del mar anhelando descubrir la frágil embarcación de sus queridos pescadores.

—Nunca han tardado tanto en volver;—decía con inquietud la esposa del pescador.

—Por eso mismo, ya no tardarán;—contestó la huérfana tratando de tranquilizarla.

—Es que amenaza la tempestad, y no se vé ninguna vela en el mar.

—Como es casi de noche, no se vé, pero no deben de estar muy lejos. Tal vez, por temor al tiempo, habrán recogido la vela y vendrán remando.

—Éstoy muy intranquila. ¡Mira como arrecia el viento!

—No tenga usted ese temor. Son marineros acostumbrados á luchar con la borrasca.

—Los mejores marineros son juguete de las tempestades.

Ambas mujeres permanecieron algunos minutos silenciosas y agobiadas bajo la presión de tristes presentimientos.

Después, Catalina encargó á la huérfana que observase el mar para avisarla en cuanto viese el bote, y entró en la casa para preparar la cena.

Celia se aproximó á la playa y observó con afán la inmensidad del mar, como si con su mirada quisiese atraer á aquellos seres queridos cuyo peligro la tenía aterrada, pero la noche se cerró por completo envolviendo el espacio en densas tinieblas sin que consiguiese descubrir lo que deseaba. Entonces se sentó sobre una roca y elevando su alma á la Santísima Madre del Redentor, Consuelo de los afligidos, rezó fervorosamente por sus amados protectores.

Varios relámpagos iluminaron el espacio, aumentando la inquietud de la huérfana.

De pronto se estremeció y se levantó asustada para dirigirse á la casita. Había visto á su lado la silueta de un hombre.

Era Miguel, que deteniéndola exclamó:

—¿Dónde vás, Celia? ¿No me conoces? Soy Miguel.

—¡Tú! ¡Aquí, á estas horas y con este tiempo?

—Vengo á despedirme.

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Vienes á despedirme? ¡No te comprendo!

—Sí. Vengo á despedirme. Mi padre se empeña en casarme contigo y... la verdad es que yo no pienso, por ahora, en eso.

—¡Qué no piensas en eso?... ¿Qué dices, Miguel!—dijo la huérfana con acento de sorpresa y de terrible dolor.

—No te exaltes. Ha llegado el momento de hablar claro. Yo te hice el amor en un momento de locura, pero nunca pensé en casarme contigo y .. por eso... es preciso que termine. Mañana emprenderé un largo viaje, y ni mi padre volverá á saber de mí, ni tú tampoco... por lo menos durante algunos años.

—¡Ah! ¿Qué dices, Miguel?—exclamó la joven con angustiosa voz —Yo sueño... Tú no puedes decir eso... ¡No!... ¡Eso es una broma horrible!... ¡Dime que es una broma!

Miguel, verdaderamente conmovido pero dominado por el invencible terror que le inspiraba su padre, guardó silencio.

—¿No me contestas?—dijo la joven con mayor angustia.—Por piedad, Miguel, dime que no es verdad lo que acabas de decir... ¡¡No seas tan cruel!!

Miguel vacilaba, pero en aquel momento, á la luz de un relámpago vió á su padre que, detrás de Celia y asomándose por entre las inmediatas rocas, le amenazaba con un violento ademán. Parecía el espíritu del mal gozándose en el martirio de sus víctimas.

Miguel se estremeció, su cobardía pudo más que otro sentimiento, y dijo con ronco acento:

—Lo que acabo de decirte, Celia, es la verdad. Ya no volverás á verme.

La pobre huérfana rompió á llorar amargamente, y con desesperación exclamó:

—¡No!... ¡No es posible eso!... ¡¡Yo no puedo creerlo!!

—Mañana á la noche, estaré muy lejos de tí.

—¡Pero, mi honor... ¡No, tú no puedes, ni debes, abandonar-me así!

—Nadie sabe lo ocurrido entre nosotros.

—¡Lo sabes tú, y lo sé yo!

—Olvídalo.

—¡Eres un miserable!

—Echa un velo á lo pasado. Yo me llevo el secreto. Lo mejor es que los dos lo olvidemos.

—¡Yo deliro!... ¡Tú, no eres Miguel! ¡No es posible que aquel Miguel, á quien yo amaba, sea tan cínico, y tan infame!

—Olvídame, aun puedes ser feliz con otros amores.

—¡Cómo! ¡Crées que yo, la mujer burlada por tu brutal engaño, pueda amar á otro!.. ¡No comprendes que la voz de mi conciencia me recriminará siempre por haberme dejado deshonar tan villanamente... ¡Ah! ¡Yo jamás volveré á amar á ningún hombre!

—Puedes hacer lo que quieras; —dijo Miguel y se separó de Celia dirigiéndose hácia las inmediatas rocas.

—¡Escucha! —dijo la joven con acento desgarrador.

Miguel se detuvo emocionado, é iba á volver al lado de la joven, cuando se sintió cogido por un brazo. Su padre le arrastró con fuerza hercúlea por entre las rocas.

Celia gritó con desesperación:

—¡Escucha!... ¡Miguel... amado mío!... ¡Por piedad! —Y dió algunos pasos con los brazos extendidos, como queriendo detener á su amante, pero solo obtuvo por contestación una hueca, sonora y burlesca carcajada. Entonces sus piernas se doblaron y cayendo de rodillas rompió en abundante y desesperado llanto.

XXX

Durante algunos minutos permaneció la huérfana anegada en llanto y anonadada. Después se levantó como movida por un resorte, enjugó sus lágrimas y, presa de una gran agitación nerviosa, exclamó con acento enérgico, como si necesitase hablarse á sí misma para dominar su dolor:

—¡Es verdad cuanto ha dicho Miguel!... ¡Es preciso olvidarle para siempre!... ¡Un mónstruo de infamia como él no puede reinar en mi corazón!.. ¡Ha dicho que puedo ser feliz con otros amores!... ¡Ah! ¡Sí! ¡Tiene razón! Pero, como estoy

envilecida y deshonrada por su infamia, ya no puedo ser de otro, ni es posible que en mi pecho vuelva á encenderse esta inexplicable pasión que se llama amor... amor mundano... amor de los sentidos... amor engendrado por la pasión de la carne... por el impulso impuro de la concupiscencia... ¡amor funesto que jamás volveré á sentir!...

Y al mismo tiempo la pobre joven se mesaba los cabellos con desesperación. Guardó silencio algunos momentos, y después, elevando al cielo una inefable mirada, á la vez que se desprendían de sus hermosos ojos purísimas lágrimas que rodaban por sus mejillas, continuó dirigiendo sus palabras al Dios de las bondades:

—Preciso es buscar otros amores en un Sér superior en el que no existe la doblez ni la infamia de los hombres; y ese Sér todo dulzura, modelo de fidelidad, todo amor puro y santo, no existe en este mundo, valle de lágrimas en que vivimos desterrados; ese amante que no engaña ni puede engafiarse, solo existe en el cielo.

Y continuó en un trasporte de angélica pasión:

—¡De hoy en lo sucesivo mi único amante y esposo serás Tú, mi Dios! ¡Jesús bendito! ¡Solo en Tí existe el verdadero amor, y para Tí solamente quiero que se inflame en mi pecho todo el amor que atesorado siento en mi corazón! ¡Desde este momento solo seré tu esposa, Jesús amantísimo, y á Tí, Dios mío, consagraré todos los instantes de mi vida... y, al ofrecerme á Tí, Dios de amor y de misericordia solo te pido, como gracia especial, que perdones mis locos devaneos, mi deshonra y mis pecados, llenando mi alma de tu gracia divina para que, alzándome sobre mi débil naturaleza, sea en lo sucesivo digna de Tí, y que concedas paz y felicidad á mis únicos amigos y protectores, Catalina, Pedro y Tomás.

En aquel momento el trueno retumbó en los aires.

Celia avanzó algunos pasos hácia el mar y examinó las agitadas olas á la luz de los relámpagos que se sucedían con rapidéz, y exclamó con angustiada voz:

—¡Dios mío, el trueno resuena, el viento arrecia, y ni una vela se vé en la inmensidad del mar!

Después cayendo de rodillas, continuó:

—¡Dios bueno, cuya divina misericordia es inagotable, salvad á los pobres pescadores! ¡Vea yo llegar ilesos á Pedro y á Tomás y, en cambio os ofrezco la expiación de mis culpas en la soledad del claustro, y serán vuestros todos los momentos de mi vida, todos los latidos de mi corazón!

Y, como si el Todopoderoso contestase aceptando las promesas de la huérfana, en aquel instante brilló un intenso relámpago á cuya luz rojiza vió Celia, sobre una enorme ola y junto á la playa, el bote en que iban arrastrados los dos hombres por quienes acababa de rogar.

Entonces se levantó é impulsada por una ansiedad indescriptible corrió hácia la playa, brilló otro relámpago, y vió que el bote estaba encallado sobre la arena y que Pedro y Tomás se dirigían ya hácia la casita.

—¡Gracias!—dijo con inefable acento,—¡Dios de bondad, me habeis oído, y cumpliré los votos que os he hecho!

En aquel momento un formidable trueno hizo retemblar el cielo, la tierra y el mar, y, á su horrísomo fragor, salió Catalina, de la casita, despavorida y gritando:

—¡Celia, hija mía, están perdidos!

—¡No!—contestó la joven.—¡Están salvados!

—¿Cómo?

—¡Vedlos! Ya están aquí.

Brillaron varios relámpagos á cuya luz se precipitaron unos hacia los otros nuestros cuatro personajes, confundíendose en un mismo abrazo.

Tomás, con acento alegre y emocionado, dijo:

—¡Cuando ya nos creíamos perdidos, sin saber cómo, una enorme ola nos ha lanzado sobre la playa, y, encallando el bote en la arena, nos hemos encontrado junto á nuestra misma casa! ¡Esto es un milagro!

Pedro exclamó con grave acento:

—¡Un ángel protector nos ha salvado!

XXXI

Pocos momentos después, el buen Pedro, Catalina, Celia y Tomás entraron en la casita, y sin hablar una palabra, impulsados por un mismo sentimiento, se arrodillaron los cuatro á la vez ante la imagen de la Purísima elevando al cielo una ferviente oración en acción de gracias.

En todos los rostros brillaba una expresión de alegría y de agradecimiento al dirigir sus miradas á la Santísima madre de Dios.

Terminada la oración, Celia contó á sus protectores, con acento firme y resuelto, cuanto le había ocurrido con Miguel, sin ocultar la infamia de que se había valido aquel miserable.

para deshonrarla. Después refirió cuanto le había dicho el malvado aquella noche, su brutal despedida y la ultrajante y vil carcajada con que puso fin á su entrevista, y por último refirió las promesas que acababa de hacer de entrar en un convento si Dios le concedía, como había sucedido, que se salvaran Pedro y Tomás del peligro en que se habían encontrado, y añadió que, estaba resuelta á cumplir inmediatamente aquella promesa, y que les suplicaba su auxilio y protección para ponerla en ejecución cuanto antes.

Todos la escucharon sin interrumpirla en su doloroso relato, Pedro frunciendo el ceño, Tomás retorciéndose las manos de rabia y jurando en su interior tomar venganza de Miguel tan pronto como se le ofreciese ocasión, aunque para ello tuviese que perder la vida, y Catalina llorando en silencio.

Cuando Celia dejó de hablar, Pedro se levantó silenciosamente y se dispuso á salir de la casa.

—¿A dónde vas?—le preguntó Catalina.

—Al pueblo.

—Pero, ¿no ves que continúa la tormenta y que llueve de un modo espantoso?

—Aunque se desplomen las nubes y se caiga el cielo entero, es preciso que vaya ahora mismo al pueblo. Me lo exige mi conciencia.

—Espera un poco hasta que calme la lluvia.

—No debo perder un momento.

—Pero, ¿qué vas á hacer?

—Ver á D. Bernardo, detener la marcha de Miguel y, ya que no pueda obligarle á cumplir como debe, tomar de él la venganza que sea posible.

—¡Ah! ¡No! ¡Ese infame no puede ser ya mi esposo! ¡Le desprecio!—dijo Celia con íntima convicción.

—Pero es forzoso que pague su infamia.

—¡Yo le perdono! Además su mejor castigo es el desprecio—añadió la huérfana.

—No importa,—dijo Pedro con firmeza.—Es preciso que su padre sepa cuanto antes lo que ocurre.

—Yo le suplico á usted que le deje marchar en paz.

—Mañana podrás ver á D. Bernardo,—observó Catalina.

—Es inútil que tratéis de detenerme, repito que es necesario que D. Bernardo sepa esta misma noche, lo que ocurre, para que proceda con su hijo según le parezca oportuno. Mañana sería tarde para detener á Miguel y

su padre me culparía, con razón, por no haberle avisado á tiempo.

Esta observación puso fin á la conversación. Tomás indicó su deseo de acompañar á su padre, pero éste se negó. Enseguida enganchó el mulo al carrito y, aguantando la recia lluvia, se dirigió al pueblo, con la mayor rapidez que le fué posible.

Ya eran más de las diez y media de la noche cuando Pedro llegó á casa de Bernardo, saltó del carrito al suelo y llamó á la cerrada puerta.

Una voz dijo desde dentro:

—Esperad un momento, D. Miguel. Ya voy.

Casi al mismo tiempo se abrió la puerta y se presentó ante el pescador el criado José, el cual al reconocerle le preguntó:

—¿Cómo á estas horas, patrón?

—Avisa á D. Bernardo. Tengo que verle al momento.

—Difícil es, porque no está en casa ni en el pueblo.

—¿Dónde está?

—Esta tarde se fué á Manacor, y volverá mañana, según nos dijo.

—¿Y D. Miguel?

—Salió de paseo poco después de irse su padre y no ha vuelto; pero como no ha cenado no debe tardar, á menos que esté en el casino...

—Voy á buscarle.

Enseguida Pedro saltó al carrito y se dirigió al casino, donde le dijeron que Miguel no estaba ni le habían visto en todo el día.

—¡Soy un torpe!—pensó el pescador.—A las ocho de la mañana sale el correo para Barcelona y, es lo natural que ese miserable se haya marchado á la ciudad desde el Algar. Si voy á Manacor para avisar á D. Bernardo, será imposible detenerle... lo mejor es que ahora mismo me dirija á Palma, y, sea como sea, que yo mismo le detenga... largo es el camino pero, tal vez pueda llegar á tiempo todavía.

Y así discurrendo emprendió la marcha hácia la Capital de la Isla, forzando al macho para obligarle á caminar con la mayor velocidad posible, aun á trueque de reventarle.

XXXII

Cuando Miguel se separó de Celia después de haber cumplido tan cobarde y villanamente las inícuas órdenes de su padre, éste, cogiéndole por un brazo, puso brutal término á aquella infame escena con la incalificable y perversa carcajada que la desdichada huérfana atribuyó á su amante.

Enseguida se deslizó por entre las rocas, llevando siempre cogido por un brazo á Miguel, y ambos llegaron así al sitio en que habían dejado el carretón, en el cual montaron, y partieron al trote largo del brioso caballo, sin cruzarse ni una palabra entre el padre y el hijo.

Bernardo se sentía gozoso por el martirio que había hecho padecer á la infeliz huérfana. ¡Tal era la perfidia de su alma!

Además estaba satisfecho, por completo, por parecerle que había puesto la valla insuperable que deseaba entre los dos jóvenes, y á-la vez sentía el más hondo desprecio hacía su hijo cuya cobarde sumisión se le hacía, por todo extremo repulsiva.

Miguel iba abatido y avergonzado de sí mismo. Se sentía sin fuerzas para resistir á su padre, y al mismo tiempo se reprendía interiormente por su vil cobardía. Le parecía que una fuerza irresistible le atraía hacía la huérfana, y su padre, que se colocaba entre ellos como un abismo que los separaba, se le hacía odioso; y, envuelto en mil confusos pensamientos, no se daba cuenta de lo que le sucedía ni de lo que le esperaba, sin que fuesen suficientes para sacarle de su abstracción la tormenta que por momentos arreciaba, ni la lluvia que, primero en gruesas gotas y después copiosa y abundante, calaba sus ropas, ni el incesante y ronco trueno que parecía la voz del Dios de las venganzas fulminando una sentencia terrible contra los hombres que, olvidados de su justicia ineludible, se entregan al crimen empujados por la ambición ó por el vicio, por la cobardía ó por el desorden de las pasiones, buscando en el excepticismo el silencio de sus conciencias, ó en las teorías del antiquísimo, aunque llamado moderno materialismo, la justificación de sus actos.

Marchando así preocupados y silenciosos pasaron por Felanix rodeando el pueblo para evitar encuentros con personas de la población.

A las doce de la noche llegaron á Porreras y, dejando la carretera principal, siguieron su marcha por el camino carretero que conduce á la carretera de Montuiri á Algaida.

Cuando llegaron á esta última población eran las dos de la madrugada, la tormenta había desaparecido, el tiempo se mostraba sereno y bonancible, y solamente algunas nubes ocultaban á trozos la bóveda celeste salpicada de brillantes estrellas.

Bernardo, antes de entrar en el pueblo, ordenó á su hijo que se apease del carretón y que, rodeando por las afueras, para no ser visto, le esperase en la carretera que conduce á Palma; y luego se dirigió al parador y cambió su caballo, que ya estaba completamente cansado, por otro de alquiler de medianas condiciones, aunque elegido como el mejor entre todos los que había disponibles. Después se dirigió al punto en que le esperaba Miguel, y ambos continuaron su marcha á la Capital con menos velocidad de la que deseaba el viejo marino, aunque con toda la que permitía el caballo alquilado.

El día amaneció dorado y sonriente, el Sol derramó sus vivificantes rayos por la frondosa campiña y los pintados pajarillos entonaron mil cánticos de alegría en dulces y armoniosos trinos.

A las siete de la mañana, Bernardo y su hijo se detenían ante los hostales situados junto la puerta de San Antonio, una de las principales de Palma.

Allí dejaron el carretón; ordenando que se cuidase al caballo hasta que volviesen á recogerlo, tomaron un ligero refrigerio, y después alquilaron un coche de punto, especie de tartana conocida en el país con el nombre de carril, con el que se dirigieron al puerto, al cual llegaron en el momento en que el vapor correo de Barcelona se preparaba á marchar por ser la hora de su salida.

Bernardo, sin apearse del coche, entregó á su hijo una gruesa cantidad en billetes de banco, y le despidió encargándole que tomase el billete de pasaje en el mismo buque, y repitiéndole que, caalquier intento que ejecutase para ponerse nuevamente en comunicación con Celia, sería la causa segura de su ruína.

Miguel guardó los billetes, se apeó del carruaje, y tomando su maleta, se despidió de su padre y se dirigió al vapor.

Bernardo le vió entrar en el barco y vió retirar la plancha, pero no dejó de observar hasta que la nave se puso en

marcha y saliendo del puerto se lanzó al mar algo recio aun por la marejada de fondo que había dejado la pasado tormenta.

Después el viejo marino se hizo conducir á una fonda y allí despidió el coche, almorzó y se acostó, permaneciendo dormido hasta las cuatro de la tarde con la mayor tranquilidad imaginable, cual si su conciencia no tuviera nada de que acusarle.

Cuando despertó se vistió sus ropas, aun lijeramente húmedas por el aguacero de la pasada noche, y después de comer pagó la cuenta y se dirigió á pié á los hostales de la puerta de San Antonio.

Poco después marchaba en su carretón por la carretera de Manacor.

A las once de la noche llegó á Algaida, y aunque su deseo hubiese sido continuar sin interrupción su viaje, se sentía tan fatigado y el dolor del estómago le mortificaba de tal modo que le fué forzoso permanecer en el parador hasta las primeras horas de la madrugada, pero apenas el Sol iluminó los campos con sus dorados rayos, montó en su carretón y emprendió de nuevo su marcha por Montuiri y Villafranca á Manacor, donde llegó á media tarde.

El resto del día lo empleó en hacer varias compras, y á la entrada de la noche emprendió su viaje de regreso á Felanix.

XXXIII

Cuando Pedro salió de su casa con dirección á Felanix, Catalina, Celia y Tomás elevaron una sentida oración á la Santísima Virgen María para que acudiese en su socorro en aquellas extraordinarias circunstancias.

Después esperaron con impaciencia el regreso del pescador, pero las horas se deslizaban con terrible lentitud y las pobres mujeres lloraban en silencio, en tanto que Tomás, con los labios fruncidos y el ceño arrugado, apretaba los puños con coraje, jurando vengarse de Miguel.

Así transcurrió la noche y pasaron las primeras horas de la mañana, aumentando la ansiedad de aquella honrada familia, cuya virtuosa sencillez era juguete de la infamia.

Catalina indicó su temor de que le hubiese ocurrido alguna desgracia á Pedro, cuya tardanza no se explicaba.

Entonces Tomás, después de tomar un ligero desayuno, marchó al pueblo en busca de su padre, pero regresó á la caída de la tarde manifestando que, lo único que había podido averiguar era, según le habían dicho los criados de Bernardo, que á las diez y media de la noche había estado allí su padre preguntando por el marino y por Miguel, los cuales no estaban en el pueblo; el primero porque el día anterior había marchado á Manacor, y el segundo porque había desaparecido y se ignoraba su paradero; de todo lo que deducía, que Pedro debía estar en Manacor con Bernardo, y que esta era la causa indudable de su tardanza.

Esta consideración calmó un poco la impaciencia de las pobres mujeres, y por fin, á la entrada de la noche, llegó Pedro con su carrito, siendo recibido con la expectación más extremada.

El honrado pescador encargó á Tomás que desenganchase el mulo y sentándose en una silla, como hombre fatigado, exclamó con despecho:

—Solo he corrido en balde, sin haber conseguido otra cosa que teneros en impaciente espera pero, al fin, he procurado cumplir según me aconsejaba mi conciencia.

—¿No has visto á D. Bernardo?—preguntó Catalina.

—No le he visto, porque está en Manacor.

—Entonces, ¿dónde has estado? Nosotros creíamos que habías ido en su busca.

—Lo consideré inútil, porque hubiera sido perder tiempo que importaba utilizar para alcanzar á Miguel antes de que pudiese tomar el vapor correo de Barcelona. Por eso, en cuanto supe que D. Bernardo estaba en Manacor y que Miguel no estaba en Felanix, emprendí la marcha á Palma pero, el macho anda despacio, y cuando llegué á Llummayor eran cerca de las tres de la madrugada; fui al parador y pregunté si había pasado por allí Miguel, nadie le había visto, pero esto no me hizo vacilar en mi idea de que había marchado á Palma á fin de embarcar para Barcelona. En su consecuencia, dejé el macho y alquilé un caballejo, el mejor que pude encontrar, y seguí mi camino; pero el animalejo, que empezó por correr bastante, al poco rato tomó un paso corto y lento, del que no pude sacarle por más que hice; de este modo, desesperé de llegar á tiempo, y en efecto, cuando me encontraba cerca del Coll d'en Rabasa, vi el correo de Barcelona que, saliendo del puerto, marchaba por la bahía en dirección al cabo de Cala Figuera. Todo se había perdido, y

mi viaje era ya inútil, porque ese miserable Miguel se encontraba navegando, y fuera, por consiguiente, de mi alcance.

Y el buen Pedro calló algunos instantes como ahogado por el coraje que contraía todos los músculos de su rostro. Después continuó:

—Entonces dí la vuelta para regresar y, por fin, al pasar por Felanix he preguntado, y me han dicho que todavía no ha vuelto el Capitán y, como era de esperar, que tampoco saben donde pueda estar Miguel.

—Y si se avisase enseguida á D. Bernardo, ¿no sería posible que pusiese un telegrama para que detengan á su hijo cuando llegue el vapor á Barcelona?—preguntó Catalina.

—Sería inútil, porque el servicio de telégrafos en Manacor es limitado, y cuando yo hubiese llegado ya no hubiera sido posible telegrafiar hasta las ocho de la mañana y, como el correo llega al puerto antes de esa hora, nada se podría conseguir, así es que, he preferido venir aquí para calmar vuestra impaciencia por mi tardanza. Nada se puede conseguir ya para detener el viaje de Miguel, y por lo tanto es inútil correr para dar la noticia á su padre. ¡Bastante disgusto tendrá cuando regrese á su casa! Creo que lo mejor es esperar su vuelta y... ahora temo darle la noticia que anoche hubiera querido comunicarle para evitar el daño, porque éste está ya hecho, y el pobre padre delicado de salud, como se encuentra, va á sufrir de un modo horroroso.

—¡Pobre señor!—exclamó la noble Catalina, acompañando á su esposo en aquel sentimiento que les causaba profunda pena. En sus sencillas imaginaciones no cabía la sospecha de las infamias del pérfido Bernardo.

XXXIV

Al día siguiente Pedro regresó de la pesca de la mañana algo más temprano que de costumbre, y después de comer, emprendió en su carrito la marcha al pueblo, instigado por el deseo de saber si había regresado Bernardo, y formando el propósito, en su noble alma, de contribuir, si le era posible, á calmar el terrible disgusto que, según su parecer, había de experimentar al tener noticia de la desaparición de su hijo.

Pero, cuando se presentó en casa del viejo marino supo por los criados que éste no había regresado aun de Manacor,

y que no tenían noticia de él; por lo que regresó al Algar resignado á esperar con paciencia hasta otro día.

Entre tanto, Bernardo recorría con su carretón la carretera de Manacor á Felanix.

A las ocho de la noche llegó el viejo marino á su casa, y al apearse del carruaje entregó á sus criados varias cajas de cartón donde traía efectos comprados aquella misma tarde en Manacor, encargándoles que, con el mayor cuidado lo colocasen todo en su despacho.

Después preguntó con perfecta naturalidad por Miguel, y al ver que los criados titubeaban como si no supiesen que contestarle, exclamó fingiendo asombro:

—¡Estáis tontos, ó pasa algo extraordinario? Avisad enseguida al señorito que le espero en mi despacho.

—El caso es, que no está en casa;—balbuceó José.

—Vete al casino, probablemente estará allí, y dile que venga enseguida.

—Pero...

—¿Pero, qué?

—Que no está en el pueblo.

—¿Cómo?

—No lo sé, señor.

—Explicate.

—Es el caso, que el día que se fué usted á Manacor, al poco rato de salir usted de casa, se fué el señorito... y no ha vuelto; le hemos buscado por todo el pueblo y nadie le ha vista tampoco desde entonces.

—¿Y por qué no fuisteis tú ó Antonio á avisarme á Manacor de lo que ocurría?

—Creíamos que usted sabría donde estaba el señorito.

—Sois unos mentecatos... ¿Habéis averiguado si está en el Algar?

—No está allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha venido varias veces Pedro preguntando por usted y por D. Miguel.

—¡Está bien!...—exclamó Bernardo con tono de enfado, y se dirigió á su despacho, pero apenas entró gritó con voz de trueno:

—¡José! ¡Antonio! ¡Mil truenos y dos mil rayos! ¡Os voy á estrangular!

A los gritos del viejo se presentaron ambos criados asustados ante su señor, el cual preguntó con aire de extremada cólera:

—¿Quién ha andado aquí? ¡Bribones!
 —¡Señor! ..—balbuceó José.
 —¡Silencio! ¡Tunantes! ¡Este cajón está descerrajado y faltan de él mil duros en billetes!—y señalaba uno de los cajones del bufete.
 —¿Sospecha usted de nosotros? —dijo con aire de dignidad el criado.

Bernardo aparentó reflexionar algunos momentos y luego dijo con tono de convicción:

—No, vosotros siempre habéis sido honrados. Esto es cosa de Miguel... pero ¿con qué objeto se ha ausentado y cometido esta vil acción?—y empezó á pasear con aire reflexivo y colérico. Después, como si le hubiese asaltado una idea, dijo:

—Tú, José, ahora mismo, engancha el carretón con el tordillo, que está descansado, y vete enseguida al Algar y dile á Pedro que le suplico que venga inmediatamente. Tú mismo le traes en el coche.

—Está bien—dijo José, y ambos criados salieron del despacho.

El viejo, en cuanto se quedó solo, dejó á sus labios dibujar una sonrisa de satisfacción, y se sentó pensando que no iba mal el principio de su comedia.

XXXV

Acababa de sonar la última campanada de las diez de la noche en el viejo reloj de pesas que adornaba uno de los testers de la habitación principal de la casa del buen Pedro, y éste como toda su familia estaban entregados al descanso, excepto la infeliz Celia que lloraba dolorosamente en silencio sus desgracias, cuando fueron despertados por varios y violentos golpes dados en la puerta de la casita.

—¡Quién es?—preguntó el pescador desde su lecho.

—Abra usted, patrón. Soy yó, un criado de D. Bernardo y de usted,—contestó José.

Pedro saltó del lecho y, después de vestirse precipitadamente, abrió la puerta preguntando.

—¡Qué ocurre, José?

—Pues, que el señor ha venido de Manacor y me ha mandado que venga á buscarle á usted, porque tiene que hablarle enseguida.

—Pues vamos ahora mismo,—contestó el pescador, y

después de decir á su esposa lo que ocurría, tomó su gorro colorado y montó en el carretón con José, emprendiendo ambos la marcha á la población, en tanto que Catalina, Celia y Tomás quedaban desvelados y deseosos de saber el resultado de aquella entrevista entre el marino y el patrón de pesca.

Poco después de las once de la noche entraba Pedro en el despacho de Bernardo, el cual le recibió con estremada cortesía y deferencia aparentando hondo pesar y profunda contrariedad, y después de los primeros saludos, y de indicar una silla al patrón para que se sentase, le dijo:

—Mucho siento haberte molestado á hora tan intempestiva, pero como soy viejo y estoy enfermo, he venido muy cansado de mi viaje á Monacor, y me era materialmente imposible ir al Algar, antes de descansar algunas horas, por eso, y por tratarse al parecer de un asunto grave, no he titubeado en hacerte venir sin pérdida de tiempo.

—Siempre estoy á las órdenes de usted.

—¿Sabes, acaso, de mi hijo?

Únicamente sé, que anteayer, á la entrada de la noche, estaba su hijo de usted en el Algar, en ocasión en que yo estaba ausente; que encontró sola á Celia y, villanamente se despidió de ella diciéndola que usted quería obligarle á casarse y que él nunca había pensado en semejante cosa, por lo que iba á emprender un largo viaje y que, en mucho tiempo ni ella ni usted sabrían su paradero.

—¡Eso es inaudito!—exclamó con arrebatada y bien fingida cólera el viejo marino, y añadió:

—¡Mi hijo es un canalla! ¡Ya lo comprendo todo! por eso me ha robado y ha desaparecido aprovechando mi ausencia! ¡Pobre huérfana!... ¡Miguel no es mi hijo!... ¡Nó!... ¡No es posible que yo haya engendrado semejante monstruo de infamia! Y escondió la cabeza entre sus manos como hombre anonadado y avergonzado de sí mismo.

Estaba tan bien representada aquella vil comedia, que Pedro se sintió conmovido y con acento de afectuoso consejo, exclamó:

—Tranquílcese usted, señor, ¡qué le hemos de hacer! Quizás es mejor que se haya ausentado rompiendo de este modo, que si hubiese cedido á las circunstancias casándose para después haber sido un mal esposo.

—Pero... ¿Y el honor de esa pobre niña quién le puede reparar?... ¡Ah! ¡Esto es para volverse loco!

—¡Dios lo reparará todo, porque Él es todo misericordioso y nunca abandona á los buenos!

—¡Dios?... Pero .. ¿Cómo Dios vá á reparar?...

—Si, señor, porque Celia, que ya no puede ser esposa de D. Miguel á quien amaba, está resuelta á desposarse con Nuestro Señor Jesucristo, esposo celestial que siempre acoje con amor á quien le busca; y tras de la puerta del convento todo lo truncado por el vendaval del mundo se recompone y se convierte en gloria y en honor. Dentro de un mes estará Celia acogida en la mansión de su Celestial Esposo.

Fué tal la alegría que esta noticia produjo al infame viejo que tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no estropear su infame farsa, y con muestras de fingido dolor, contestó:

—¡Pero, esto es horrible! ¿Es decir que esa pobre niña, flor apenas abierta al sol de la vida, va á marchitarse, sin luz y sin aire, en la oscuridad de un cláustro? ¡Y todo por la vileza de ese libertino que se llama mi hijo, y á quien maldigo!

—¡Eso, nó!—dijo conmovido el buen Pedro.—Nunca deben los padres maldecir á sus hijos, porque son pedazos de su mismo ser!

—Repito que ese mónstruo, no puede ser mi hijo. ¡Ese es un aborto de la naturaleza, ó un engendro del infierno!

—¡Por Dios, D. Bernardo, cálmese usted. No diga usted eso!

—¡Cómo no maldecir á un criminal de tan baja especie! ¿Es decir que, aun puedo perdonar al villano que me acaba de robar; al que ha lanzado la deshonra y la desgracia sobre una inocente y virtuosa joven espejo de todas las bellezas y símbolo de todas las virtudes?... ¡Ah! ¡Es preciso buscarle!... ¡Necesito desahogar sobre esa vil criatura todo mi justo enojo!—Y levantándose, empezó á pasear de un extremo á otro del despacho, como hombre á quien la cólera y el despecho lanzan al último grado de exaltación.

Pedro le miraba compasivamente y sin atreverse á desplegar los labios. ¡Tan bien fingida era la farsa por aquel hipócrita!

De pronto se paró el Capitán ante el pescador y señalando las cajas que estaban colocadas sobre algunas sillas, le dijo:

—Y en tanto que ese bribón se burlaba de su padre y lanzaba á la desesperación á esa inocente y virtuosa niña, yo

compraba en Manacor lo necesario para sus atavíos de novia. ¡Pobre huérfana! Mira, en estas cajas viene todo lo necesario para su equipo de boda y traje de desposada; llévate los y dile que lo acepte como prueba de mi cariño... aunque solo hoy le sirva de luto lo que yo esperaba que le sirviese de traje de alegría... A la vez, dile que yo la vengaré de su infame seductor.

—Señor, Celia ya no necesita estos regalos, ni para nada pueden servirle puesto que vá á entrar en un convento.

—¡Es verdad! Déjalos. Dile en cambio, que yo, el orgulloso Bernardo, me humillo ante su angelical virtud para pedirle, rendidamente, que me encomiende á Dios en sus oraciones, y le suplique que me ayude á tomar venganza de las injurias que le ha hecho Miguel.

—Pero, señor, Dios prohíbe las venganzas mundanales, y nos manda perdonar y amar á los que nos ultrajan y ofenden; y Celia no podrá abogar por la venganza, la cual corresponde solo á Dios, de cuya terrible justicia nada se escapa, apesar de su sublime é inefable misericordia.

—Con todo, no escapará tampoco Miguel á mi venganza.

—Celia le ha perdonado.

—¡Pero, yo no!—dijo el viejo, con frase tan enérgica que el pescador no se atrevió á replicar.

—En fin;—continuó el Capitán,—esto ya no tiene remedio; vuelve á tu casa, y dile á esa pobre niña que lloro su dolor y solo deseo su felicidad y el castigo de su infame burlador. Y que, puesto que insiste en su propósito de hacerse monja, cuente con mi auxilio en cuanto pueda serle útil. Y tú y tu esposa disponer siempre de mí, como si realmente constituyéramos desde hoy una sola familia. ¡Soy viejo y enfermo, mi infame hijo nos ha abandonado! ¿Quién si no vosotros podría consolarme en mi desgracia?

Y empezó á sollozar como si el más tierno dolor le hiciese sucumbir á su pesar.

Este espectáculo conmovió tanto á Pedro que, llorando realmente, se despidió, y montando con José en el carretón, que esperaba en la calle, regresó al Algar, con el corazón comprimido y la cabeza dolorida.

En cuanto Bernardo quedó solo lanzó una carcajada de burla y de desprecio, murmurando:

—Estos estúpidos payeses son tan sándios con la falsa creencia en la religión católica, que se les hace tragar las

ruedas de los molinos como pequeñas é insignificantes pildorillas. Ja, ja, ja. —Y se retiró á su lecho, durmiéndose al poco rato con la expresión de la satisfacción más completa dibujada en su rostro, entremezclada con ciertas líneas de burla y de desprecio.

¡Viejo caduco y enfermo, sin otra esperanza que una corta vida de pocos años, sin ilusiones ya, y ya sin esperanzas de felicidad, era, sin embargo, el insensato, bajo la fascinación de su avaricia, el mismo hipócrita, el mismo infame que en una ocasión aparentó rezar ante la tumba de D. Antonio Hernández, y que, en otra ocasión dormía en la cámara del «Ballardo» con la sonrisa de la felicidad en los labios, cuando acababa de robar la fortuna de Celia y la creía asesinada por Pablo el Contramaestre! ¡Ni la acción del tiempo, ni las desilusiones de la vejez, ni los sufrimientos de una enfermedad incurable, ni la perdida esperanza de mejores días, ni el temor de la muerte no lejana quizás, habían conseguido despertar la conciencia de aquel desdichado, ahogada por la falta de la fé religiosa! ¡Tales mónstruos son el producto de los esfuerzos de aquellos que creen conducir por buen camino á la sociedad humana, divorciándola de la religión católica, único freno de las pasiones, y exclusivo origen y fundamento de toda verdadera moral.

XXXVI

Un mes después de los últimos sucesos relatados, Celia ingresó en un convento de monjas de Monacor, habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos hicieron Pedro, Catalina y Tomás para disuadirla de su propósito pues, á todos los razonamientos que se le hacían, contestaba, siempre con las lágrimas en los ojos, que había ya hecho aquel voto desde lo más íntimo de su conciencia y que, por lo tanto, no podía faltar á él; y cuando se le decía que podía ser relevada de aquella promesa, insistía en su empeño, añadiendo que no le era posible la vida en el mundo, ante el cual le decía su conciencia que había sido deshonorada, y del que nada podía ya esperar sino lágrimas y dolor, fuera del cariño de sus protectores, de los que se separaba con profundísima pena, pero siempre en la esperanza de que la visitarían con frecuencia.

De modo que solo había tardado en vestir el hábito de novicia el tiempo que fué preciso para que Pedro gestionase

las formalidades necesarias para conseguirlo, después de entregar el honrado pescador, como dote de su protegida, los setenta duros que en una bolsa había recibido de Pablo el Contramaestre cuando se hizo cargo de la niña, mas una cantidad, algo más considerable, de sus ahorros particulares, y que Celia aceptó con lágrimas de tiernísima gratitud.

Cuando Bernardo se enteró por Pedro, de que la huérfana estaba en el convento, y de que un año después había de profesar para siempre, sintió ensancharse su pecho pensando que todos los temores y sobresaltos que hasta entonces había sufrido se habían desvanecido para no volver jamás á atormentarle, y que, desde aquel momento, nada tenía que temer.

En su consecuencia cambió completamente de proyectos, desistiendo de su viaje á Buenos Aires, y decidiendo que su hijo permaneciese en Barcelona hasta que Celia pronunciase sus votos de profesión definitiva, después de lo que le ordenaría que regresase á Felanix.

En esta situación, Celia vivía resignada en su convento donde seguía trabajando en el bordado para allegar recursos á la comunidad y entregada por completo á la adoración del Todopoderoso, á quien constantemente rogaba por la felicidad de sus protectores Pedro, Catalina y Tomás, y por la del viejo Bernardo á quien consideraba víctima, como ella, de las vilezas de Miguel; y á la vez imploraba para éste el perdón de Dios, pues ella ya le había perdonado de todo corazón. ¡La pobre niña era una santa!

Pedro, Catalina y Tomás lloraban sin consuelo por la ausencia de Celia, á la que iban á ver todos los días festivos.

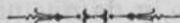
Bernardo seguía formando mil dorados proyectos para el porvenir, en la seguridad de que ya era imposible que se descubriese jamás su crimen; á la vez que su presente era bien triste por los dolores de estómago que, exacerbados, le mantenían casi en continuo é incesante sufrimiento.

La Meca continuaba siendo instrumento de nuevos crímenes y estafando á los supersticiosos payeses, sin que el celo de los sacerdotes pudiera evitarlo, ni las autoridades, obligadas á impedirlo, tomasen parte en el asunto.

Y por último, Miguel en Barcelona, entregado á una vida de corrupción y crápula constante, se olvidaba rápidamente de la pobre Celia, de aquella purísima flor cuyo aroma había absorbido un momento marchitándola con su vil aliento, para deshojarla después y lanzar al viento sus despojos.



TERCERA PARTE



I

El Sol, ya en el último tercio de su carrera, estaba próximo á ocultarse tras las lejanas montañas y, desde un cielo azul y trasparente alumbraba con tibios y dulces rayos la casita del Algar, á cuya puerta y sentados bajo el emparado conversaban Pedro, Catalina y Tomás.

Los campos, más cubiertos de dorados rastrojos, restos de la última cosecha de maíz, que de verdura, y á trechos cubiertos de arbolado, presentaban un aspecto tranquilo y apacible; el viento suavé y perezoso rizaba ligeramente el mar, cuyas olas murmuraban al resbalar juguetonas sobre la menuda arena de la playa, y algunas gaviotas revoloteaban sobre las verdosas aguas, dejando oír de cuando en cuando sus tristes y malancólicos graznidos.

—Es preciso que calmes tu pesar,—decía con cariñoso acento Pedro á su esposa.—Muy triste es verdaderamente vernos privados de la compañía de Celia, pero, después de todo, ayer estuviste en el convento, y viste que está buena y ella misma te dijo que se siente feliz, sin que la sobresalte otro pesar que el de no estar constantemente á nuestro lado.

—Es cierto,—contestó Catalina,—pero, con todo eso, hace cerca de un año que Celia no está aquí, y desde entonces me falta en el alma la alegría. ¡Todo me parece triste! ¡El cielo está opaco, el Sol no alumbra, y el viento no se respira con el deleite y el placer de otras veces!

—Hay que tener resignación.

—¡Resignación!... Estamos á ocho de Septiembre y el día diez y seis profesará. . . ¡Día fatal para ella, que ha elegido adrede para morir para el mundo, por ser aniversario de la muerte de su padre. . . ¡Ese día, también será de muerte para mí, porque desde el momento en que profese esa niña á quien amo tanto como la más cariñosa madre puede querer á una

hija, habrán muerto todas mis ilusorias esperanzas de volverla á mi lado!

Y á la vez que Catalina sollozaba, el buen Pedro volvió la cabeza para ocultar una lágrima que resbalaba por sus tostadas mejillas.

Tomás, excitado y nervioso al contemplar el dolor de sus padres, de que participaba con la misma ó mayor intensidad, se puso de piés exclamando con acento un tanto trágico pero enérgico.

—¡Voto á mil truenos! ¡Están ustedes llorando!... ¡Y pensar que la culpa de todo esto la tiene ese pilluelo de Miguel que pagó el amor purísimo de Celia dejándola abandonada!... ¡y todo con el falso pretexto de que iba á buscar aventuras en las Américas!

—Ya no hay que hablar de eso, porque Celia le perdonó, y nos ha rogado muchas veces que también le perdonemos nosotros,—dijo Catalina.

Tomás se arrancó un cabello y con cómico ademán lo echó al aire, diciendo al mismo tiempo:

—Pues, apesar de todo. ¡Por este pelo, que no tenga yo día de felicidad, si en viendo á Miguel no le coceo por su mal proceder con aquel ángel que, por él padece en el convento!

—Dios prohíbe los juramentos innecesarios y los castiga cuando son impulsados por el odio ó por el deseo de venganza,—dijo con severo acento Pedro.

El chico continuó diciendo:

—Todo porque él tiene dinero y ella no... ¡Majadero! ¿Para qué la enamoró, si después habia de dejarla en la desesperación?... ¿Acaso ella no es hija de un caballero?... ¿O es que por ser pobre ha de ser juguete de los ricos?... ¡Mala hora cuando Celia atendió al hijo de ese orgulloso Bernardo, que vive rehuyendo siempre el trato de todas las gentes, como si pesase sobre él una excomunió!

—El pobre señor está enfermo, y por eso, sus dolencias le hacen estar siempre de mal humor y aislado de todo el mundo,—dijo Catalina con voz compasiva.

—Es víctima de Miguel, lo mismo que nosotros;—añadió Pedro.

—Eso creía yo también, pero ahora pienso de otro modo,—dijo Tomás.

—Su hijo le abandonó,—observó el pescador.

—Yo me figuro que eso no es verdad,—replicó el muchacho.

—¿Por qué?—preguntó Catalina.

—Porque dice que ignora el paradero de Miguel, y sin embargo sabe que está en Barcelona.

—¿Qué está en Barcelona?—preguntó Pedro.

—Sí, señor. Lo he sabido esta mañana en el pueblo.

—Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Pues, al echar la balija del correo en la diligencia se cayeron al suelo varias cartas y, como yo pasaba junto al coche, ayudé á recojerlas y, por casualidad, leí en el sobre de una de ellas el nombre de «D. Miguel Roig», y abajo decía «Barcelona.»

—Pero, ¿no leiste las señas?

—Como soy mal lector, y estaba algo borroso, no tuve tiempo de ver más, porque el cartero me arrebató la carta de las manos y la echó de prisa en la balija mezclándola con otras muchas.

—Quizás te hayas equivocado;—observó Catalina.

—Bien seguro estoy de que no me equivoqué.

—¿Pero esa carta?...—dijo Pedro.

—Está bien claro que era de D. Bernardo á su hijo.

Pedro quedó suspenso y reflexivo, pero no contestó nada porque en aquel momento llamó la atención de la honrada familia la presencia de un viejecito que, encorvado y con paso lento y fatigoso, apoyándose en un grueso bastón, cruzaba la playa con dirección á la casita.

II

Era aquel viejo, por su aspecto, un hombre de edad indefinida, que parecía próximo á entrar en los primeros días de la decrepitud; de mediana estatura y rechoncho, su piel era rugosa y tostada, sus ojos azules y hundidos, de mirada fija y penetrante; llevaba largas patillas blancas como el ampo de la nieve, y vestía pantalón, chaleco y amplia americana de lanilla de color ceniciento obscuro, sombrero de fieltro negro y anchas alas, y botas de becerro.

A los pocos pasos que dió sobre la arena se detuvo un momento y elevando al cielo una mirada murmuró entre dientes, á la vez que un temblor nervioso agitaba sus manos:

—¡Dios mío, dadme fuerzas! Estoy muy desfallecido. ¡No me desampare vuestra misericordia!... ¡Vea yo logrado mi deseo para obtener vuestro perdón después de la reparación

de mi crimen!... ¡No desoigáis las súplicas del miserable que arrepentido vuelve á Vos!

Después continuó su marcha hasta llegar al emparrado. Se detuvo, y dirigiendo una mirada indefinible al pescador, le dijo:

—Dios te guarde, Pedro, como también á tu honrada familia.

—Dios sea contigo, buen viejo,—contestó el patrón. Y viendo que el recién llegado permanecía callado y tembloroso, con muestras evidentes de que no acertaba á expresarse, añadió:

—Si buscas una limosna, bien has hecho en venir aquí. Mi casa es la casa de los pobres y menesterosos. Mi pobreza es grande, pero siempre estoy dispuesto á partirla con los que llegan á mi humilde hogar.

El viejo fijó su mirada en el rostro del pescador y con acento conmovido dijo:

—¡Buen Pedro, siempre eres el mismo! Te reconozco por tus nobles y santas palabras. ¡Dios bendiga á los que, como tú, pasan de uno á otro límite de la vida mundanal con la conciencia tranquila, sin tener nada de que reprocharse, sin que el grito del remordimiento aleje el sueño de sus ojos!

Un temblor nervioso agitó su cuerpo, bajó la cabeza y permaneció algunos segundos silencioso, entre tanto que el pescador, Catalina y Tomás le contemplaban con tanta compasión como curiosidad. Después, alzando la cabeza continuó:

—Yo, en cambio, presa de horribles inquietudes, vengo, sí, á pedirte una limosna... ¡La limosna que necesito para acallar el grito incesante y aterrador de mi conciencia!

Pedro se estremeció, y lleno de asombro preguntó:

—¿Qué dices? ¿En qué puedo yo intervenir en tu conciencia?

El viejo avanzó un paso hacia el patrón, y mirándole con más fijeza exclamó:

—¿No me conoces?

Y viendo que el pescador le miraba con asombro y sin desplegar los labios, continuó:

—¡Es verdad! ¡No es extraño! No son los años, sino el torcedor de mi conciencia lo que me ha desfigurado de tal modo que, no es posible que reconozcas en mí al antiguo amigo, á aquel que te dejó en depósito un ángel de inocencia.

—¿Pablo?—exclamó Catalina, con la más intensa emoción.

—Sí,—dijo el viejo.—Yo soy el antiguo Contramaestre del «Ballardo».

—¡Pablo! ¿Tú eres Pablo?—preguntó Pedro como si no diese crédito á lo que oía y estaba viendo. Y avanzó con los brazos abiertos para estrechar á su antiguo amigo. Pero el viejo se apartó rechazándole con las manos y exclamando:

—¡No! ¡Yo no puedo abrazar á un hombre honrado!

Pedro se detuvo con creciente asombro y dijo:

—¡No te comprendo!

Pablo continuó:

—¡En veinticinco años! ¿No os habéis acordado de mí? ¿No habéis sospechado que debía ser un miserable el que os dejó abandonada en vuestra casa á la inocente Celia, á aquella niña salvada del naufragio de la goleta «Carmen?»

—Te creíamos muerto en América y á eso atribuíamos que no hubieses vuelto á recojer la niña,—dijo Catalina.

—Pues ya veis que no he muerto: pero soy un miserable indigno de la inmensa misericordia que Dios me otorga, al concederme que hoy haya podido llegar aquí para reparar mi crimen!

—¿Tu crimen?—dijo con temor Catalina.

—Explicate,—añadió Pedro con seriedad.

Pablo con acento humildísimo, continuó:

—Si. Me explicaré; pero, oidme como al pecador arrepentido que pide perdón. Tened más piedad compasiva para mi que justicia severa. Pero, antes, decidme donde está Celia; que yo la vea y pueda arrastrar á sus piés la nieve de mis canas, para obtener su perdón por haberla privado durante tantos años de su inmensa fortuna.

—¡Qué dices?—preguntó Pedro, cuyo asombro rayaba en lo indecible.

Pablo continuó, con creciente agitación:

—¡Yo fui el cómplice del miserable que se la arrebató el mismo día en que se daba sepultura á su padre, abusando de la confianza que éste había puesto en él!

—Cálmate.

—Sí. Pero primero quiero ver á esa niña. ¡Quiero pos-trarme ante la inocente víctima de mi cómplice y de mi infamia! ¿Dónde, dónde está Celia?

—Ya la verás,—contestó Pedro, sumamente conmovido y continuó con cariño:

—Pero tranquilízate. Veo tu arrepentimiento, aun cuando no comprendo lo que dices, y como Dios siempre perdona

al que se arrepiente, y manda aborrecer al pecado pero amar al pecador, yo te tiendo mis brazos de amistad con la misma sinceridad que lo hacía en otros tiempos.

Y como el antiguo Contraamaestre vacilase, añadió:

—¡Por caridad, te ruego que vengas á mis brazos!

Pablo, al fin, se precipitó hácia su amigo y ambos se abrazaron con efusión, en tanto que Catalina sollozaba y que Tomás se limpiaba las lágrimas con las mangas de la blusa.

El viejo Contraamaestre balbuceaba con acento indefinible:

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias, Pedro, eres el más noble de los hombres!

III

Tal era la emoción que sentían aquellas cuatro personas que durante algunos minutos permanecieron contemplándose sin explicarse ellos mismos lo que les sucedía. Por fin Pedro, empujando dulcemente al viejo, le obligó á sentarse en una silla, sentándose á su lado, como también Catalina

Pablo sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas y á la vez el copioso sudor que resbalaba por su rugosa frente; después dijo con sentido acento:

—Nunca me consideraré digno de las bondades con que me recibís, sino después de la reparación del crimen que me aterra pidiendo justicia desde el fondo de mi pecho. Pero, ante todo deseo humillarme ante mi víctima, decidme dónde está Celia.

—Mañana podrás verla, pero hoy es imposible porque no está aquí.

—¿Cómo?

—Escucha. Celia ha vivido siempre feliz á nuestro lado. Creció esbelta, y hoy es una joven de extraordinaria belleza. Con nuestra pobreza estaba contenta, y no aspiraba más que á pasar una vida siempre honesta y tranquila en esta casita; y nosotros la queríamos tanto cuanto es posible querer á una hija. Ella era nuestra alegría y nuestro orgullo, y el alma de este hogar que nos parece ahora lóbrego y triste desde que se separó de nosotros.

—¿Cuál fué la causa?

—Llegó un día en que, como suele acontecer á todas las jóvenes, el amor se apoderó de su corazón y, por desgracia,

puso sus pensamientos en un rico que, al fin, después de burlarse de ella, se ausentó dejándola en el olvido y en la deseseración. Desde aquel momento, la pobre niña determinó hacerse monja y, siendo inútiles cuantos esfuerzos hicimos para disuadirla de su propósito, ingresó hace cerca de un año en un convento de Manacor, y dentro de pocos días debe pronunciar sus primeros é irrevocables votos...

Pablo, con gran exaltación interrumpió al pescador, exclamando:

—¡Ah! ¡No, eso no es posible! ¡Eso no será, porque Celia ignora que es inmensamente rica! ¡Y cuando lo sepa y yo la ponga en posesión de su fortuna, ya no querrá ser monja, porque con el oro el mundo la sonreirá, y ella debe disfrutar del bien de sus riquezas de que ha carecido hasta ahora por mi culpa!

—No lo creas;—dijo Catalina,—á Celia solo podría hacerla desistir de su empeño el amor de Miguel, á quien adora.

—Pues con el oro todo se consigue. ¿Quién es ese Miguel?

—El hijo del Capitán Bernardo.

Pablo se levantó de un salto como impulsado por una fuerza irresistible, y con el rostro desencajado y el ademán de un loco, exclamó con violenta frase:

—¡Eso no es posible!... ¡El hijo de Bernardo! ¡Ah! ¡Bernardo es un ladrón! ¡Bernardo fué quien se enriqueció robando su fortuna á Celia!

Y el viejo Contramaestre cayó como anonadado en la silla preso de una agitación nerviosa tan violenta que, como si se hubiesen agotado todas sus fuerzas, le fué imposible continuar la conversación y guardó silencio, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos con desmayo.

Pedro y Catalina, creyéndole víctima de un síncope, se apresuraron á socorrerle, pero el viejo les suplicó que le dejaran reposar un rato porque las emociones y el cansancio del viaje que acababa de hacer le habían rendido.

Entonces le trasladaron á un lecho en el que permaneció hasta las nueve de la noche entregado á una especie de sopor agitado, al parecer, por continuas pesadillas.

Entre tanto Pedro y Catalina estaban absortos ante las revelaciones que les había hecho el viejo Contramaestre, y Tomás pensaba más que nunca, en el odio bien justificado que sentía hácia Miguel y hácia Bernardo.—No me equivoqué,—murmuraba,—no me equivoqué cuando leí el sobre de la carta.

IV

Cuando á las nueve de la noche se levantó Pablo, Catalina, sin dejarle entrar de nuevo en la conversación que tanto le había trastornado, sirvió la cena abundante y sana, aunque sencilla, como propia de humildes pescadores.

Después de levantados los manteles, Pedro refirió brevemente á Pablo, la educación que había recibido Celia, y muy detalladamente la triste historia de sus amores con el libertino Miguel, y las infamias cometidas por éste con la pobre joven.

Pablo le escuchó sin interrumpirle, y luego le refirió con minuciosidad cuantos hechos se relatan en la primera parte de esta historia, hasta el momento en que dejó á la huérfana en la casita del Algar. Después continuó con frase un tanto agitada y muy sentida:

— Cuando arribamos á la Habana, después de una feliz travesía, y estando haciendo la descarga del «Ballardo,» empecé á quejarse el grumete Tuñoto, que Dios tenga en su gloria, de que se sentía mal, y á los pocos minutos el pobre muchacho empeoró de tal modo que le fué forzoso dejar el trabajo.

— Entonces le reconoció el médico del buque y ordenó que le condujesen inmediatamente al hospital, lo que verificaron dos marineros.

— Como aquel chicuelo, aunque algo pillete, tenía un corazón noble, yo me interesaba por él, así es que, en cuanto terminó la descarga, me dirigí al hospital para enterarme de su estado, y allí supe que era víctima de un ataque fulminante de la fiebre amarilla, y que, según los médicos solo viviría unas cuantas horas.

— Cuando me acerqué á su cama, el pobrecillo tenía la vista extraviada, los labios secos y la respiración tan fatigosa que daba horror contemplarle.

— Me cogió las manos y exclamó con acento tranquilo, más de lo que se podía esperar de sus pocos años: «¡Señor Pablo, me muero!»

— «¡Bah!» — le contesté por animarle un poco, — «eres joven y la muerte está aun muy lejos de tí »

— «¡Cá!» me contestó, «está usted muy equivocado, yo sé muy bien que me muero por momentos. Pida usted que venga un padre cura, porque quiero morir como cristiano.»

—«Ya está avisado el capellán y poco tardará en venir,» dijo un enfermero.

—«Otro favor tengo que pedirle á usted» — me dijo el pobre chico, —y sacando de debajo de la almohada un rollo de papeles, añadió: «Estos papeles son del Capitán Bernardo. Se le cayeron en el puente del «Ballardo» la noche última que pasamos en Puerto Colón. Yo los recogí y los oculté pensando que puedan relacionarse con el naufragio de la goleta «Carmen» y que deben pertenecer al difunto D. Antonio. Había visto que el Capitán ocultó en su cámara un gran bulto que le entregó aquel señor, y como usted prohibió la niña y luego la dejó no sé donde, pensé que habría un gran misterio en todo esto y, tanto por curiosidad como por ambición, me propuse ocultar estos papeles hasta llegar aquí, á la Habana, y buscar una persona extraña á la tripulación que me los leyese. Le ruego á usted que me perdone mi mala acción y le pida perdón de mi parte al Capitán, cuando le devuelva usted estos papeles que tal vez le serán necesarios »

—Yo guardé el legajo, y le prometí cumplir su voluntad, añadiendo que, por mi parte, le perdonaba todo aquello en que me hubiese ofendido, si en algo lo había hecho.

—Al poco rato llegó el cura y, después de tomar los Santos Sacramentos, el pobre niño entregó á Dios su inocente alma.

—¿Y esos papeles? —interrumpió Pedro.

—Son un arma terrible contra Bernardo, y están en sitio seguro.

Pablo estaba tan fatigado por el relato de aquellos hechos, que tuvo que hacer una breve pausa. Tomó un poco de anisado y un vaso de agua que le presentó Catalina, y después continuó:

—Cuando por la noche volví al buque, me dijeron que el Capitán Bernardo se había marchado á Nuevayork, dejando el mando del «Ballardo», del que acababa de tomar posesión otro Capitán nombrado por el Consignatario aquella misma tarde.

—Cuando entré en mi cámara, encendí luz y me enteré de que aquellos papeles consistían en las partidas de casamiento de D. Antonio Hernández con su esposa D^a Avelina Pozzi, las de bautismo de ambos y también la de la pequeña Celia, un pasaporte de D. Antonio para trasladarse con su hija desde Venecia á Alicante, de donde era natural, y la relación exacta de su fortuna, que conducía en su cartera, de la cual se había

apoderado el Capitán. Aquella fortuna ascendía á seis millones y pico de reales, y todo iba en billetes de banco y onzas de oro. El miserable ladrón me había engañado á mí también que fuí su cómplice.

—Pasé la noche dudando entre presentarme al día siguiente ante las autoridades para delatar aquel crimen, ó ir á buscar á Bernardo á Nuevayork para tratar de arrancarle una suma mayor de la que me había entregado. Pero pudo en mí más la vil ambición que la virtud y, al fin, opté por lo segundo.

—En su consecuencia, al siguiente día me presenté ante el consignatario y cerré mis cuentas despidiéndome del buque bajo el pretexto de que, un asunto de familia de grande interés me obligaba á regresar á mi patria.

—Al otro día tomé pasaje en un bergantín y me trasladé á Nuevayork, donde permanecí tres meses haciendo inútiles pesquisas en busca de Bernardo, hasta que, convencido de una parte de la imposibilidad de encontrarle, y de otra de que esto al fin sería inútil, puesto que si se negaba á darme nuevas cantidades, nada podría hacer contra él sin delatarme yo á la vez, decidí marchar á la Coruña para sacar cuanto antes á mi familia de la pobreza en que estaba, para lo que eran más que suficientes los diez mil duros que había recibido de mi cómplice.

—Mes y medio después desembarqué en la Coruña, y pretestando que, en varios negocios comerciales había ganado en poco tiempo mil pesos, en América, mostré á mi mujer aquella suma, ocultando el resto, por parecerme difícil hacer creer razonablemente que todo aquel capital hubiese podido ser adquirido en poco tiempo de un modo honrado.

—Bajo el convencimiento de que, de todo pozo, por hondo que sea, si se saca agua y no entra ni mana, al fin se tiene que agotar, y con el objeto de asegurar para siempre el bienestar de mi familia, monté un pequeño taller de construcción de botes de recreo para el interior del puerto.

—Prosperaba mi nueva industria con rapidez, y yo aparentaba que mi capital aumentaba con más rapidez todavía, poniendo en juego, poco á poco y en pequeñas cantidades los nueve mil duros cuya existencia oculté al principio.

—A los cinco años transformé el taller ampliándolo de gran manera. En él se construían desde entonces, no solo botecillos de recreo, sino también hermosas falúas y lanchones de pesca.

—Hace seis años todo sonreía á mi rededor. Mi capital primitivo se había triplicado con exceso; mi mujer estaba convertida en una rica señora; mi hijo, hecho un real mocetón, dirigía con gran pericia todos los trabajos del taller. Solo mi conciencia era lo que me mortificaba acusándome incesantemente de ladrón miserable. De manera que aquellas riquezas hijas del trabajo, sí, pero cuya primera base había sido el crimen, en vez de alegrarme me entristecían, y los placeres exteriores que me proporcionaban eran realmente ficticios, porque repercutían en mi alma como otras tantas acusaciones por mi maldad.

—Un día mi mujer se sintió enferma, llamé á un afamado médico, pero los recursos de la ciencia fueron completamente inútiles. ¡Tres días después era viudo!

Pablo se detuvo y de sus ojos rodaron gruesas lágrimas. Después continuó con exaltación cada vez más violenta:

— ¡Cuando en una casa entra la desgracia todo lo destruye, arrolla y aniquila!

— ¡Mi hijo enfermó también! Desde que murió su santa madre, el chico perdió las carnes y el color, se volvió taciturno y melancólico. Yo procuraba reanimarle, pero todos mis esfuerzos eran inútiles. Le puse en manos de un médico y tampoco éste pudo devolverle la salud. Cada día enflaquecía más. Le ahogaba una tosecilla al parecer suave. Algún tiempo después, empezó á escupir sangre. Sus ojos parecían de vidrio. Unos morados rosetones manchaban sus mejillas, y una fiebre lenta y tenaz le consumía continuamente. ¡El pobre estaba tísico y su muerte era inevitable! ¡Al fin me abandonó hace seis meses!

El pobre viejo ocultó la cabeza entre sus manos y rompió á llorar con tal desconsuelo que arrancó á la vez copiosas lágrimas de los ojos de sus amigos.

Cuando se serenó, continuó:

— Gran parte de mi fortuna la gasté en el cuidado de mi desgraciado hijo. ¡Después de su muerte, el grito de mi conciencia se ha hecho cada día más agudo! «¡Tú ya no tienes en el mundo afecciones, ni familia, ni sér alguno que te consuele en tu vejez!» me decía este grito terrible del remordimiento. «¿Qué esperas, viejo insensato? ¡Solo la muerte, sin que exista un alma piadosa que se ocupe de tí para encomendar al Todopoderoso el perdón de tus maldades y de tu crimen, en tanto que, aquella niña á quien robaste vive en la pobreza por tu culpa! ¡No esperes perdón de Dios, porque en su terrible

justicia jamás perdona al miserable que pudiendo restituir no restituye! ¡Son entre tanto vanas tus oraciones, é inútiles los tormentos de tu arrepentimiento!...» ¡Y siempre, día y noche, dormido y despierto, sin cesar jamás, parece que me persigue la sombra del difunto D. Antonio Hernández gritando: «¡Restituye, miserable ladrón, la fortuna que robaste á mi desgraciada hija! ¡Descubre á tu cómplice obligándole á restituir también! ¡De lo contrario jamás volverá á tí sus ojos compasivos el Dios de las misericordias para perdonar tu infamia!» Y á la vez me dice esa misma voz: «¡Si restituyes Dios oirá tus súplicas y te perdonará, porque en su inefable misericordia, siempre perdona al que se arrepiente de todo corazón!»

—Por eso he venido; esto es lo que pretendo, y para conseguirlo vendí el taller con cuanto poseía; reuní todo mi capital actual, que asciende á veinticinco mil duros, mas una pequeña cantidad, única que conservo en mi poder para los gastos necesarios al objeto que me propongo, y emprendí el viaje á Felanix.

—Hace dos días llegué á Palma. Allí he dejado los veinticinco mil duros, con todos los documentos, depositados en poder de un notario; y ayer salí en la diligencia para Felanix donde he llegado hoy, me detuve solo unas horas para comer en el parador, y después á pié para no llamar demasiado la atención si alquilaba un carruaje que me condujese al Algar, he venido á esta honrada casa para postrarme ante vosotros y ante Celia y pedir os perdón y ayuda para realizar mi objeto.

Callóse Pablo, y todos permanecieron algunos minutos silenciosos y pensativos, respetando su dolor.

V

Cuando el viejo Contramaestre se mostró más tranquilo, Pedro le preguntó:

—¿Y ahora, qué piensas hacer?

—Lo primero, ver á Bernardo.

—¿Y luego?

—No lo sé porque si él encuentra un medio de restituir á Celia su fortuna, sin apelar á los tribunales de la justicia, lo aceptaré, para evitarle todo daño, puesto que no tengo ningún interés en su castigo.

—Pero, Bernardo se negará.

—Entonces, me presentaré ante el juez y delataré el crimen.

—Pero en ese caso también recaerá sobre tí la acción de la justicia.

—¡Qué me importa! Es muy justo que así sea, puesto que he delinquido. Además, la justicia humana, que casi siempre se equivoca, me es indiferente.

—Pero... ¿y el castigo?

—Debo sufrirlo. Si pretendo hablar primero á Bernardo es por su propio bien; para evitarle la vergüenza del presidio, que á mí no me acobarda. Después de todo... ¡Cuántas veces los hombres condenan y avasallan la inocencia desgraciada, mientras encumbran al criminal y se quitan el sombrero á su paso si le ven paseando en coche de lujo! Si ahora voy al presidio con Bernardo, será una de las pocas veces que la justicia humana proceda con acierto. Por otra parte yo, solo temo á Dios, que es la fuente de la verdadera justicia que jamás se engaña; como lo es de la verdadera misericordia que siempre está pronta á perdonar á quien de corazón le implora. Por eso, ni busco ni rehuyo la justicia de los hombres.

—Venga lo que viniere, y suceda lo que suceda, yo solo deseo restituir su hacienda á Celia y devolverle también su honor, si esto es posible, ya que, por mi culpa se le han ocasionado desastres que, de haber estado en otra posición, quizás no le hubiesen ocurrido.

—Para eso sería preciso casarla con Miguel.

—Necesariamente.

—Pero, sería monstruoso unir á esa inocente con el hijo del criminal que te pagó para que la asesinases.

—El hijo no es el padre. Además, en ese caso, deberán ignorar los dos esposos el secreto de esta historia.

—Pero, el hijo es también un malvado.

—O una víctima de su padre lo mismo que Celia. ¿Quién sabe si en un momento de extravío propio de los pocos años y de una falsa educación, cayó en la tentación de cometer el villano acto que llevó á cabo con la huérfana? Quizás aun pueda ser un buen esposo para ella. ¡Tal vez siente el arrepentimiento de su culpa! ¿No siento yo el de la mía?

—En ese caso, ¿cómo hubiese sido posible que abandonase á Celia del modo que lo hizo?

—Indudablemente obligado por su padre, por ese miserable cuyo aliento todo lo envilece y emponzoña;

—exclamó de pronto Tomás, como movido por una idea luminosa.

—¡Indudablemente!— dijo Pedro con extrañeza.

—Sí, señor;—contestó con exaltación el muchacho.

—¿Por qué esa seguridad?

—Porque así lo demuestra la carta que ví esta mañana dirigida á Barcelona para Miguel; lo que prueba que el Capitán sabe perfectamente donde está su hijo. ¡Yo los odiaba á los dos, pero ahora... casi estoy por odiar solamente al padre!

—Es justa tu observación, pero no debemos adelantar juicios prematuros,—observó el pescador; y dirigiéndose á Pablo, continuó:

—Mañana iremos tú y yo á ver á Bernardo y sabremos á qué atenernos para proceder con prudencia y seguridad. Ahora conviene descansar. Es muy tarde y estás muy fatigado.

—No descansaré hasta terminar este asunto.

—Pero es preciso rehacer las fuerzas para no flaquear en la lucha que te espera.

—Es verdad,—contestó Pablo.

Una hora después todos reposaban en la casita del Algar.

La luna derramaba su lánguida y blanca luz sobre los campos y los mares, el viento se deslizaba dulcemente, las olas lamían con pereza las rocas de la costa y se estendían juguetonas sobre la dorada playa y, allá, en el fondo de su celda, Celia arrodillada en un reclinatorio ante la imagen del Mártir del Gólgota, imploraba el perdón de su amante.

VI

A las diez de la mañana del día siguiente á la llegada de Pablo á casa de Pedro el pescador, el Capitán Bernardo paseaba de un extremo á otro de su despacho con las manos metidas en los bolsillos de su americana y el rostro contraído, como hombre preocupado é intranquilo.

De en cuando en cuando interrumpía su paseo, y á la vez murmuraba con voz apenas perceptible:

—¿Pablo?... ¿Qué será del lobo marino?... ¿A qué pensar en esto?... ¡Bah! Cuando en veinte años no ha aparecido, bien puedo estar tranquilo por este lado.

—Y... por lo demás, tampoco tengo nada que temer.

—Mi hijo alejado de Celia habrá olvidado su amor... si

es que en su pecho puede haber ese sentimiento ridículo que jamás he podido comprender.

—Y, Celia en el convento, aislada del mundo, ha hecho cuanto podía hacer para alejar de mí todo temor.

—¡Por fin, puedo respirar tranquilo!

—Y, sin embargo, ¿por qué, hoy más que nunca, se alza en mi mente esta vaga ansiedad... como si me amenazase una desgracia?... ¡Bah!. ¿Será posible que el león en su vejez se vuelva asustadizo como un medroso corderillo?... ¿Será un presentimiento?... ¡Ca! Presentimiento y superstición son una misma cosa... El presentimiento no existe, por la sencilla razón de que solo existe la materia... Calor y humedad, hé ahí la razón de la vida... lo demás es desatino... Solo el gran Arquitecto ordenador del Universo puede ser inmaterial aunque substancialmente corpóreo, porque lo incorpóreo es la nada... el espíritu incorpóreo es la nada revestida de palabras, es decir el absurdo... ¡En verdad, que estoy filosofando!

Y lanzando una carcajada hueca y sonora se sentó en la butaca del escritorio. Después apoyó los codos sobre la mesa y quedó de nuevo pensativo y preocupado. Al poco rato continuó:

—Pero... ¿Y Pablo?... Estúpido momento en que me fié de él... ¡Cobarde! El pulso le vaciló para deshacerse de una niña inofensiva... ¡A él, que se mostraba siempre sereno y fuerte ante los mayores peligros!... ¡A él que se reía del furor del Océano!... ¡Misterios!... Con su torpe cobardía me dejó en Celia un continuo temor... algo así, como un remordimiento que me ha martirizado largos años... ¡Ah! ¡Si supiese que aun vivía el viejo Contramaestre y le pudiese tener al alcance de mi mano, me embriagaría con el placer de la venganza, haciéndole sufrir cuantos temores he sufrido por la existencia de la huérfana... ¡Sí!

—¡Señor!—dijo José, apareciendo ante una puerta é interrumpiéndole.

—¿Qué pasa?—preguntó Bernardo.

Pedro acaba de llegar con un viejo, que no es del pueblo, ni parece mallorquín, y dice, con empeño, que ambos tienen que hablarle á usted enseguida.

—Pero... ¿quién es ese viejo?

—No me ha dicho su nombre.

—Que pasen.

Salió el criado y Bernardo, pasándose las manos por la frente, exclamó con agitada aunque imperceptible voz:

—¡Pedro, con un viejo que no es de este país!... ¿Qué especie de terror me causa esta visita?... ¿Por qué me agito así?... ¿Qué es esto?... ¿Pablo?... ¡Cá! ¡Locura!... Pero, ¿sería posible?... ¡Bah!... ¡Qué disparate!...

Y su monólogo fué nuevamente interrumpido por la presencia de los recién llegados, ante los cuales se levantó el Capitán con tal aturdimiento que no se le ocurrió ofrecerles asiento, quedando los tres de piés y frente á frente.

VII

Después de algunos momentos de silencio, y sin que mediase ningún saludo, Pedro dijo con reposado acento:

—Este anciano viene de la Coruña y trae para usted un importante asunto.

--Explicaros,—dijo Bernardo poniéndose lívido.

—¿No me conoces?—preguntó Pablo.

—¿Tú quién eres para tutearme?

—Te hablo como debo hablarte; no mereces otro tratamiento,—dijo Pablo con firmeza.

—No te comprendo.

—¿Tan viejo y desfigurado estoy, que no puedas reconocer en mí á Pablo, tu antiguo Contramaestre?

—¿Tú eres Pablo?—balbuceó el Capitán dando un paso atrás.

—Sí. ¡Yo soy, tu cómplice!

Bernardo no contestó durante algunos instantes, procurando dominar su terror, y dando á su voz un timbre de alegría dijo:

—Yo te creía muerto al cabo de tantos años como hace que no nos hemos visto; pero al fin, hoy es un día de placer para mí, y tengo el gusto de abrirte mis brazos como debe hacerse con un antiguo y estimado amigo. Ven á mis brazos, Pablo, y seas bien venido.

—¡No! ¡Yo no puedo estrecharte entre mis brazos, Bernardo! ¡No vengo como amigo, sino como representante de la justicia de Dios, para desenmascararte y devolver su fortuna á Celia, á aquella riña á quien cobarde y villanamente robamos los dos!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Lo que oyes! ¡Vengo á que restituyamos su capital á la pobre huérfana á quien tú quisiste que yo asesinase,

para que nuestro crimen quedase impune, y á la que no tuve valor para asesinar, gracias al Dios Todopoderoso! ¡Vengo á arrancarte la fortuna que posees para devolvérsela á Celia, porque es suya!

—¡Tú estás loco! Pero... repórtate, y... quizás nos entendamos.

—Está en su juicio y sabe bien lo que dice—observó Pedro.

Bernardo miró al pescador, y después de un momento de reflexión le dijo:

—Este viejo miente en cuanto ha contado. ¡Y no sé como he tenido paciencia para oírle! ¡Todo eso es una fábula que ha inventado para estafarme; y tú, noble siempre, le has dado crédito, sin reparar en que, abandonó en tu casa á una inocente niña y que, en veintiún años no se ha cuidado de ella para nada! ¿No comprendes que el hombre que así ha procedido, no puede ser más que un falsario infame?

—Tengo pruebas de lo contrario,—contestó el pescador.

—¿Tú?

—Sí, señor.

Era tan firme el acento del pescador que el Capitán no supo que contestar, y extraviándose por momentos su imaginación, acabó por decir:

—Bien. Pues hablemos claros. Pablo, tú has malgastado, sin duda, los diez mil duros que te entregué para que me desembarazases de la niña, á quien, cobarde, no te atreviste á matar, y después de estafarme, haciéndome creer en su muerte, hoy tratas de intimidarme para que te entregue otra cantidad... ¡Bah! ¡Estás loco, viejo chocho! ¿Qué documentos, qué pruebas tienes tú contra mí?

—Te equivocas, Bernardo,—contestó con firmeza el Contramamaestre.—Tengo pruebas de tu crimen, porque las recogió el grumete Tuñoto en tu cámara, la misma noche en que consumamos nuestro crimen, y después me las entregó en la Habana.

—¡Ah! ¡Ya lo comprendo! Un legajo de papeles...

—Sí. Un legajo de papeles que dejaste caer sobre el puente del buque. Además, tengo el contrato duplicado que firmamos al convenir el crimen entre tú y yo, y el certificado de defunción de la niña Celia, por tí falsificado.

—Pero... ¿Ese legajo de papeles?...

—Contiene las partidas de matrimonio de D. Antonio Hernández con D.^a Avelina Pozzi; las de bautismo de ambos

esposos y la de su hija Celia; el pasaporte de D. Antonio y la cuenta de su fortuna, que ascendía á seis millones y pico de reales, de los que tú te apoderaste con la cartera en que los conducía, y de cuya fortuna solo me diste diez mil duros. ¡Por lo tanto, estás en mi poder!

Bernardo reflexionó un momento y, resuelto á jugar el todo por el todo, dando un salto se aproximó á la única puerta que estaba abierta, la cerró con llave y volviéndose á sus interlocutores, que le contemplaban impasibles, exclamó, con iracundo ademán:

—Bien, Pablo. Veo que eres hombre precavido pero, no lo has sido bastante.

Y sacando un revólver del bolsillo de su americana apuntó al Contramaestre, diciendo con energía:

—¡Viejo infame! ¡Entrégame ahora mismo esos documentos, que me comprometen, ó te mato!

En aquel momento, Pedro se abalanzó sobre el Capitán y sujetándole por las muñecas desvió el revólver, exclamando:

—¡No le matarás delante de mí!

Y como el marino pugnaba inútilmente por desasirse del pescador que le sujetaba con invencible fuerza, Pablo se aproximó á los dos contrincantes, diciendo con resuelta frase:

—Pedro, déjale. Que me hiera, que me mate. La muerte no me asusta, puesto que moriré cumpliendo mi deber y expiando mi crimen. ¡Hiéreme Bernardo! Nada adelantarás, porque esos documentos, por precaución, los dejé en Palma en poder de un notario, con orden de que los abra ante el juez, tan pronto como muera yo, si antes no le mando abrirlos.

Al oír aquellas palabras el Capitán, convencido de que toda resistencia era inútil, y completamente desalentado, entregó el revólver á Pedro, y encarándose con el Contramaestre le dijo, con acento incisivo:

—¡Cómo?... ¡Infame! ¿Así me has cogido?... ¡Bien! Veo que eres aprovechado y me has ganado por la mano, pero... concluyamos. ¿Qué cantidad queréis que os entregue á cada uno, á cambio de esos documentos?

El honrado pescador lanzó á Bernardo una mirada llena de altivez y de desprecio, en tanto que Pablo le decía con calma y dignidad:

—Ninguna, pues tan lejos estamos de pedirte dinero, que has de saber, insensato, que con los documentos he

dejado en poder del notario los diez mil duros que recibí de la fortuna de Celia, más sus intereses de veintinueve años con cuanto poseo hasta veinticinco mil duros, escepto una pequeña cantidad que me reservé para llegar aquí y poner en práctica mi proyecto.

Bernardo, completamente desconcertado, interrogó:

—¿Qué te propones?

—Ya te lo he dicho antes. Quiero devolver su fortuna á Celia para aquietar el grito incesante de mi conciencia.

—¡Eso es un disparate!

—Que llevaré á efecto. ¡Soy viejo y no quiero morir llevando sobre mí el peso de este horrible crimen!

—Después de la muerte, no hay nada.

—Eso lo piensan solamente los hombres desatinados, ó los miserables como tú.

—¿Añades el insulto á la amenaza?

—Es justo cuanto te digo, y mi resolución inquebrantable.

—¡Está bien!... En ese caso, entendámonos.

—Es lo que deseo.

Bernardo guardó silencio y reflexionó algunos minutos sin que aquellos hombres de temple enérgico y resuelto le interrumpiesen; después dijo al Contraamaestre:

—¿Tú, tienes interés en que la justicia intervenga en este asunto?... Eso equivale á perderme y á perderte... Piénsalo.

—Todo lo tengo pensado y, ni me intimida la justicia humana porque es justo que espíe mi crimen, ni vacilaré por nada. Pero, si tú encuentras un medio de devolver su fortuna á Celia, sin que intervengan para ello los tribunales de justicia, yo lo aceptaré.

—Bien. Pues el medio existe y es este...

Y Bernardo se detuvo, entregándose á una profunda meditación. Después de algunos minutos, Pedro le dijo:

—Habla, y si ese medio es aceptable, yo te ofrezco mi ayuda para ponerlo en ejecución.

—Bueno. Pues, es este. Celia ama á mi hijo Miguel. Tanto que, por su desdén quiere hacerse monja, pero, como aun no ha profesado y estamos á tiempo de evitarlo...

—Continúa.

—Hoy mismo ordenaré á mi hijo que regrese á Felanix en el primer vapor que venga de Barcelona á Mallorca. Una vez que esté aquí, le manifestaré mi irrevocable propósito de

que se case con Celia, y dado el amor evidente que ambos se profesan nada se opondrá a su unión.

—¿Pero Miguel?—preguntó Pedro.

—Adora á la huérfana. Al casarlos haré cesión, en mi testamento, á los nuevos esposos de toda mi fortuna, de la cual les pondré desde luego en posesión, reservándome para mí, solo una pequeña suma para los gastos más necesarios de mi vejez.

—Pero ¿usted asegura que Miguel adora á Celia?—preguntó Pedro, con asombro.

—¡Con delirio!

—¡Entonces...

—Su brutal despedida fué obligada por mí. Yo le amenacé para ello con desposeerle de toda herencia y derrochar toda mi fortuna ó enagenarla para legarle solo la miseria. Le amenacé de muerte. Fui con él al Algar, y oculto tras de una roca escuché su despedida á la huérfana, después de advertirle que si no la hablaba en la forma que yo deseaba, y con las mismas palabras que yo le había dictado, que le mataría sin que por nada me detuviese en mi resolución y... en fin, la carcajada aquella que tanto horror causó á la huérfana, fui yo quien la lanzó á sus oídos. Por último, yo acompañé á mi hijo á Palma y le obligué á embarcar para Barcelona, y solo me retiré del muelle cuando ví que el vapor en que iba Miguel había salido ya del puerto.

—Después fui á Manacor para ocultar bien mis actos, y el camino de ida y vuelta á Palma, lo hice por Algaida, y no por Llumayor, como era natural, para despistarte si seguías mis pasos ó los de mi hijo, como en efecto sucedió.

Pedro y Pablo se miraron con asombro ante la desfachatez con que hablaba el cínico Bernardo, relatando sus vilezas. Después preguntó el pescador:

—¿Y ahora, quién podrá hacer creer á Celia en el amor de Miguel?

—Yo mismo.

—¿Cómo?

—Relatándole lo que os acabo de contar.

—Pero los chicos deben ignorar siempre nuestro crimen —observó el Contramaestre.

—Es natural y preciso. Yo diré á Celia que me impulsaba solo el deseo de evitar que mi hijo se casase demasiado joven, y que hoy he resuelto lo contrario, compadecido por su resolución de hacerse monja, y convencido por la firmeza

del amor constante que Miguel la profesa. Y, como, realmente, se aman, este asunto tendrá forzosamente un éxito completo. ¿Qué os parece mi proyecto?

—Acepto—contestó Pablo.

—¿Y los documentos?..

—Yo completaré el plan regalando á Celia, como presente de boda los veinticinco mil duros que poseo, y, acallada así mi conciencia, moriré tranquilo en mi pobreza. En cuanto á los documentos, los retiraré de casa del notario, y los conservaré siempre en mi poder; si muero antes que tú, los dejaré á Pedro, y éste, en todo caso los podrá legar á su hijo.

—¿Pero, de ese modo?..—balbuceó Bernardo.

—Serán siempre un arma para obligarte á llevar ese plan á efecto inmediatamente; y después, para asegurar tu conducta respecto á Celia.

—¿Desconfías?

—¿De tí? ¡Siempre! Si alguna vez tu proceder con la huérfana no fuese perfectamente correcto, ó faltases á la más insignificante cláusula de lo convenido, esos documentos serán entregados á los tribunales. De este modo te tendremos siempre sujeto, y la huérfana estará resguardada de tus vilezas y asechanzas.

—Pero...

—No te canses. El camino está trazado y no hay otro. O seguirle al pié de la letra, ó esta misma noche la pasaremos tú y yo en la cárcel.

El viejo marino se mordió los labios y apretó los puños con impotente coraje. Después dijo:

—No hay más que hablar. Me tenéis para siempre en vuestro poder, y es preciso que me cía á vuestra voluntad.

—No hay otro recurso.

—Ni tiempo que perder, porque Celia debe profesar dentro de siete días—dijo Pedro.

—Hoy mismo telegrafiaré á Miguel para que regrese sin perder momento.

Pablo añadió:

—Antes es preciso que estendamos un acta de este convenio que tú firmarás y nosotros guardaremos.

—¿Para qué?

—Para que el día de mañana, si nos obligas á acudir á la justicia, conste que no encumbrimos tu crimen, sino después de haberte obligado á repararlo.

—¿No te fías de mí?

—Ya te he dicho, que no.

—Sea como quieras.

Bernardo se sentó ante el escritorio y extendió un acta detallada de todo lo convenido, la firmó y la entregó á Pablo. Este la examinó al mismo tiempo que Pedro, y después la guardó en su cartera.

Diez minutos después un criado salía en dirección á Manacor para que se cursase el telegrama en que Bernardo ordenaba á Miguel su inmediato regreso. Y Pedro y Pablo regresaban al Algar en el carrito, en tanto que Bernardo, desencajado y apretando los puños con rabia, se revolvió en la butaca de su escritorio, murmurando:

—¡Ah! ¡Bribones! ¡Me han cogido! ¡Reconozco mi impotencia contra esos bergantes!... No me queda ni el recurso de fugarme con parte de mi fortuna porque, donde quiera que vaya me perseguirá la acción de la justicia!... ¡Es preciso disfrutar de estas riquezas, solo de un modo indirecto!... ¡Esos tratados de extradición son una muralla terrible!

VIII

Eran las seis de la tarde y Miguel subía la escalera de la «fonda de Caballeros», en que se hospedaba en Barcelona, situada en la calle de Escudillers.

Un criado le salió al paso entregándole un telegrama que se acababa de recibir.

El joven lo tomó, y con aire distraído entró en el comedor y pidió que le sirviesen. Después se sentó ante la mesa y, desdoblando el telegrama, leyó lo siguiente: «Urge vengas primer vapor, importantísimo porvenir tuyo. Bernardo.»

—Está bien—murmuró.—¿Qué le pasará al viejo estafermo? ¡Bah! Alguna necedad de su chochez... Estamos á nueve, y mañana sale el correo para Mahón con escala en Alcudia. Podría marchar en él, pero mañana es el día señalado para la gira al Campo de la Bota, y yo no quiero perder la ocasión de pasarlo con esa rubita del taller de la calle del Conde del Asalto...

Después volvió á leer el telegrama y repitió á media voz:

—«Importantísimo porvenir tuyo». ¿Qué será esto?... Alguna chifladura del viejo... ¡Bah! Primero es el presente que el porvenir, y mañana me aguarda mi rubia... Decididamente, es preciso que mi padre espere unos días. Después

de todo, el día catorce sale el correo directo para Palma, y puedo ir en él.

En aquel momento, el mozo le sirvió la sopa, y Miguel guardó el telegrama en un bolsillo.

Al siguiente día á las diez de la mañana, el joven, en unión de tres compañeros y cuatro muchachas, entre las cuales estaba la rubia que le traía embelesado, subían á un ómnibus en la Plaza del Pino, y emprendían la marcha al Campo de la Bota, lanzando alegres risotadas, en medio de una conversación descompuesta y libertina.

Aquel día y la noche que le siguió fueron para Miguel de orgía y crápula escandalosa.

A la siguiente mañana, ya bien entrado el día, regresaba á la fonda con el rostro encendido, los ojos sanguinolentos y el paso vacilante por los efectos naturales del exceso del alcohol y de la falta de reposo. Entró en su habitación, y sin desnudarse se tendió en el lecho. Pocos minutos después roncaba con profundo sueño.

Entre tanto, Bernardo esperaba con creciente é inútil impaciencia la contestación de su hijo, no dudando de que era capaz de retrasar el viaje por cualquier motivo más ó menos trivial, dando así tal vez margen á que surgiesen nuevas dificultades que destruyesen el proyecto acordado y le lanzasen á la acción de los tribunales que tanto le aterrizaraba. Y sus temores llegaron al último grado de exasperación, cuando á los dos días se presentaron en su casa Pedro y Pablo manifestándole que habían estado en Manacor para visitar á Celia y que ésta se había obstinado en que no dejaría por nada su propósito de profesar el próximo día diez y seis del mes que corría.

Bernardo, lívido y desencajado, contestó que tenía la esperanza de que cuando él la diese explicaciones, y á la vista de Miguel, la huérfana desistiría de su empeño.

Los tres convinieron en que esto sería probable, y aplazaron la resolución del asunto hasta la llegada de Miguel, no sin que Pablo asegurase que de no arreglarse todo según pretendían, tan pronto como Celia se negase á casarse con Miguel, delataría á los tribunales el crimen, si Bernardo no encontraba otro medio de inmediato y definitivo arreglo.

El viejo Capitán volvió á dirigir á su hijo un nuevo telegrama mucho más apremiante que el anterior, y por fin, el día catorce recibió otro que decía: «Hoy salgo correo Palma. Miguel »

Inmediatamente dispuso que su criado José marchase con un carretón á la Capital para esperar á su hijo y conducirle sin pérdida de momento á Felanix, y avisó de todo ello al Contramaestre y al pescador, quienes á las pocas horas se presentaron en el despacho del marino, conviniendo los tres en que, puesto que el correo debía de arribar á Palma de siete á ocho de la mañana del día quince y que, por lo tanto Miguel no podía llegar á Felanix hasta muy entrada la tarde, era lo mejor reunirse todos á las cinco de la madrugada del día diez y seis en casa de Bernardo para marchar juntos á Manacor donde llegarían próximamente á las siete, es decir, dos horas antes de la señalada para la ceremonia de la profesión de Celia, y por lo mismo con suficiente tiempo disponible para hacerla desistir de su propósito y llevar á cabo el plan convenido.

Esto acordado, Pedro y Pablo regresaron al Algar, y Bernardo, lleno de rabia impotente, quedó en su casa renegando del Contramaestre que había venido á dominarle y sujetarle como cogido en un cepo de hierro, donde no le quedaba otro recurso que ceder á las imposiciones de su antiguo cómplice. Y retorciéndose las manos con desesperación murmuraba:

—¡Yo, sujeto irremisiblemente á la voluntad de ese viejo loco y ascético!... ¡Yo, que siempre he impuesto mi firme voluntad á todo y á todos los que he tenido á mi rededor!... ¡Esos papeles! ¡Bah! ¡Qué imbécil fui en perderlos!... Descuido imperdonable! ¡Me cegó el deseo de contar primero los billetes, cuando debí empezar por asegurar su posesión, examinando ante todo los rollos de papeles para destruir cuanto pudiera perjudicarme! . ¡Fuí un mentecato y estas son las consecuencias de mi necedad!... ¡Ahora el mal es irreparable!

Y en estas y otras reflexiones semejantes y ya inútiles pasó, sin descansar un momento, y en una especie de delirio, provocado por su impotente despecho, todas las horas hasta las seis de la tarde del siguiente día, en que llegó Miguel á Felanix y entró en su casa.

IX

Tan pronto como Miguel se apeó del carretón, su padre le condujo á su despacho y después de sentarse ambos, le dijo con afabilidad:

—Mucho te habrá extrañado la precipitación con que te he hecho venir, pero más te vá á sorprender el objeto que me propongo.

—Espero que usted se explique.

—En este año último he envejecido mucho, hijo mío, siento ya agotadas mis energías y empiezo á sospechar que no está muy lejano mi fin. Cuando el hombre llega á este estado es justo que piense en reparar los daños é injusticias que haya podido cometer durante su vida.

—¿Se ha hecho usted católico?—preguntó con sorna el impío joven.

—No es eso. Creo que después de esta vida no hay nada. Porque el hombre es un sér puramente material, y en descomponiéndose la máquina desaparece el sér para trasformarse y dar vida á nuevos seres. Pero, considero que, nada he de conseguir con que subsistan las desdichas que yo pueda haber originado, y esto es lo que me impulsa en esta ocasión.

—¿Y qué desdichas piensa usted reparar?

—Las que os he causado á tí y á Celia oponiéndome á vuestro enlace.

—Pues si me lo hubiese usted dicho en una carta, se hubiese evitado mi viaje inútil.

—¿Cómo?

—Porque yo, ya no pienso para nada en esa muchachilla, aquello fué una fascinación pasajera que ya desapareció y precisamente, lo que más puedo agradecer á usted, es que impidiese que siguiesen adelante mis locuras, evitándome la enojosa sujeción de los lazos del matrimonio que detesto profundamente.

—Pero ella te ama.

—Y yo la olvidé.

—Sin embargo, ahora es forzoso que te cases con Celia.

—¿Por qué causa?

Bernardo sorprendido por las palabras de su hijo y en el temor de que por su negativa se deshiciese su única esperanza de esquivar el peligro que le amenazaba, estaba aterrado, y solo buscaba en su imaginación, un medio de convencer ó de obligar al joven. Permaneció algunos momentos pensativo, y luego dijo:

—Escucha. Cuando yo me negué á tu casamiento, estaba en la creencia de que Celia, desvalida y pobre, no te amaba, y solo pretendía ser tu esposa para disfrutar de

tus riquezas. Ese mezquino sentimiento de ambición, sin embargo, no era lo que impulsaba á la huérfana.

—¿Sería el amor casto y puro?—dijo Miguel con cómico y burlesco acento.

—¡Era el amor verdad!—repuso con gravedad Bernardo.

—¡Ja, ja, ja! Veo que, ciertamente, en un año ha cambiado usted por completo. ¿Ahora cree usted en el amor verdad?

—Esa niña lo ha demostrado con sus actos.

—¿Ha intentado suicidarse por mi ausencia? ¡Se vá haciendo esto interesante!

—¡Quiere hacerse monja!

—¡Bravo! ¡Y usted quiere evitarlo, casándome con ella?

—Justamente.

—¿Para hacernos felices á los dos?—preguntó Miguel en tono de broma.

—Te hablo seriamente.

—Pues, en tal caso deje usted que lo seamos libremente, viviendo según nos acomoda. Ella en el convento, y yo entre los placeres del mundo, conservando mi libre estado de soltero, puesto que reniego de los dulces lazos del matrimonio.

—Es que esa desdichada vá á marchitar su belleza en las soledades del claustro, por tu culpa.

—Está usted demasiado sentimental.

—Te repito que te hablo seriamente—exclamó el Capitán con aire colérico.

—Y, seriamente, le repito á usted que no me casaré con Celia.

—¿No la amas?

—Hace un año me traía fascinado, pero aquello ya pasó, y créame usted, lo mejor es dejarla con su deseo; si se quiere hacer monja, sus motivos tendrá, y éstos nunca pueden ser causados por el amor, porque esa pasión, en resumen, no es otra cosa que, un deseo pasajero inspirado por la sensualidad y que nunca dura un año.

—¿De modo...

—Que no me caso—dijo con firmeza el joven.

—¡Te casarás!...—exclamó exasperado y sin poder contener su enojo el viejo

—Pero...—balbuceó Miguel, que empezaba á comprender que existía alguna causa extraordinaria que impulsaba á su padre.

—¡Yo lo mando!—dijo éste con imperio y completamente fuera de sí!

—¿Y si me niego?

—Te repetiré las mismas amenazas que te hice hace un año.

—Entonces me dejé dominar, pero ese medio está ya gastado.

—¿De modo...

—Que puede usted hacer lo que le dé la gana. ¡No me caso!

—¡Te lanzaré á la miseria!

—La prefiero á la sujeción del matrimonio.

—¡Te mataré!

—¡Bah! Hablemos claros. ¿Qué misterio existe en todo esto?

—¡Mi voluntad... Solo mi voluntad.

—Pues si no me dá usted otra explicación, no me casaré.

—Al verificarse la boda te legaré toda mi fortuna.

—No la quiero á ese precio—dijo Miguel con firmeza, convencido ya por completo de que existía una causa oculta que le hacía dueño de su padre, y deseando descubrir el secreto.

—En ese caso, desde mañana serás pobre irremisiblemente.

—Espíquese usted. Deme la razón de todo esto y, tal vez de ese modo me convenceré.

—Hay cosas que jamás deben los padres explicar á sus hijos.

—Pues, no hay otro camino. O la explicación completa de todo esto, ó no me caso, suceda lo que suceda.

—Puesto que te empeñas, escucha,—dijo Bernardo resuelto á descubrirse á su hijo como único medio de llegar al término que forzosamente buscaba. Y acercándose á su hijo le dijo al oído, con voz apenas perceptible:

—La inmensa fortuna que poseemos no nos pertenece. Es de Celia. Me la entregó su padre la noche del naufragio de la goleta «Cármén,» y yo la oculté.

—¿De modo que, los negocios comerciales de América?...

—Fueron una impostura.

—¡Comprendo! Pero, si se hace monja y nos quedamos con el capital...

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque está aquí, en Felanix, Pablo, el Contramaestre que llevaba yo en el «Ballardo» Trae todos los documentos precisos para obligarme á devolver su fortuna á Celia, y exige además que tú te cases con ella, para reparar su honor. Si no se verifica así, mañana mismo intervendrán los tribunales de justicia y estaremos perdidos.

—¿Y no se puede dilatar este asunto para ver de darle otro giro?

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque mañana debe profesar Celia, y si tú no lo evitas decidiéndote á ser su esposo, profesará y ya no habrá salvación para nosotros

Después explicó Bernardo cuanto había hablado y convenido con Pedro y con Pablo.

Miguel le escuchó con la mayor atención y luego dijo:

—Está bien. Puesto que no hay otro camino, me casaré con Celia. Estoy á disposición de usted.

—¡Ese viejo ascético y loco por sus ideas religiosas se nos impone bajo el necio pretexto de que quiere acallar su conciencia!

—¡Imbécil!

—¡Y el estúpido quiere á la vez entregar á la huérfana cuanto posee y quedarse en la miseria!

—¿Pero, no habrá medio de disuadirle?

—¡Es inútil intentarlo! Obra por la idea de la superstición religiosa, y no cederá de ningún modo. El talento más sublime, las combinaciones más hábiles caen ante el ascetismo. ¡Y cuidado que yo, hice con verdadero ingenio mi negocio!.. ¡Y habrá quien, teniendo alguna astucia, niegue la necesidad de que se combata el catolicismo! ¡Sin él, los hombres de ingenio nada tendríamos que temer!.. ¡Ese es el dogal que nos oprime!.. ¡Destruída esa religión el mundo sería nuestro! ¡Las masas ignorantes del vulgo serían nuestros esclavos!..

X

A las dos y media de la madrugada Pedro, Pablo, Catalina y Tomás, después de rezar una breve oración ante la imagen de la Purísima, que ocupaba uno de los ángulos de la habitación de entrada de la casita del Algar, subieron al carro, en que apenas podían colocarse los cuatro,

y emprendieron la marcha á Felanix para unirse con Bernardo y Miguel para marchar todos juntos á Manacor, según lo tenían acordado.

Poco antes de las cinco llegaron á casa del Capitán, el cual les hizo pasar al comedor donde tomaron un ligero pero bien servido desayuno.

Dos carretones tirados por briosos caballos esperaban en la calle; y terminado el refrigerio subieron á ellos, ocupando uno Bernardo con Catalina y Tomás, y el otro Miguel con Pablo y Pedro, y poco después marchaban rápidamente con dirección á Manacor.

Como un tercio del camino llevarían recorrido cuando la luz del alba empezó á iluminar los campos, delineando poco á poco los objetos, cuyos contornos se fueron destacando del oscuro fondo de las tinieblas de la noche aparentando, primero fantásticas siluetas susceptibles de mil trasformaciones por los efectos de la imaginación de los observadores y concluyendo por presentar sus verdaderas formas y colores cuando la aurora dirigió por completo todas las penumbras.

Los arroyuelos susurraban dulcemente al correr de las cristalinas aguas sobre las menudas y limpias pedrezuelas de sus cauces orlados por agudos juncos y sencillas flores. Los almendros, las higueras y los algarrobos con armonioso y poético murmullo correspondían á las caricias que, á su paso les prodigaba el ligero y fresco vienteillo que, girando caprichosamente jugueteaba con las hojas desprendidas de los árboles y con el polvo del camino haciéndoles describir rápidos remolinos y sacudiéndolos como chicuelo revoltoso. Las limpias casas de los predios, esparcidas por todas partes y á cortas distancias unas de otras, parecían de blanca espuma construídas. Varios pueblecillos diseminados en distintas direcciones daban mayor vida y animación al paisaje limitado en parte y algo lejos por el mar tranquilo y sonriente y en parte por las lejanas montañas de la Isla, y los pajarillos con sus alegres trinos y dulces gorgoros saludaban la salida del Sol que surgía de las aguas del mar elevándose en un cielo ligeramente surcado por estensas ráfagas de doradas y blancas nubecillas.

El marino se mostraba deferente y atentísimo con la esposa del pescador, y Miguel hablaba con la finura y corrección que le era peculiar, mostrando al patrón y al Contra-maestre la más franca y expresiva alegría por su deseado enlace con Celia, á quien decía que adoraba, con tal acento de

pasión que sus interlocutores iban encantados de oírle y con la fantasía llena de ilusorias esperanzas respecto al feliz porvenir que se ofrecía á la huérfana.

Entre tanto, Celia, que había pasado toda la noche en oración, esperaba tranquila y llena de unción religiosa, el momento en que debía pronunciar aquellos votos que la iban á separar para siempre de los vendavales de la sociedad mundana.

La Superiora de las monjas había señalado la hora de las nueve de la mañana para la profesión de la huérfana, pero la víspera le hizo observar el capellán del convento, que á la vez era párroco de Manacor, que á esa hora no era posible que se celebrase la ceremonia, por tenerse que cantar solemnes funerales de aniversario por el eterno descanso de la fundadora de la comunidad, según se practicaba todos los años desde antiguos tiempos.

En su consecuencia hubo que cambiar la hora señalada y se acordó que Celia profesara á las siete de la mañana, disposición que no desagradó á la novicia, por creer que así evitaba á sus protectores la mala impresión que había de causarles presenciar aquel acto doloroso para ellos.

En su virtud á las seis y media de la mañana se abrieron las puertas de la iglesia. Multitud de payeses y payesas, atraídos algunos por religioso sentimiento, y los más por curiosidad, invadieron el templo llenando por completo no solo la nave central, sino también todas las capillas, y quedando aún en la puerta y en la plaza muchos que no pudieron entrar, por lo poco espacioso del sagrado recinto.

El cura párroco, con otros sacerdotes, todos con sus vestiduras de gran solemnidad, aparecieron en el altar mayor, ante el cual había colocado en el suelo un ataúd con sus correspondientes cirios. Y después de algunas oraciones, comenzó el santo sacrificio de la misa.

El órgano dejó oír sus armoniosas voces, á veces potentes y metálicas, y á veces suaves cual concierto de dulces instrumentos de madera y de cuerda, veladas otras veces como el murmullo de celestiales ecos. Siguió al evangelio un breve pero sentido sermón, y después de la consagración y en el momento en que consumía el párroco, apareció ante el altar Celia en traje de monja y con el pelo cortado.

Llevaba los ojos bajos y la cabeza inclinada y parecía rodeada de una aureola de santidad tan sublime, que arrancó un murmullo de admiración que se extendió por todos los

ámbitos del templo; se arrodilló con ademán humildísimo y tomó el santísimo sacramento de la eucaristía, permaneciendo inmóvil y como estasiada hasta la terminación de la misa.

El párroco dirigiéndose á la novicia, y según los estatutos de la comunidad, le preguntó si estaba resuelta á abandonar para siempre los fastos y placeres del mundo para consagrarse exclusivamente á la adoración del Divino Redentor del linaje humano.

—Sí,—contestó la novicia con tranquilo acento.

—¿Estás pronta á morir para el mundo?

—Sí,—repitió con firmeza

—¿Te sientes dispuesta á pronunciar los votos irrevocables que te separarán para siempre de la vida mundanal?

—Sí,—volvió á decir Celia con resuelto acento.

Entonces el sacerdote, tomándola de la mano, la condujo al ataúd, el cual ocupó la novicia permaneciendo en él con la inmovilidad de un cadáver, en tanto que se cantaba el oficio de difuntos.

Después Celia se levantó y se arrodilló en el centro del altar.

El párroco se disponía á pedirle los votos solemnes que debía pronunciar, cuando se produjo en la iglesia un inesperado tumulto por haber entrado Bernardo seguido por Pablo, Pedro, Miguel, Tomás y Catalina, abriéndose paso á codazos y empujones por entre la multitud, y gritando con voz potente:

—¡Alto! ¡Deténgase esa ceremonia por que esa joven no puede profesar sino es después de oirme!

El tumulto, la confusión y el escándalo fueron indecifrables, Celia se sobrecogió de admiración sin poder explicarse lo que ocurría, y el párroco quedó suspenso y confuso.

El viejo marino llegó hasta el altar mayor y suplicó al sacerdote que le concediese una entrevista con Celia y con la Superiora del convento, antes de la profesión de la novicia, asegurando que era así preciso por un sagrado deber de conciencia.

El capellán accedió á aquella petición, y dejando en suspenso la comenzada ceremonia, hizo pasar á los recién llegados al interior del convento, no sin tener que emplear todos los recursos que le sugirió su ingenio para contener á la muchedumbre que, aguijoneada por la curiosidad, quería penetrar en el locutorio.

En la plaza, y dentro de la misma iglesia se formaron una porción de corrillos en los que, de mil maneras, se comentaba el extraño suceso.

XI

En tanto que se celebraba la ceremonia de la profesión de Celia, los curiosos, que por no poder entrar en la iglesia permanecían en la plaza, habían formado diferentes grupos donde se comentaba de distintos modos la historia de la novicia y los motivos que la impulsaban á hacerse monja. Unos decían que se retiraba del mundo por amores contrariados; otros añadían que la culpa la tenía un ricachón de Felanix que la había engañado dejándola después abandonada; los viejos maldecían de los libertinos y de los ricos que abusaban de sus riquezas para burlarse de los pobres; las viejas renegaban de las jóvenes locas que se dejan engañar por los calaveras, quién culpaba de todo á los abusos de los poderosos, quién calumniaba á los curas que engatusaban, según ellos, á las jóvenes para arrancarlas de sus hogares, cubriendo de luto á las familias, para encerrarlas en los conventos con fines tenebrosos ó inmorales, lanzándose por las vías denigrantes de infames, injustas y criminales suposiciones, y á todo esto se añadían mil juicios más ó menos lógicos ó desatinados y mil comentarios diferentes, cuando entraron en la plaza los dos carretones en que iban Bernardo, Pablo y Pedro con su familia.

La gente agrupada ante la iglesia, y los sonidos del órgano que, aunque amortiguados llegaban á sus oídos, llamó la atención de los recién llegados, por lo que Pablo preguntó á un transeunte por el motivo de la función que se estaba celebrando en el templo.

—Señor,—contestó el interpelado.—Está profesando una monja.

—A eso veníamos, pero la ceremonia debía tener lugar á las nueve y solo son las siete y cuarto.

—Sí, señor; pero el padre cura dispuso anoche que fuese á las siete.

Pablo se apeó del carretón, como también sus acompañantes, y dirigiéndose á Bernardo exclamó:

—¡No detenernos, corramos, no hay que perder un momento!

—¿Qué ocurre?—preguntó el Capitán.

—Que han adelantado la hora de la profesión...

Bernardo sin oír más saltó al suelo, y seguido de todos los que le acompañaban entró en la iglesia según hemos visto.

Era el locutorio del convento una espaciosa habitación rectangular, con elevado techo que dejaba ver al descubierto sus hermosas vigas de pino sin sangrar, con paredes esmeradamente blanqueadas con cal y cuyo piso estaba cubierto con grandes baldosas blancas y negras formando tablero de damas.

La puerta de entrada, de pequeñas dimensiones, estaba colocada cerca de uno de los ángulos, en una de las paredes de mayor longitud; en el centro de la de la izquierda una gran ventana con reja permitía paso á la luz ligeramente velado por una vidriera de colores; en el centro de la pared frontera á la puerta había una ancha ventana, especie de abertura con espesa y doble reja y movable celosía, á la que se aproximaban las religiosas para hablar con sus visitantes. Y el mobiliario se componía únicamente de cuatro sillas de madera pintada de negro y con asientos de anea; y un crucifijo de grandes dimensiones, colocado frente á la ventana, imponía un aspecto severo á aquel recinto.

Dos ó tres minutos hacía que esperaban los recién llegados en el locutorio, con el cura párroco, cuando apareció tras la celosía la Superiora del convento, respetable anciana de rostro inteligente y venerable aspecto.

—Buenos días, hermanos. ¿Quién desea hablarme?—preguntó con cariñoso acento.

—Señora,—dijo Bernardo.—Un asunto de conciencia me obliga á molestar á usted, después de haberme visto precisado á interrumpir la santa profesión que se estaba celebrando, por lo que pido á usted mil perdones.

—¿Y es á mí á quien debe usted revelar ese asunto de conciencia?

—Sí, señora; pero también necesito ver á Celia.

—Puede usted indicarme el objeto que se propone.

—Se trata de impedir que esa pobre niña pronuncie votos que no son motivados por verdadera vocación, sino por amor contrariado.

—Es grave lo que usted intenta.

—Más grave es que esa niña se sacrifique por mi culpa, porque es á mi hijo á quien ama, y yo me opuse á su

casamiento por motivos infundados. De modo que, si esto no se remedia, ni Celia será nunca una religiosa de corazón, ni mi hijo podrá vivir feliz, ni yo podré acallar mi remordimiento por haber hecho desgraciados dos seres que pueden y deben ser felices.

—¿De modo que usted pretende que contraigan matrimonio?

—Así lo deseo, así lo desea mi hijo y así lo desea la novicia, cuya aparente vocación de monja es solo despecho y dolor por haberla hecho yo perder las ilusiones y esperanzas de sus amores.

—Creo que Celia tiene verdadera vocación, pero, con todo, voy á hacerla venir para que usted la hable.

Se retiró la superiora, y á los pocos minutos volvió á aparecer tras de la reja acompañada por la huérfana.

Bernardo la dijo:

—Hija mía, he sabido que ibas á encerrarte en este convento para toda tu vida, con votos irrevocables, sé que todo lo haces por amor á mi hijo, y desesperada por su aparente desvío...

—Está usted en un error—dijo la joven—solo me he resuelto á encerrarme aquí para siempre, por verdadera vocación.

—Tu amas á mi hijo.

—Le amé, pero ahora solo deseo ser esposa del Señor.

—Mi hijo te idolatra, y yo solo soy el culpable de su aparente desvío, yo fui quien trató de separaros, por considerarle demasiado joven para contraer matrimonio.

—Se despidió de mí injuriándome y haciendo gala del desprecio que yo le inspiraba.

—Repito que yo le obligué á proceder de ese modo y te aseguro que marchó con el corazón oprimido y el alma llena de dolor.

—El hombre que ama, no injuria nunca á la mujer amada, que jamás le ofendió, á la que fué víctima de sus libertinas pasiones.

—Le amenacé de muerte.

—Debió de arrostrar todas las amenazas antes de insultarme, como lo hizo.

—Yo solo fui el culpable.

—¿Y qué desea usted ahora?

—Hija mía, deseo que no marchites tu belleza en los claustros de un convento por mi culpa. Soy viejo y nada

egoísta y por eso, vengo á decirte que vuelvas á tu pecho la alegría. No serás monja, porque aquí está Miguel que te ama. Vengo á que cambies los votos que ibas á pronunciar, en votos de casamiento. Tú serás feliz con tu esposo porque es amáis ambos, y disfrutaréis de toda mi fortuna, que os cedo desde luego.

La joven permaneció pensativa algunos minutos y luego contestó reposadamente.

—Señor, agradezco, como se debe, su buen deseo, pero, ya no podré amar nunca á su hijo de usted.

—¿Por qué?

—Porque siempre vibra en mi alma el dolor de su ultraje.

—¡Eres rencorosa!

—Le he perdonado de corazón, pero siempre recordaré la risa, la mofa, la burla inmensa con que se despidió de mí.

—Yo fui quien lanzó á tus oídos aquella carcajada que tanto te ofendió.

—Pero, Miguel no me ama

Miguel exclamó con aparente pasión:

—¡No! ¡No te amo, Celia, sino que te adoro con frenética pasión!

—¡Busque usted otros amores, y olvídemel!

—¡Yo solo deseo ser tu esposo!

—Pero yo, solo quiero ser esposa de Jesús á quien me ofrecí de todo corazón.

Bernardo estaba lívido de terror, y ciego de coraje, su orgullo sufría de un modo terrible, y estaba á punto de apostrofar á la joven; sin embargo, dominándose, dijo:

—Celia, reflexiona bien lo que dices. Mira que es mi hijo el más rico y principal entre todos los jóvenes de Felanix.

—Señor, no ambiciono las riquezas, y no quiero esposo entre los hombres.

Miguel exasperado, exclamó:

—Te ofrezco, con mi mano, un nombre ilustre y una fortuna.

—No lo dudo pero, por eso mismo debe usted buscar otro casamiento más adecuado á su elevada posición.

—¡Hay mucha distancia entre tú y yo!

—Mayor distancia hay entre un esposo mortal por ilustre y rico que sea, y el Esposo Celestial que yo tengo elegido.

—¿Me desprecias?

—¡Nunca! Pero tengo ya resuelta mi suerte y por nada la cambiaré.

Bernardo, que sentía extraviarse su cabeza por el terror que le producían las palabras de la joven exclamó, ya fuera de sí:

—¡Eres ingrata!... Mi hijo te ama y tú le desprecias!

—No señor; pero, no quiero ser su esposa.

—¿Nada te convencerá?

—¡Nada! ¡Mi resolución es inquebrantable!

El acento resuelto y firme de la joven hizo perder del todo la cabeza á Bernardo, que exclamó sin poderse ya dominar:

—¡Cómo! ¡Miserable! ¿Desprecias á mi hijo? ¿Te olvidas de que eres una joven sin familia y criada de limosna?

Pablo que presenciaba la escena en silencio, convencido de que la joven no cedería, y profundamente indignado por las últimas palabras del Capitán, dijo con exaltación:

—¡Detente Bernardo! ¡No ultrajes á esta joven que es sagrada para tí! ¡Entrégale la fortuna que le robaste, y vete enhoramala con tu hijo!

—¿Qué dice este hombre?— exclamó Celia, con asombro.

—¡Este es un loco!—dijo el viejo marino, completamente extraviado.

Entonces, el Contramaestre señalándole con un dedo, y volviendo la mirada á la imagen de Jesús Crucificado, dijo con terrible acento:

—¡Juro, ante ese Santo Cristo, que este es el loco, puesto que olvida su verdadera situación! Y declaro ante Dios Todopoderoso, que este hombre, es un ladrón!

En aquel momento Bernardo ciego de coraje se avalanzó hácia Pablo decidido á extrangularle, pero Pedro se interpuso sujetándole por los brazos, en tanto que Miguel, queriendo también acometer al Contramaestre, era contenido por Tomás.

La Superiora, Celia y Catalina estaban aterroradas, y el párroco no sabía que hacer, siendo desoidas sus palabras en que aconsejaba la calma, en tanto que el viejo Contramaestre gritaba:

—¡Venga el alcalde ó el juez, y que nos prendan á Bernardo y á mí! ¡Ambos robamos su fortuna á Celia, y yo he venido á devolvérsela para reparar mi crimen!

Bernardo, comprendiendo al fin que estaba perdido, dió

un salto hacía la puerta tratando de huir, pero fué detenido por Pedro que sujetándole por la cintura le impedía realizar su deseo, á la vez que Pablo, colocándose en la puerta para cerrarle el paso, gritaba:

—¡No saldrás, vil ladrón, sino me matas primero!

En aquel momento entraron en el locutorio muchos payeses y payesas atraídos por los gritos y el alboroto que resonaba en toda la iglesia.

Bernardo comprendiendo su apurada situación dobló la cabeza con abatimiento exclamando:

—¡Sin remedio estoy perdido!

—Tú solo tienes la culpa—dijo Pablo—tú pudiste evitarlo hace un año si entonces hubieses dejado casar á Celia con tu hijo, en cuyo caso ahora todo estaría zanjado.

—Es verdad—contestó Bernardo con desesperación, y luego continuó—pero no pude evitarlo. Fuí víctima de una equivocación. No podía sobreponerme al horror que me causa Celia, la odio... no puedo verla. Me era imposible tolerarla á mi lado.

—Eso es, Bernardo, el grito de tu conciencia que te acusa—dijo Pablo con convencimiento,—eso es que el impío lo mismo que el religioso sienten el remordimiento de sus crímenes. Tú, tú también como yo lo has sentido, pero en tu extravío hasta ese mismo grito de la conciencia se ha manifestado en odio y en vileza, tal es la consecuencia de la impiedad.

Todos quedaron pensativos y entonces Pedro encargó á los payeses que no dejasen escapar á Bernardo y salió por entre los curiosos.

El Capitán sacudió la cabeza con fiereza como volviendo de su abatimiento y trató de abrirse paso, pero fué contenido por varios mozos del pueblo.

Miguel quiso socorrer á su padre, pero fué igualmente detenido por los payeses.

El párroco declamaba en vano para que se aquietasen los ánimos excitados en demasía.

Tomás procuraba consolar á su madre, que lloraba con profunda pena.

Celia estaba aturdida y no se daba cuenta de lo que ocurría, y la Superiora del convento procuraba tranquilizar á la novicia, y rogaba á Dios porque resplandeciese su justicia y su inefable misericordia en aquel lance que no acertaba á comprender.

XII

Después de algunos minutos de confusión, los payeses que guardaban la puerta del locutorio, abrieron paso á Pedro, que entró seguido del alcalde y de dos guardias civiles.

Pablo señalando á Bernardo, exclamó:

—¡Ese es el ladrón, y yo su cómplice! ¡Prendednos á los dos para que caiga sobre nosotros la acción de la justicia humana!

El viejo marino, abatido por completo, se dejó prender sin resistencia y sin pronunciar una palabra salió del locutorio con el alcalde y los guardias, acompañándole Pablo, y seguidos por Miguel y varios payeses.

Cuando se restableció el orden y el silencio, Pedro explicó á Celia y á los presentes, las circunstancias del crimen cometido por Bernardo con la complicidad de Pablo, y el firme propósito de éste de repararlo, movido por el arrepentimiento; y concluyó su relato aconsejando á Celia que dejase el convento y tomase posesión de sus riquezas, con las que podía hacer grandes obras de caridad, para bien de su alma. Pero la novicia, con reposado y firme acento, contestó:

—Perdono de todo corazón á esos desventurados que me han hecho desgraciada en el mundo, y rogaré por ellos todos los días de mi vida para alcanzarles la misericordia divina. Acepto las riquezas que me legó mi padre, y que invertiré como mejor me aconseje mi conciencia, pero nada me hará desistir de mi propósito de permanecer en este convento hasta que Dios me llame á otra vida; porque, nada puede compararse á la inmensa felicidad de vivir solamente para Jesús Dios. El me llama, y yo sería una impía miserable si me negase á seguir los verdaderos impulsos de mi vocación por cualquier género de consideraciones ó de atractivos mundanales.

—En todas partes puede ejercitarse la virtud—dijo Catalina, con los ojos arrasados de lágrimas.

—Tengo ya jurado que he de ser monja.

—¿Y no te mueven á compasión las lágrimas que nos haces derramar?—dijo Tomás con tristeza y dulzura.

—Mucho me hacen sufrir, pero no puedo faltar á mis votos.

—Todavía no los has pronunciado.

—¡Sí! Los pronuncié á solas, y Dios los aceptó. Escuchad.

Todos pusieron atención y Celia les refirió su plegaria y las promesas que hizo la noche en que, después de despedirse de ella Miguel, y cuando peligraban Pedro y Tomás luchando desesperadamente con el mar y la borrasca, alcanzó su salvación de un modo, al parecer, milagroso.

Cuando terminó su relato, Pedro muy conmovido le dijo:

—Todo eso es muy serio, pero, sin embargo, debe tenerse en cuenta, que, en aquellos momentos ignorabas que te pertenecía una gran fortuna, y obrabas exaltada por las circunstancias.

—Dios oyó mi ruego y lo aceptó concediéndome lo que le pedí, y si en aquel momento hubiese tenido á mi disposición todos los tesoros de la tierra, hubiese procedido de igual modo. Además, el mayor tesoro consiste en consagrarse al Señor.

—Puede redimirse esa promesa—dijo el párroco.

—Es inútil, padre, yo tengo mi resolución formada y de ningún modo cambiaré de propósito.

—Méditalo hasta mañana. Piensa despacio lo que debes hacer, y luego nos podrás decir, de un modo definitivo tu resolución—observó la Superiora.

—Ya tengo formado mi propósito. Repito que es inquebrantable. Y deseo que hoy mismo quede terminada la ceremonia de mi profesión, por ser hoy el aniversario de la muerte de mi padre.

—¡No se opongan ustedes á este deseo de mi alma!

Pedro conmovido dijo:

—Sea como quieras, Celia, yo ruego al señor cura que se continúe ahora mismo la ceremonia que hemos interrumpido.

—Ahora mismo no es posible—observó el párroco.

—¿Por qué?—preguntó Celia con muestras de contrariedad.

—Porque es la hora precisa para celebrar los funerales por el eterno descanso de la santa fundadora de este convento. Pero después de los oficios podremos terminar la profesión, y así, hoy mismo verás, hija mía cumplidos tus deseos.

—Está bien. Y ya que tengo que esperar, suplico que se llame ahora mismo un notario para extender mi testamento y disponer de la fortuna que me pertenece.

—Es justa tu petición, y puedes realizarla mientras voy á los funerales.

El párroco se ausentó, y Tomás salió en busca del notario, con el que se presentó al poco rato.

El mandadero del convento llevó al locutorio una pequeña mesa con recado de escribir. El funcionario público tomó asiento ante ella, se colocó sus gafas y extendió el documento, que firmaron como testamentarios, albaceas y testigos, varios payeses de los que presenciaban aquellas escenas.

En el testamento dispuso Celia que su fortuna se distribuyese en cinco partes iguales y que, desde luego y tan pronto como se la pusiese en su posesión, se repartiese en la siguiente forma: Dos partes para Pedro y su familia, como compensación de los beneficios que la habían otorgado; otra para Pablo, noble corazón que arrepentido vino á devolverle aquellas riquezas; otra para la comunidad en que ingresaba para bien de la misma y del culto divino, y la otra para los pobres de Felanix y de Manacor, cuya distribución encargaba al capellán del convento, no olvidando éste de separar para Bernardo una cantidad prudencial, á fin de socorrerle en su desgraciada vejez.

—Apenas se había firmado el testamento, se presentó el capellán anunciando que se iba á terminar la profesión de Celia, y todos se dirigieron á la iglesia.

Media hora después Celia estaba, para siempre, separada del mundo.

El buen Pedro, Catalina y Tomás, se despidieron de la nueva monja, de la superiora y del párroco, y tristes y conmovidos se dirigieron á casa del juez, que los llamó para que declarasen, en tanto que Celia desde el campanario del convento lanzaba al mundo un «adiós para siempre».

XIII

Quando salieron del locutorio Bernardo y Pablo con el alcalde y los guardias, fueron conducidos á la cárcel pública en concepto de detenidos.

A los pocos minutos se presentó el juez que abrió el oportuno procedimiento, prestando declaración indagatoria á ambos reos, cuya detención fué elevada á prisión preventiva.

Luego declaró Miguel, que quedó en libertad.

Después se tomó declaración á Pedro y su familia.

Los autos elevados á procedimiento judicial siguieron sus trámites ordinarios.

Miguel después de prestar declaración, solicitó ver á su padre para despedirse, y obtenido el permiso del juez, se personó en la cárcel.

—Vengo á despedirme—dijo á su padre, cuyo abatimiento era terrible.

—¡Todo se ha perdido!—dijo con voz bronca el marino.

—¡Es verdad! pero usted tiene la culpa, así es que no debe lamentarse. Yo soy el que sufro las consecuencias, y en verdad, que hago mal en ver á usted, que no lo merece por su torpeza que nos ha lanzado á la deshonra y á la miseria.

—¡Cómo! ¿te atreves á injuriarme?

—¡Es justo! si usted hubiese accedido hace un año á mi deseo de casarme con Celia, hoy no pasaría esto.

—Es verdad! las cosas no pueden ya remediarse, he sido torpe, lo confieso, pero tú aun puedes conservar una parte de esa fortuna que nos lanza á la perdición.

—Mira, en el cajón superior de la derecha de la mesa de mi despacho encontrarás treinta mil duros en billetes. Vé corriendo á casa, antes de que el juzgado se incaute de ellos; recójelos y huye á América, procurando despistar á la policía. Nadie sabe que existe esa cantidad y con ella podrás establecerte y vivir con relativa holgura.

—¿No podría con ese dinero sobornar á los jueces?

—Es inútil que lo intentes, las pruebas que existen contra mí son irrecusables. Huye y no te ocupes de mí por que eso sería perjudicarte.

—Seguiré su consejo de usted.

—Eso es, ya que yo sucumba, sálvate tú.

Media hora después, Miguel en uno de los carretones de su padre regresaba á Felanix. Cuando llegó á su casa, donde aun se ignoraba lo que ocurría, entró en el despacho, descerrajó el cajón indicado y recogió la cantidad en él contenida, mandó ensillar un caballo y partió con dirección á Palma á fin de embarcar en el primer buque que saliese del puerto.

Cuando estaba ya cerca de Porreras cerró la noche oscura é imponente por hallarse el cielo cubierto por espesos nubarrones, el aire quieto y caluroso y los campos solitarios.

Miguel avanzaba á todo galope, cuando al pasar junto á la casa de un predio, salió de la misma un perro lanzándose furiosamente á las ancas del caballo el cual se encabritó violentamente y dando un terrible bote lanzó al joven contra el tronco de un árbol, y libre del jinete siguió galopando por el camino hasta que fué detenido por varios payeses, á la entrada del pueblo.

La circunstancia de ir el caballo ensillado, hizo comprender á los que le habían detenido que el dueño debía haber sido lanzado al suelo, y con la esperanza de encontrarle marcharon en su busca.

A un cuarto de legua del pueblo se detuvieron ante el inanimado cuerpo de Miguel, el que reconocido á la luz de una linterna presentaba una profunda herida en la cabeza, teniendo el rostro cubierto de sangre

—Este es D. Miguel, el de Felanix—dijo un payés.

—El mismo,—dijo otro, é inclinándose sobre el herido añadió.

—No está muerto, porque respira aunque dificultosamente.

—¿Qué haremos?

—Pues llevarle á su casa para que el médico le auxilie, si llega con vida.

—Es verdad.

Y acto seguido alzaron al joven y colocándole sobre el caballo, como mejor pudieron, se dirigieron á Felanix donde llegaron dos horas después

XIV

Cuando el juez terminó de tomar las primeras declaraciones montó en un carretón acompañado por el notario y un escribiente, y en unión de Pedro, Catalina y Tomás, que subieron al carretón de Bernardo, que había dejado Miguel, se dirigieron todos á Felanix.

Una vez en casa de Bernardo, se tomó declaración á los criados, y después se procedió á un minucioso registro, incautándose el juzgado de cuanto dinero, documentos y efectos de valor se pudo encontrar, formando el correspondiente inventario que firmaron todos los presentes, y nombrando depositario á Pedro, á cuyo cuidado quedó la casa, como también la vigilancia y custodia de todas las fincas.

Por encargo del pescador se sirvió una abundante cena al juez y personas que con él estaban, y en el momento en que se disponía á regresar á Manacor, se presentaron á la puerta de la casa los payeses que conducían al moribundo Miguel, con cuya llegada se produjo el natural trastorno.

Conducido al lecho el infortunado joven salió precipitadamente Tomás que, volvió á los pocos minutos acompañado por D. Vicente.

El médico reconoció minuciosamente al herido, y después de aplicarle una cura antiséptica, consiguió, mediante el empleo de varios alcaloides, hacerle recobrar la razón y la palabra.

Luego salió á la habitación inmediata y anunció que Miguel estaba espirante y que sólo tardaría una ó dos horas en fallecer, por lo que consideraba oportuno que se le indicase la conveniencia de que tomase los santos sacramentos.

En su consecuencia, Pedro entró en la alcoba, y aproximándose al moribundo, le dijo;

—¿Cómo se siente usted, D. Miguel?

—¡Mal! Muy mal. Pedro, creo que todo se acabó para mí.

—¡Bah! Es usted joven y fuerte. Un poco rudo ha sido el golpe, pero no hay que desesperar.

—Casi es preferible morir ahora, que vivir en la desgracia que me espera.

—¡Nunca debemos desconfiar de la misericordia de Dios!

—¡Dios! ¡Dichoso el que cree en El, porque hasta en la muerte puede hallar consuelo en la fé!

—¿Y quien le niega á usted ese consuelo?

—La certeza en que estoy de que toda religión es una farsa.

—¿Qué dice usted, D. Miguel? ¿Acaso está usted delirando?

—¡Por desgracia, digo lo que siento! Lo que me han enseñado las teorías modernas de la ciencia.

—¡Todas esas teorías son disparates!

—Así lo crees tú buen Pedro, porque eres ignorante y sencillo ¡Dichoso tú que, en la hora de tu muerte podrás aspirar al premio de tus virtudes ó al perdón de tus culpas, llevando tu esperanza más allá de la tumba!

—¿Y á usted quien le impide participar de esa ventura?

—La ciencia.

—¡No hay otra ciencia que valga, sino la realidad de las

cosas, porque la verdad es una y los delirios de la imaginación de los hombres son muchísimos!

—Por eso, precisamente, creo solo lo que veo y toco por mi mismo, y estoy convencido de que la religión es un delirio.

—Doce pescadores rudos é ignorantes, como yo, fueron los encargados de propagarla por el mundo. Solo era esto posible por un milagro de Dios, y apesar de cuatro siglos de persecución, eso que llama usted delirio triunfó. ¿No le dice á usted nada este hecho justificado por la historia de todas las naciones? ¿Cómo negar que Jesucristo era Dios, si es tan palmario ese milagro?

Miguel guardó silencio durante algunos minutos.

Pedro le contempló y después le dijo:

—Déjese usted de teorías. Mire usted que sin que pueda remediarlo la ciencia, es lo probable que dentro de pocas horas se encuentre usted ante el tribunal de ese Dios en que no quiere usted creer, extraviado por los delirios de esos desgraciados ignorantes del error, que creen saberlo todo y nada pueden explicar. ¿Cómo ajustará usted entonces la cuenta de sus errores? ¡Dios puede compadecerse de la ignorancia y del extravío de las ideas, pero, siempre acogerá mejor al que, cuerdamente arrepentido, vuelve á la Fé antes de morir, implorando su perdón!

—¡Son incomprensibles las causas de la existencia! ¡Acaso tengas razón!

—¡La tengo!

—Tal vez sabes tú más, en tu sencilla ignorancia que muchos hombres, quizás extraviados por el orgullo de la ciencia.

—Esa es la verdad. ¿Quiere usted que venga el confesor?

—¡No!

—¿Por qué?

—¡Porque me falta la fé!

—Puede usted tenerla desde este momento.

—¿Cómo?

—¡Queriendo!

Ambos interlocutores guardaron silencio durante algunos minutos, después Pedro dijo, como si fuese cosa convenida:

—Voy á avisar al padre cura.

Miguel no contestó y el pescador salió de la alcoba.

Poco tiempo después el moribundo se confesaba con el teniente cura de la parroquia.

Había podido realizarse la conversión de un libertino extraviado. El terror de verse ante el desconocido más allá de la muerte y la noble y sincera frase de un pescador fueron suficientes causas para destruir en un momento las teorías de los modernos impugnadores de la Fé católica, porque éstos destruyen sin edificar nada en el lugar de las ruinas que creen producir. ¡El error carece siempre de cimientos sólidos y por lo mismo de firmeza!

Cuando terminó la confesión, Miguel llamó al juez y le entregó los treinta mil duros que había sustraído del cajón de la mesa de su padre, y de cuya suma, después de separar lo suficiente para los gastos del momento, se hizo entrega á Pedro, añadiéndose al inventario.

Una hora después, el seductor de Celia, que recibió con ejemplar conducta los Santos Sacramentos, dejó de existir para este mundo.

Al siguiente día se verificó el entierro de Miguel con la mayor pompa posible, y con asistencia del juez que retardó su regreso á Manacor hasta después de terminar aquel acto humanitario.

Cuando Bernardo tuvo noticia de la muerte de su hijo quedó completamente trastornado, dominando, por encima de la terrible desesperación de su situación, el asombro que le causó la cristiana conversión del joven.

XV

Habiéndose incautado el Juzgado de los veinticinco mil duros depositados por Pablo en poder de un notario de Palma, y unidos á la causa los documentos que acompañaban al depósito, se necesitaron muy pocos trámites para la vista y fallo del proceso, que quedó terminado tres meses después de la prisión de Bernardo y Pablo, siendo sentenciado el primero, como autor convicto del delito de asesinato frustrado en la persona de la niña Celia, á la pena de doce años y un día de reclusión temporal, con arreglo á los artículos 26, 66, 418 y 422 del Código penal reformado y planteado provisionalmente por la Ley de 3 de Junio de 1870, y á la pena de ocho años de presidio mayor, como autor del delito de robo en la cantidad de seis millones de reales, con arreglo á los artículos 29 y 515 y regla 5^a del mismo Código; sumando por lo tanto, su condena un total de veinte años. Pablo fué sentenciado como autor del delito de hurto, con la agravante de

complicidad en el de robo, ejecutado por Bernardo, á la pena de seis años de presidio correccional, con arreglo á los artículos 29 y 528 y regla 1.^a del 529 del mismo Cuerpo legal; más las accesorias á todas las referidas penas, correspondientes á ambos reos, con la obligación civil de restituir á Celia toda su fortuna.

Inventariadas y tasadas pericialmente todas las fincas que figuraban como propiedad de Bernardo y agregando á su importe el metálico, efectos y valores encontrados como de su pertenencia, mas los veinticinco mil duros del depósito de Pablo, se obtuvo una suma total de seis millones de reales, con el exceso de una pequeña cantidad que se invirtió en los gastos del proceso; por lo tanto, en veintiún años, no solo no había aumentado, sino que había sufrido un déficit la fortuna que poseía indebidamente el viejo marino, resultado natural de los despilfarros efectuados por Miguel.

Con arreglo al testamento y disposiciones de Celia se puso á Pedro en posesión de fincas y valores ascendentes á dos millones cuatrocientos mil reales, se entregó á Pablo un millón doscientos mil reales, é igual cantidad á la comunidad en que había profesado la huérfana, haciéndose cargo el párroco de Manacor de otra suma igual, de la que separados doscientos mil reales para atender á Bernardo á fin de dulcificar en lo posible las durezas y miserias de su vejez en el presidio, quedó disponible un millón que se repartió por igual entre las familias más pobres de Felanix y Manacor.

Tan pronto como Pedro tomó posesión de la fortuna que se le legaba, sin vender la casita del Algar á que tenía especial cariño como toda su familia, compró una casa espaciosa y bien acondicionada en Manacor, donde se estableció para que les fuese más fácil ver á Celia con frecuencia, y siguiendo los consejos y deseos de la huérfana, abandonó por completo los asuntos del mar para hacer en lo sucesivo, tanto él como Tomás, la vida propia de ricos labradores.

Por indicaciones de Celia, la superiora del convento, el obispo de la diócesis y otras varias personas de gran representación solicitaron el indulto de Bernardo y Pablo, obteniendo, después de una verdadera lucha, el completo indulto del Contramaestre y que se rebajase á la mitad, ó sea á diez años de presidio, la condena impuesta al Capitán.

Cuando el viejo Pablo fué puesto en libertad, se presentó en el convento para despedirse de Celia, desarrollándose en el locutorio una escena tan conmovedora como imposible

de describir; después marchó á Palma en compañía de Pedro y de Tomás, y embarcó en el correo de Barcelona á fin de regresar á la Coruña, donde se proponía fundar un asilo de caridad con la fortuna que le había legado la huérfana.

El antiguo patrón y su hijo vieron partir el buque en que marchaba su amigo, y después regresaron á Manacor rogando á Dios, en el interior de sus corazones, que concediese todo género de felicidades al viejo Contraamaestre, cuyo firme arrepentimiento le hacía digno del perdón de sus pasadas culpas.

Bernardo fué destinado al presidio de Palma de Mallorca á extinguir su condena, y fué conducido á aquel establecimiento penal el mismo día en que se puso en libertad á Pablo.

Celia permanecía en el convento rogando cada día con mayor fervor por cuantos la habían ofendido, especialmente por el viejo marino que había de concluir su existencia enfermo y abatido en un presidio, y cuya consideración la obligaba á derramar lágrimas frecuentes y abundantes.

XVI

Tres días después del fallecimiento de Miguel, los vecinos de la Meca, observando que hacía tres días que la adivinadora no había salido de su casa cuya puerta, así como las ventanas permanecían cerradas; alarmados y temiendo que ocurriese algo extraordinario á la vieja llamaron repetidas veces á la puerta, y como no obtuviesen contestación se decidieron á dar parte á la autoridad judicial de lo extraordinario del hecho, pues, si alguna vez se ausentaba del pueblo, siempre encargaba á una vecina, su amiga íntima, el cuidado de la casa y la dejaba provisionalmente las llaves, y su dicha amiga afirmaba que nada la había manifestado de ausentarse, por lo que temía que algo grave la ocurriese.

Personado el Juzgado en casa de la Meca se procedió, por un cerrajero, á abrir la puerta. El juez penetró en la casa con sus acompañantes y todos quedaron aterrorizados al encontrar en el huertecillo el cadáver de la vieja adivinadora horriblemente contraído, con las manos crispadas y dibujándose en su rostro una horripilante mueca de angustia y de terror.

Levantado el cadáver y reconocido por el médico, éste

certificó que la muerte había sido producida por un derrame seroso, y que debía de hacer tres días que estaba muerta.

¡La infeliz había perecido sin poder lanzar un grito pidiendo socorro, sin los consuelos de la religión, sin el concurso de una mano amiga que la auxiliase en sus últimos momentos!

¡El mismo día en que profesó Celia, perecieron de modo inopinado su seductor y su cómplice!

Bernardo sobrevivió poco. A los tres meses de su ingreso en el presidio falleció víctima de su abatimiento y obstinándose en no recibir los auxilios de la religión. ¡La ciencia no pudo salvarle!

Pablo fundó en la Coruña un asilo de ancianos donde vivió bajo el mismo régimen que se observaba con sus asilados y falleció cristianamente en 1881, siendo su muerte llorada por cuantos le conocían, pues de todos se había captado las simpatías por su proceder virtuoso y ejemplar.

En el año de 1905 en que el autor de esta historia escribe estas últimas líneas, Pedro y Catalina, aunque ya muy ancianos, viven todavía dichosos y tranquilos en Manacor, entre los cuidados de Tomás y de su esposa Antonia, cuyo carácter sencillo y honesto aumentó la felicidad de la familia; y completando las delicias de su vejez los encantos de dos robustos y traviesos nietezuelos.

Pedro y toda su honrada familia visitan casi á diario á Celia, que es venerada en su convento por todas sus compañeras como modelo de resignación, dulzura y santidad. Todas las noches, cuando después de los últimos rezos de la comunidad se retira del coro á su celda, antes de entregarse al necesario descanso, permanece largo rato arrodillada ante la imagen del Redentor Crucificado, haciendo sus últimas oraciones por la felicidad de Pedro el pescador y su familia, y por el perdón y descanso eterno de aquellas cuatro personas que tanto influyeron en su suerte, Pablo y Bernardo, Miguel y la Meca.

Constantino Selva.

©FIN.©

ÍNDICE



	Páginas		Páginas
Al lector.....	1		

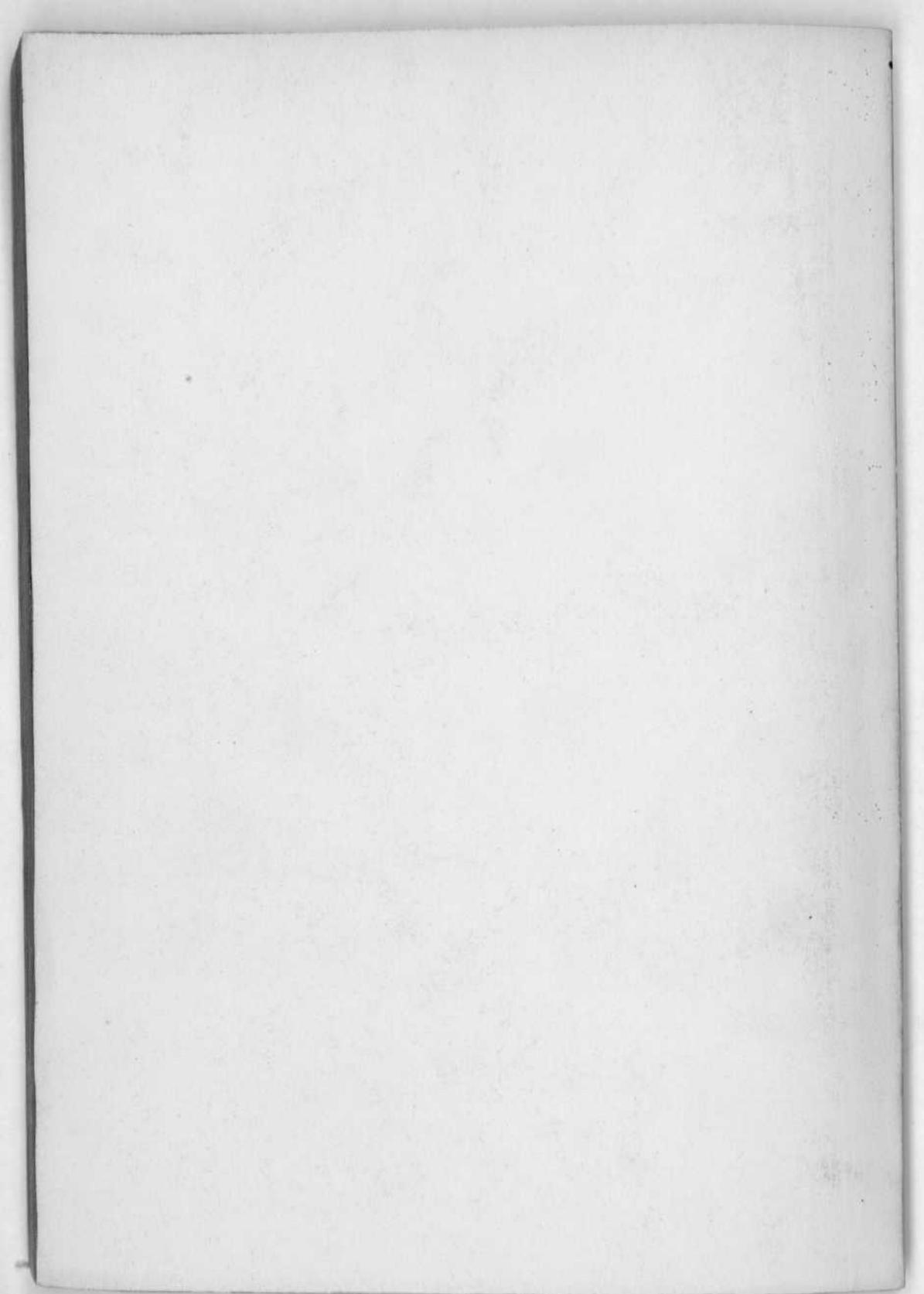
PRIMERA PARTE

I.....	3	✻	IX.....	23
II.....	6		X.....	25
III.....	7		XI.....	28
IV.....	9		XII.....	30
V.....	10		XIII.....	32
VI.....	12		XIV.....	34
VII.....	17		XV.....	36
VIII.....	20	✻	XVI.....	37

SEGUNDA PARTE

I.....	39	✻	XVI.....	77
II.....	43		XVII.....	80
III.....	47		XVIII.....	83
IV.....	49		XIX.....	85
V.....	51		XX.....	86
VI.....	52		XXI.....	88
VII.....	55		XXII.....	92
VIII.....	59		XXIII.....	95
IX.....	60		XXIV.....	97
X.....	63		XXV.....	99
XI.....	65		XXVI.....	101
XII.....	67		XXVII.....	103
XIII.....	69		XXVIII.....	106
XIV.....	71		XXIX.....	110
XV.....	74	✻	XXX.....	113





ELL GRITTO CON LA MENTE
A DAVANTI